

Las vigalias de Allende, Pinochet, Merino y Leigh
La sangre de los generales

Por Ascanio Cavallo y Margarita Serrano*

Martes 11 de septiembre, 00 horas Los Dominicos

La gasolina. Maldita gasolina: tan explosiva, tan esquiva. Por estos días parece más escasa que nunca, aunque se podría decir que la atmósfera del país está cargada de gases inflamables. Para completar la figura, los distribuidores de combustible han paralizado, en protesta contra la política de racionamiento del gobierno, que fija una venta máxima de 10 litros por auto. Un tercio del personal de la Escuela de Suboficiales está dedicado a vigilar las gasolineras.

Así se lo ha detallado el coronel Julio Canessa, director de la escuela, al general Augusto Pinochet en su primera visita como comandante en jefe del Ejército a la unidad ubicada en Blanco Encalada, en la mañana del 24 de agosto de 1973. Canessa (1), un hombre bajo y recio, está exasperado con el desorden del país; el desabastecimiento que puebla de hileras los comercios de Santiago, tiene en su caso una cara aún más ingrata, porque sus subalternos deben pasar en las calles en tareas de vigilancia. Por eso trata de escrutar si el nuevo comandante en jefe está dispuesto a hacer algo; el único comentario que recibe es enigmático: Paciencia.

No están los tiempos para confiar en nadie.

Ahora se acerca la medianoche del lunes 10 de septiembre y mientras camina hacia la puerta de salida de la casa de su hija Lucía, en Los Dominicos, el general Pinochet vuelve a recordar que la gasolina es un maldito problema. Entonces le dice a su yerno, Hernán García, que es mejor que saquen un poco de gasolina del auto oficial para que, si es indispensable, puedan movilizarse al día siguiente.

Esta noche, poco después de las 22, el general Pinochet ha pasado a ver a su hija, como hace a menudo, y después de acariciarla y besar a los niños -Hernán Augusto, de tres años, y Francisco Javier, de uno- se ha quedado conversando en el living con su yerno (2). Hernán García, técnico en productos lácteos y funcionario de la Empresa de Comercio Agrícola (ECA), debe viajar con frecuencia a Europa a supervisar las importaciones de leche y queso, y tiene una visión catastrófica de la producción agrícola en Chile. Lucía ha regresado a la universidad, a estudiar Educación de Párvulos en el centro del izquierdismo radicalizado, el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, y aporta una percepción pavorosa de la violencia entre los jóvenes.

Esta tarde, después de almuerzo, su esposa Lucía Hiriart ha partido con los dos hijos más pequeños, Marco Antonio, de 16, y Jacqueline, de 15, a la Escuela de Alta Montaña, en Río Blanco, Los Andes. Los niños creen que van a pasar unos días de vacaciones, y en especial para esquiar en Portillo, como ha estado pidiendo Marco Antonio, el más entusiasmado con la excursión. El general se ha despedido de ellos con el cariño de siempre.

No, no el de siempre: por alguna razón, el adolescente lo ha sentido más emotivo y más cálido que otras veces, y lo ha visto hablar en voz baja con su madre, y dar instrucciones especiales al chofer Lobos. Llegarán a la unidad militar ya entrada la noche, se acomodarán en las habitaciones del Casino de Oficiales y los niños verán que su madre se queda conversando hasta tarde con las esposas de los jefes de la escuela. Es una madrugada extraña.

La escuela es dirigida por el coronel Renato Cantuarias, un hombre fuerte y efusivo, un clásico "montañés" que ha trabado excelentes relaciones con la familia Pinochet y que ahora despliega sus mejores dotes de anfitrión.

Cuando decide dejar la casa de los García-Pinochet, el general vuelve a besar a su hija y a encargarle el cuidado de los niños. Luego sale con García, para advertirle que mañana no salgan de casa. Afuera inician ese desagradable trámite de inhalar por una manguera para que la gasolina pase de un estanque a otro, un proceso en el que siempre alguien traga algo. Un asco. Maldita gasolina.

00.30 horas, calle Laura de Noves

El general Pinochet regresa a su casa de calle Laura de Noves, preparado para pasar una noche solitaria. Pasará al perro, apagará todas las luces, pondrá el revólver de servicio en el velador y se quedará con los ojos abiertos en la penumbra. Empieza el día más importante de su vida, el que años

después llamará "decisivo".

Un hecho es seguro: el general está intranquilo. Se siente vigilado (3). Se siente a punto de ser descubierto. Pero estos temores no son nuevos.

Lo acompañan con singular intensidad desde los últimos días de agosto, cuando una telefonista lo llamó a las tres para citarlo a la casa del Presidente Salvador Allende, en calle Tomás Moro. Alarmado, el general despertó a su esposa y a sus dos hijos menores y los llevó a la casa de su hija Lucía.

En el living de Allende lo esperaban los ministros de Defensa, Orlando Letelier, y secretario general de Gobierno, Fernando Flores; el secretario general del Partido Comunista, Luis Corvalán, y el director de Investigaciones, el médico socialista Eduardo "Coco" Paredes. También llegó, igualmente citado, el general Orlando Urbina, el único compañero de curso de Pinochet en el alto mando e Inspector General del Ejército, tercero en el mando.

El Presidente entró a la sala, saludó a los generales y les preguntó por sus actividades. Los asistentes civiles la recordarían como una conversación liviana y social, pero en la memoria del general Pinochet quedaría como un interrogatorio oblicuo y peligroso, en el que se le tendía una celada para descubrir sus actividades en la Academia de Guerra. En rigor, no era necesario que nadie las descubriera: tanto el Presidente como el ministro de Defensa estaban informados de la actualización del Plan de Seguridad Interior ordenada por Pinochet el 16 de julio, en su calidad de jefe del Estado Mayor del Ejército. Después el Presidente habló de la confrontación en que se encontraban el gobierno y la oposición, y de la presión que ésta ejercía sobre las Fuerzas Armadas para sacarlas de su papel constitucional. De los dos generales, quien respondió fue Urbina: el gobierno, dijo, debía buscar pronto una salida a la crisis, por la vía del referendo o del acuerdo con la oposición, porque de otro modo crecería la violencia. Pinochet intervino muy poco.

Entre los asistentes quedó claro quién de los dos sería el comandante en jefe que sucedería a Prats. Aunque alguien hubiese tenido dudas sobre la designación de Pinochet, aquella noche el silencio inclinaba la balanza. Ese era el motivo encubierto de la cita. En la tarde Pinochet sería ungido con el mando superior del Ejército.

Al salir, Pinochet se fue en su auto con Urbina y le preguntó si él sería el general Rojo en caso de que se produjera la temida confrontación (4). Se refería al jefe del Ejército español que en 1936 permaneció junto a la República, en oposición al alzamiento de Franco. "No", dijo Urbina, "¿y tú?". "No", dijo Pinochet, y regresó a su casa.

¿Confiaba cada uno en la palabra del otro?

1.00 horas, Temuco

Esta noche de vigilia, el general Urbina duerme en Temuco, en el Regimiento de Infantería N° 8 Tucapel. Al ascender Pinochet, ha asumido como jefe del Estado Mayor, y en la mañana del lunes 10 ha partido al sur en comisión de servicio.

Pinochet ha visto con alivio este viaje, porque los mandos que operarán durante el 11 han expresado su desconfianza hacia el segundo hombre del Ejército. Haciendo caso a esas objeciones, Pinochet ha dicho, ante el pequeño grupo de generales que el mismo 10 se juramentó para iniciar la sublevación, que en caso de que le ocurriese algo, tomaría el mando del Ejército el general Oscar Bonilla.

La decisión no es inocua. Bonilla ocupa la sexta antigüedad del cuerpo de generales; implícitamente, aunque los demás no lo sepan, en esta reunión la línea jerárquica ha sido quebrada. Si a Pinochet le hubiese ocurrido algo esa noche, cuatro generales habrían sido desplazados; ha sido la autorización de un golpe interno.

Con Bonilla, Pinochet ha elegido al de mayor rango entre los generales más vehementes en contra del gobierno, los únicos que podrían forzar un quiebre del Ejército. Una concesión a los duros que podría descabezar a los cuatro que están en medio.

De ellos, la quinta antigüedad es de Ernesto Baeza, comandante de Infraestructura, sin mando de tropas; el cuarto, Manuel Torres de la Cruz, manda la poderosa Quinta División, en Punta Arenas; el tercero, Rolando González, está dejando el Ministerio de Economía en el último gabinete de Allende. El más importante es el segundo: Urbina.

Pero nadie tiene razones de gran peso para desconfiar de Urbina. El general, delgado, austero y severamente profesional, es constitucionalista y detesta la deliberación política. No le gusta Allende, pero sus opiniones no trasponen los muros del hogar. Comparte ese estilo con Pinochet, y por eso ambos han estado, en distintos momentos, bajo la suspicacia de los oficiales más impetuosos. Sin embargo, no son tan amigos. Mejor dicho: los liga la camaradería de quienes han compartido 36 años en el Ejército. Los oficiales inferiores creen que son íntimos, porque los han oído tratarse mutuamente de 'hermano'. Lo que no saben es que el apelativo contiene una carga de recíproca socarronería: Urbina le dice 'hermano' para recordarle a Pinochet su remoto paso por la Masonería, y Pinochet hace lo mismo porque siempre ha pensado que Urbina exagera su observancia católica (5).

Urbina está bajo sospecha desde que, en 1970, como comandante de la Segunda División y juez militar de Santiago, emitió severas condenas contra el grupo que asesinó al comandante en jefe del Ejército, general René Schneider, para impedir la asunción de Allende. En el complot se mezclaban militares retirados y activos con jóvenes extremistas de ultraderecha. Las condenas no podían ser benevolentes, tratándose de uno de los pocos magnicidios de la historia republicana. Pero ya entonces había en el Ejército quienes creían que el fin de impedir el ascenso del marxismo justificaba medios violentos.

Más tarde, en 1972, el gobierno lo designó vicepresidente de la comisión encargada de organizar la Conferencia de las Naciones Unidas para el Desarrollo (Unctad III). Y el general devino la cabeza visible de ese evento que la oposición calificaba como un aparato propagandístico del gobierno. Urbina entró de nuevo en los rumores.

Y ahora, siendo el jefe del Estado Mayor, el segundo en la línea jerárquica, es uno de los pocos generales que no sabe que el Ejército está a punto de movilizar su pesada maquinaria de fuerza (6).

¿Cuándo empezó todo esto? Algunos piensan que el mismo día en que Allende obtuvo la primera mayoría presidencial, el 4 de septiembre de 1970, un triunfo relativo que hizo que Richard Nixon golpeará la mesa de su despacho en Washington, vociferando en contra de "ese bastardo"(7). La pataleta de Nixon, que veía en Chile un nuevo golpe del comunismo en un momento candente de la Guerra Fría, encontró eco en un grupo de civiles y militares en Santiago y terminó en el asesinato de Schneider, un episodio que en la mentalidad de sus ejecutores obligaría a las Fuerzas Armadas a intervenir.

Nixon ayudó a que el gobierno de Allende se viese rodeado de un clima enrarecido desde el comienzo. Sin embargo, ni él ni nadie que actuase en solitario podría haber logrado que tres años después la crisis se agudizara como ocurrió. Por eso otros sitúan el comienzo del fin en el descomunal paro de octubre de 1972, donde camioneros y comerciantes jaquearon al gobierno hasta obligarlo a constituir un gabinete integrado por altos mandos de las Fuerzas Armadas. El ingreso de los uniformados a los ministerios marcaría, según esta visión, el inicio de la intervención militar en la política (8).

Para el general Carlos Prats, la deliberación abierta partió el 11 de abril de 1973, cuando el ministro de Educación, Jorge Tapia, presentó el proyecto de la Escuela Nacional Unificada a los altos oficiales. El contralmirante Ismael Huerta, que poco antes había renunciado a su cargo de ministro, criticó en términos ásperos el proyecto; lo siguieron el general de Ejército Javier Palacios y los coroneles Pedro Espinoza y Víctor Barría. El Presidente le pidió al jefe de la Armada, el almirante Raúl Montero, el retiro de Huerta, pero éste lo defendió. (9)Y el general Urbina exigió a Palacios su renuncia, sin éxito, motivando la intervención de Prats para calmar los ánimos.

Pero cualquier fecha que quiera señalar el inicio de la deliberación política de los militares es muy relativa. En el Ejército, el general más activo fue, por lejos, Sergio Arellano, que pasó meses en reuniones con otros militares, políticos y miembros de otras ramas de las Fuerzas Armadas. Sus notas personales reflejan una incesante actividad al margen del mando, más allá de todos los principios de obediencia y prescindencia política (10). Su convicción sobre la justicia de la causa era superior a ellos, aunque no del todo: en la última línea, Arellano le temía al quiebre de la unidad tanto como todos los militares.

En los trajines deliberantes lo acompañaron, con diversa intensidad, Javier Palacios, Sergio Nuño y Arturo Viveros (los generales más jóvenes del momento) y, ya avanzado 1973, también el general Oscar Bonilla. Semana tras semana, Arellano y sus colegas construyeron "por debajo" la unidad con las otras

Fuerzas Armadas, mediante reuniones secretas. Sólo faltaba descabezar a los altos mandos. Por eso algunos han propuesto como fecha decisiva el 30 de junio de 1973, cuando, a proposición del almirante Patricio Carvajal y con la anuencia de los mandos, se constituyó el "Comité de los 15" (cinco oficiales generales por cada rama de las FF.AA.), que dio patente oficial a la deliberación, es decir, a los generales y almirantes que en los meses previos se venían reuniendo en forma clandestina. La instalación del comité fue uno de los resultados de la conmoción producida el día anterior por la rebelión del Regimiento Blindados N° 2. La historia de este putsch es curiosa.

Gracias a una indiscreción del abogado Sergio Miranda Carrington -siempre ligado a grupos nacionalistas-, el gobierno se enteró de que algunos oficiales planeaban un alzamiento militar el 27 de junio. El gobierno tuvo tiempo para suspender las clases y el Ejército arrestó a varios oficiales del Blindados N° 2. La tensión de la situación se reflejó esa tarde, cuando el general Prats disparó al auto de una mujer que le hizo gestos de burla.

Dos días después, el comandante del Blindados, teniente coronel Roberto Souper, sacó los tanques y marchó sobre el Ministerio de Defensa y La Moneda. Prats partió con las tropas de la Escuela de Suboficiales a defender el Palacio, mientras Pinochet encabezaba el Regimiento Buin para encerrar a los rebeldes por el sur y por el norte. A pie, armado con una subametralladora y acompañado por el teniente coronel Osvaldo Hernández Pedreros, el capitán Roger Vergara y el sargento Omar Vergara, Prats fue rindiendo a los conductores de tanques, hasta que uno de ellos, el teniente Mario Garay, se negó y le apuntó con su ametralladora; su ayudante, el mayor Osvaldo Zavala, encañonó en la cabeza al sublevado y lo redujo. Souper huyó del centro con sus últimos tres tanques a eso del mediodía.

Esa mañana murieron 17 soldados y cinco civiles, y 32 personas quedaron heridas. Prats puso en peligro su vida. Muchas unidades estuvieron a punto de seguir al Blindados. Pero los dirigentes de la UP, leyendo mal las señales, llamaron a la ocupación masiva de fábricas y fundos, en lugar de aplacar la tensión. 244 empresas fueron ocupadas ese día y el siguiente. (11) Esa tarde se asilaron en la embajada de Ecuador cinco dirigentes máximos de Patria y Libertad, reconociéndose instigadores de la asonada y alegando haber sido objeto de una "traición".

Un año más tarde, el general Arellano y el general de la Fach Germán Stuardo admitieron que ese día se preveía el alzamiento de diversas unidades, como estuvo a punto de ocurrir (12). Lo que hizo fracasar ese diseño fue la intervención del comandante en jefe, lección que se convertiría en el número 1 de la agenda del golpe en el Ejército: no habría garantía de éxito sin los mandos superiores. El número 2: Prats era un obstáculo.

En la primera sesión del "Comité de los 15" (13), Pinochet intentó evitar que se hablara de política, pero los asistentes subrayaron que no había otro tema. Se reuniría cinco veces entre junio y agosto. Pero ya en la segunda sesión, el 1 de julio, produjo una Apreciación de la Situación, rotulada "estrictamente secreta", que fue entregada al general Prats para que la hiciese llegar al Presidente (14).

Al día siguiente, Allende pidió a los tres comandantes en jefe que se integrasen al gabinete para apoyar el Programa de Emergencia Económica. Prats se reunió con los generales, que expresaron su rechazo a participar en el gobierno; uno de ellos, Carlos Araya, le dijo más tarde que su imagen ante los subalternos era ya muy negativa (15). Sintiendo cada vez más aislado, Prats encargó a cuatro generales de su confianza -Pinochet, Urbina, Mario Sepúlveda y Guillermo Pickering- que expusieran ante Allende los argumentos del alto mando. El Presidente terminó por aceptarlos, enojado: "Muy bien. Por ahora no habrá gabinete con las Fuerzas Armadas".

Pero un mes después, el 9 de agosto, la situación política había empeorado tanto -nuevos paros, atentados, la exigencia del PDC de generar un gabinete con mayoría militar, el asesinato del edecán naval Arturo Araya, la falta de alineamiento de los partidos de la UP con el gobierno, la inflación elevada al 283%- (16), que Allende insistió en llevar a los jefes militares y de Carabineros a un gabinete de "Seguridad Nacional", abriendo un capítulo dramático para los comandantes en jefe: Prats, en Defensa; Montero, en Hacienda; el general de la FACH César Ruiz Danyau en Obras Públicas y Transportes, y el general director de Carabineros, José María Sepúlveda, en Tierras. Ninguno de ellos estaría en el mando 32 días después.

00.30 horas Academia de Guerra Fach, Las Condes

Aquel gabinete precipitó la crisis de los mandos militares con una celeridad que sólo se podía imaginar si se tenía conciencia de vivir sobre un polvorín.

"La semana más importante en la política chilena antes del golpe del 11 de septiembre comenzó el lunes 20 de agosto de 1973", ha escrito, con exactitud, el historiador Paul Sigmund (17).

Ese 20 de agosto, unos 120 oficiales de la Fach reunidos en la Base Aérea El Bosque debatieron a voz en cuello en contra de la decisión presidencial de remover al comandante en jefe, el general Ruiz. La crisis se había iniciado la semana previa, cuando Ruiz quiso renunciar al gabinete (sólo seis días después de asumir), en vista de las acciones del intendente de Santiago contra los camioneros en huelga. Allende le exigió que dejase también la Fach. Ruiz se resistió a esto último, pero el 17 de agosto no pudo contener la presión presidencial. Esa noche, en la casa del cardenal Raúl Silva Henríquez, Allende hizo ostentación de su energía política ante el presidente del PDC, Patricio Aylwin, con quien cenaba en secreto para buscar una salida a la crisis, mostrando la carta de renuncia que tenía en su bolsillo (18). Confiaba aún en su capacidad de maniobra.

Pero Ruiz no se quedó en paz y continuó reuniéndose con sus oficiales, en las bases de Los Cerrillos y El Bosque; éstos se acuartelaron luego de notificarle que seguirían considerándolo su comandante en jefe (19). Entre tanto, Allende ofreció el mando -con el ministerio- a los generales Leigh y Gabriel van Schouwen, que lo rechazaron. Al fin, acordó con Leigh que asumiera el mando de la Fach y dejase el ministerio al general Humberto Magliochetti.

El nombramiento fue una sorpresa para todos: Allende sabía que Leigh era un "duro" y que había sido un protagonista del "Comité de los 15". Ese día, sin embargo, envió los principales aviones de combate a la base de Carriel Sur, en Concepción, para impedir que los oficiales en rebeldía quisieran usarlos. El último acto del drama ocurrió el lunes 20 de agosto, en el teatro de la Base El Bosque, donde los oficiales discutieron acaloradamente acerca de la designación de Leigh. La deliberación también estaba desatada en la Fach. Sólo que, por esta vez, predominaría la obediencia: no aceptar significaría una rebelión frontal contra el gobierno.

Esa mañana, un grupo de esposas de oficiales de la Fach se congregó ante al Ministerio de Defensa para gritar consignas a favor de Ruiz y en contra del gobierno y del ministro de Defensa, el general Prats. Era un preludio de lo que ocurriría al día siguiente frente a su casa.

En cualquier caso, la gestión de Leigh caracterizó de inmediato a la Fach como la rama más severa de las Fuerzas Armadas, en particular en el allanamiento de industrias bajo el paraguas de la ley de Control de Armas. La ley durmió desde que fue promulgada en 1972, pero después del "tancazo" las Fuerzas Armadas la activaron drásticamente.

El Presidente no era en absoluto contrario a la ley; (20) a la inversa, en numerosas ocasiones propuso aplicarla con más severidad. Pero la insistente acusación, por parte de los dirigentes de la UP, de que los militares la usaban en forma sesgada y pasando a llevar a trabajadores, lo convenció de limitarla.

Un incidente de mayor cuantía ocurrió en la Lanera Austral de Punta Arenas, cuando un operativo conjunto de la Fach y el Ejército derivó en un tiroteo que dejó a un obrero muerto. El gobierno exigió a Leigh abrir un sumario y pidió a Pinochet remover de su cargo al general Manuel Torres de la Cruz, conocido adversario del gobierno. Ninguna de las dos cosas ocurrió, pese a las promesas de ambos jefes militares.

La ostensible irritación del oficialismo se colmó en la noche del 7 de septiembre, cuando una unidad aérea allanó la textil Sumar, con intercambio de disparos. Según la versión de la UP, los obreros de turno fueron maltratados por las tropas de la Fach; según ésta, los militares fueron rodeados por decenas de hombres, amenazando con reducirlos. Tras una conversación telefónica de Leigh con el ministro Letelier (21), los uniformados abandonaron el sector. El incidente sembró, en los mandos armados, el temor de que los irregulares pudiesen estar empatando el nivel militar de las tropas profesionales.

Al día siguiente, Allende citó a Leigh a su despacho y le ordenó cesar los allanamientos a industrias sin previa autorización del ministro de Defensa. En su presencia encargó al director de Investigaciones, el socialista Alfredo Joignant, realizar la indagatoria sobre los sucesos de Sumar. La guerra con la Fach estaba lanzada.

El domingo 9, Leigh se encaminó a la casa de Pinochet.

Y ahora que el momento ha llegado, en la madrugada del martes 11, el jefe de la Fach ha citado sólo a un pequeño grupo de oficiales para que lo acompañe en la Academia de Guerra Aérea. Como casi todos los altos mandos en los últimos meses, Leigh está invadido por las suspicacias y por el miedo a las traiciones. El mando ya sabe que algunos oficiales y suboficiales han mantenido reuniones con los socialistas Erich Schnake y Carlos Lazo, presidente del Banco del Estado (22). En el Chile de este momento, la lealtad se ha convertido en un bien más escaso que los cigarrillos.

Todo se ha venido superponiendo desde aquella semana crítica de agosto. El martes 21 de ese mes, esposas de oficiales de la Fach continuaron protestando ante la oficina de Prats. Lo culpaban de haber maniobrado, como ministro de Defensa, para ayudar al Presidente a sacar a Ruiz. Lo ocurrido era lo contrario -Prats se negó a intervenir-, pero esa tarde las acusaciones contra el jefe del Ejército adquirieron un cariz radical: unas 300 mujeres, entre las que se contaban las esposas de nueve generales del Ejército, se agolparon ante su casa (23). Llevaban una carta para su esposa, Sofía Cuthbert, en la que le pedían "interceder" ante el comandante en jefe (sin precisar para qué). La aglomeración, que se incrementó con oficiales de uniforme y de civil, se prolongó hasta la noche y derivó en un enfrentamiento con la policía. Sólo el general Bonilla, que fue a buscar a su esposa, entró a la casa de Prats y, tras pedir disculpas por la presencia de su mujer, le dijo que la imagen del comandante en jefe se había deteriorado en el Ejército.

Prats lo hizo retirarse, pero no tomó medida alguna en su contra. ¿Había llegado a sentirse ya inmovilizado por el temor a que un gesto suyo desencadenara la rebelión? Eso sugieren sus Memorias. A diferencia de Ruiz y Montero, Prats no tenía dudas sobre la existencia de una conspiración capitalista contra el gobierno; su única interrogante, repetida una y otra vez, era quién la dirigía.

Al día siguiente, Prats ordenó a Pinochet que exigiera a los generales emitir una declaración en su respaldo. Si no lo hacían, renunciaría. En la sesión dirigida por Pinochet, los generales Sepúlveda y Pickering presentaron sus renuncias en señal de vergüenza por el incidente; los siguieron los generales Gustavo Alvarez, Raúl Contreras, César Benavides y, sólo de palabra, Herman Brady. Encabezaron la defensa de las esposas los generales Bonilla y Vivero; la señora de este último había ayudado a reclutar mujeres (24), junto a la de Palacios.

Pinochet regresó ante Prats con malas noticias: los generales no firmarían una declaración. Más tarde traduciría sus sentimientos en una frase gráfica: "Lo que le han hecho a mi general se paga sólo con sangre de generales". Y se entendía que pensaba en los líderes de la revuelta contra Prats: Arellano, Palacios, Vivero y, por supuesto, Bonilla.

Prats supo que había caído. Tras él se irían Sepúlveda, jefe de la Guarnición de Santiago, y Pickering, director de Institutos Militares: los dos hombres con mayor número de tropas y últimos obstáculos para la iniciativa armada (25). Hay quienes asignan importancia crucial al retiro de Prats porque dio paso a un cambio en la doctrina del Ejército (26).

Pero como el sucesor nominado por Allende -con las especiales recomendaciones del general saliente y del ex ministro de Defensa José Tohá- fue el general Pinochet, que había mostrado una férrea lealtad a Prats, hay todavía quienes estiman que la fecha real de desencadenamiento del golpe fue el domingo 9 de septiembre de 1973, cuando Pinochet firmó el compromiso de actuar el martes 11. Líder de esta versión fue el almirante José Toribio Merino, secundado por otros altos jefes de la Armada, todos los cuales coinciden en atribuir la detonación final a esa rama náutica (27). Lo que ellos sugieren es que, si la Armada no hubiese impuesto la fecha, el Ejército podría haber pasado semanas o meses de dilaciones. Cualquiera que sea el inicio que se escoja -o incluso si se opta por la versión del engranaje de todos los sucesos, como si la historia fuese una máquina implacable-, la pregunta es: ¿Pudo evitarse en algún punto lo que ahora, al comenzar el martes 11 de septiembre, está a punto de ocurrir? Todos intuían este desenlace, y nadie hizo lo suficiente para detenerlo.

Es la definición técnica de tragedia.

1.00 hora Academia de Guerra Naval, Valparaíso

Cerca de la 1 de este martes 11, el almirante Merino disuelve la reunión en que su estado mayor ha compartido unos whiskies para aplacar la tensión de la víspera de la batalla. Está en la Academia de Guerra Naval en forma secreta, luego de enviar a su familia a otra casa, y de dejar la suya vestido con el uniforme de su asistente, para burlar la vigilancia policial. En la puerta de su cuarto se tiende su ayudante de órdenes, el capitán Víctor Díaz Torres.

Culmina un largo camino, que se inició formalmente el 12 de julio de 1973, cuando recibió -¡por fin!- el

texto del Plan de Acción de Anti-Insurgencia Cochayuyo, diseñado para tomar el control de las zonas de jurisdicción de la Armada. Para esa fecha, Merino tenía ya la decisión de hacer frente al gobierno, cuyo sesgo marxista era incompatible con su ideario del nacional-catolicismo, que tan bien encarnaba el caudillo de España, Francisco Franco.

De todos los militares involucrados en el alzamiento, Merino es posiblemente el más ideológico: su aversión al marxismo es tan visceral, que la siente como parte de una cruzada a la que no puede renunciar. Y por ello es también el más decidido, el único al que no intimida el peligro de una guerra civil (otra vez en esto, piensa en Franco), ni siquiera el de una confrontación con el Ejército. En algún punto, esa convicción entronca con una cierta tradición intelectual de la Armada. Así se entiende mejor lo que le dijo a su amigo Huerta:

-¡A Allende lo voy a sacar yo!

No necesitó decirselo al almirante Carvajal, que desde el verano había alcanzado la estratégica posición de jefe del Estado Mayor de la Defensa, lugar desde donde se coordinan las tres ramas de las FF.AA. Adelantando tareas, Carvajal había infiltrado a dos marineros cocineros (28) en la casa del Presidente. Quedaba un solo problema: el comandante en jefe de la institución era el almirante Montero, conocido por su temperamento moderado. La situación de Montero es la de un personaje trágico: en los días que corren, un espíritu reflexivo parece, de modo inevitable, vacilante. Su aislamiento, facilitado por su continua presencia en Santiago y las reiteradas peticiones de Allende de que participara en el gobierno, se precipitó bruscamente hacia agosto (29).

En la primera semana de ese mes, Merino denunció el descubrimiento de una infiltración izquierdista en el crucero Almirante Latorre y el destructor Blanco Encalada, patrocinada por el senador y secretario general del PS, Carlos Altamirano, el diputado y secretario general de la facción "dura" del Mapu, Oscar Guillermo Garretón, y el secretario general del MIR, Miguel Enríquez. Los marinos implicados en las reuniones con esos dirigentes dirían más tarde que intentaban prevenir la sublevación de los oficiales. En cualquier caso, se trataba de deliberación política a favor del gobierno.

Ese mismo día, los comandantes de seis naves de la escuadra se negaron a zarpar a los preparativos de la Operación Unitas. Argumento: no dejarían a sus familias solas, ni se expondrían a peligros como los descubiertos en los otros dos buques.

La Armada estaba al borde de un caos interno.

El martes 21 de agosto, un día después de la tempestuosa asamblea de la Fach y al mismo tiempo que estallaban en Santiago las manifestaciones de esposas contra Prats, los almirantes, presididos por Huerta, se reunían en Valparaíso para debatir una decisión del comandante en jefe: que el almirante Daniel Arellano asumiese como nuevo ministro de Hacienda. Los almirantes reclamaban que un Consejo Naval anterior había acordado rechazar la participación de la Armada en el gobierno. En la noche, una delegación viajó a Santiago y se reunió con los almirantes Montero, Merino y Hugo Cabezas en el Ministerio de Defensa, notificando la conclusión del día: el comandante en jefe ya no era un factor de cohesión. Merino lo defendió, haciendo ver que se iría cuando fuese apropiado, alrededor de un mes más. Pero la deliberación estaba fuera de control. Montero presentó su renuncia al Presidente.

El 24, Allende se la rechazó. Esa tarde, Montero se reunió con los almirantes y volvió a escuchar a Huerta, que ahora planteó la necesidad imperiosa de su retiro. En la noche citó al almirante Merino, que llegó con el contralmirante Sergio Huidobro, jefe de la Infantería de Marina. Merino le reiteró que debía renunciar. Montero llamó a Allende:

-Presidente, tengo aquí a dos almirantes que me piden la renuncia en nombre del Consejo Naval. Allende los convocó de inmediato y tuvo su primer enfrentamiento verbal con Merino. No permitiría la salida de Montero en estos términos (30). Dada la insistencia de Merino, el Presidente le espetó:

-Entonces, quiere decir que estoy en guerra con la Marina.

El 30, Merino, actuando como juez de la Primera Zona Naval, pidió el desafuero de Altamirano y Garretón, una decisión que, en el caldeado ambiente que se vivía, sólo podía ser interpretada como un desafío abierto.

Al día siguiente, el Consejo Naval y la oficialidad se reunieron en la Escuela Naval, bajo la presidencia de Montero. Ahora quien le quitó el respaldo de sus subordinados fue el almirante Horacio Justiniano. Montero sabía que ya no tenía sustento. Su salud estaba quebrantada por una úlcera y la ordalía de reuniones descalificatorias había deteriorado su voluntad. Pero cuando se lo fue a plantear a Allende en su casa, esa noche, recomendando nombrar a Merino para apaciguar, el Presidente desestimó sus ideas: no estaba dispuesto a ceder.

El 1 de septiembre, el recién instalado ministro de Defensa, el socialista Orlando Letelier, citó a los

almirantes y los emplazó a explicar la deliberación contra Montero. Carvajal y Huerta lideraron los argumentos, que Letelier rechazó de plano. Era un diálogo de sordos.

El lunes 3, el ministro anunció a los almirantes que Montero mantendría su cargo, y que tampoco serían cursados los retiros solicitados por los almirantes Arellano y Cabezas. No dijo que en la mañana se había cursado el del contralmirante Huerta. Arellano era ministro de Hacienda y Cabezas, jefe del Estado Mayor de la Armada. Además de ellos, que tenían cercanía con Montero, sólo el contralmirante administrativo Francisco Poblete, destinado en el Estado Mayor, respaldó al comandante en jefe. Poblete denunció lo que era obvio: había una insubordinación generalizada.

Además de extenuante, la sesión fue un desastre. Tras salir el ministro, los almirantes continuaron a solas. Montero, agobiado, sufrió un vahído; el contralmirante Huidobro, que fue en su ayuda, repitió los argumentos del almirantazgo. Montero le pidió a Letelier que oyera a Huidobro. Y el ministro terminó proponiendo que los almirantes Montero, Merino, Huidobro y Erich Pablo Weber se reuniesen con Allende. La escalada de reuniones concluyó con la promesa del Presidente de que el viernes 7 pasaría a retiro a Montero y designaría a Merino (31).

Aquel viernes, Merino regresó a La Moneda, y encontró a un Allende indignado con el titular del diario de derecha Tribuna: "Hoy vence plazo de la Armada a Allende". En estas condiciones, dijo, no anunciaría el cambio de mando. Merino recordaría el inicio del encuentro como un acto casi armado: al ver a cuatro miembros del Grupo de Amigos Personales (GAP) situados en las esquinas del comedor, sacó su pistola y la puso sobre la mesa. En todo caso, salió con el mismo cargo con que había entrado. Y eso fue lo que, disgustado, informó (32) en la noche al general Sergio Arellano.

Según el entonces parlamentario socialista Erich Schnake, ese mismo viernes 7 ocurrió un hecho extraordinario: Huidobro, que era su amigo y apoderado de su hijo en la Armada, lo llamó para informarle que se planeaba el derrocamiento de Allende. Los cabecillas eran el almirante Merino y los generales Leigh, Bonilla y Arellano. Pasarlos a retiro cuanto antes podría salvar al gobierno. Schnake narró esto en casa de Allende, pero nadie se mostró proclive a actuar de prisa (33). Huidobro desmentiría esta versión, pero no su cercanía con Schnake; por lo demás, es un hecho que el PS lo consideraba uno de sus informantes privilegiados (34).

El mensaje era tardío y ambiguo.

¿Se trataba de maniobras diversionistas, trucos para desorientar al adversario? ¿O eran apuestas de doble juego, por si las cosas tomaban otro giro? En un ambiente donde no se puede confiar en nadie, todo vale y todo es posible.

Al día siguiente, sábado 8, Merino se reunió con el alto mando y tomó la decisión de iniciar el levantamiento; en su análisis, las dilaciones de Allende habían llegado al límite, y ahora se corría el riesgo de que descabezara a los altos mandos. Llegando con retraso desde Santiago, el almirante Carvajal informó que la Fach participaría, pero que no tenía seguridades finales de Pinochet.

El domingo 9, Merino decidió enviar un mensaje a Pinochet. El contralmirante Huidobro y su jefe de Estado Mayor, el capitán de navío Ariel González, viajaron a Santiago con una nota manuscrita de Merino, informando que la Armada se alzaría a las 6 del martes 11 y requiriendo el compromiso de apoyo de Pinochet y el comandante en jefe de la Fach, Gustavo Leigh (35). Aunque la nota es explícita en plantear una sublevación conjunta, Merino diría en sus Memorias que se les pedía, al menos, no emplear sus fuerzas en contra de la rebelión marina (36).

Acompañado de Carvajal, a quien pasó a buscar para dar más autoridad a su visita, Huidobro entró a la casa del jefe del Ejército en la tarde, mientras la familia celebraba el 15º cumpleaños de Jacqueline, la hija menor. Ya estaba allí Leigh, que había llegado con idénticos motivos.

Leigh había sido informado en la mañana, por el general Arellano, de que Pinochet continuaba siendo un enigma. Según Arellano, lo había visitado la noche del sábado 8 y le había dicho que estaba en marcha una insurrección contra el gobierno, que esperaban que liderase como jefe del Ejército (37). Pinochet se comprometió a comunicarse con Leigh.

Pero al día siguiente Pinochet estuvo muy ocupado. Al mediodía, y acompañado del general Urbina, fue a la casa del Presidente, que les quería informar de su decisión de convocar, esa semana, a un plebiscito para romper el empate político. Los generales se mostraron satisfechos: era lo que había propuesto Urbina ya en la madrugada del 23 de agosto. En ese contexto sería más fácil cursar los retiros de los

generales que deliberaban contra el gobierno. Al salir, alcanzaron a ver a los dirigentes del PC que llegaban a la casa para dar su aprobación a Allende.

Cuando el jefe de la Fach llegó, inquieto, a su casa en la tarde del 9, Pinochet no mencionó este hecho. Y discutían sobre el levantamiento inminente (Leigh recordaría que Pinochet dijo que "esto podría costarnos la vida") cuando recibieron a los dos jefes navales con la nota de Merino.

Pinochet buscó su pluma y dio su aprobación. Leigh puso la suya. Día D, 11 de septiembre. Hora H, 6 de la mañana.

El tío Sergio Hiriart, hombre de humor rápido y contagioso, miró la extraña reunión desde el living donde se celebraba el cumpleaños y se permitió una broma visionaria:

"Mira, esos de allá están en un complot".

Huidobro y González retornaron a Valparaíso al anochecer para informar a Merino.

2.00 horas, Casa Presidencial de Tomás Moro

A las 2 de esta madrugada que comienza a eternizarse, Allende levanta la cena que ha reunido, desde hace cinco horas, a sus ministros del Interior y Defensa, Carlos Briones y Orlando Letelier; al asesor de prensa Augusto Olivares y al asesor político Joan Garcés; a su esposa, Hortensia Bussi, y a su hija Isabel. Ambas regresaron en la tarde de México, y parte de la cena se dedicó a sus impresiones de ese país. Con un matiz: en el intertanto, Olivares fue informado por la secretaria privada del Presidente, Miria "Payita" Contreras, que dos camiones con tropas marchaban desde Los Andes a Santiago. Ella prometió volver a llamar cuando tuviese más información.

Más tarde, los comensales de Tomás Moro entraron a los temas políticos. Allende anunció que ya tenía el apoyo del PC para convocar a un referendo acerca de las áreas de la economía (privada, mixta, estatal) y el acuerdo del PDC sobre el texto de la reforma constitucional que se requería para ello.

A la segunda llamada de Payita por los camiones militares, Allende ordenó a Letelier que ubicara al nuevo jefe de la Guarnición de Santiago, el general Herman Brady. Pero éste dijo no saber nada. Más tarde explicó que eran refuerzos antidisturbios. (Lo que no dijo es que en el intertanto llamó a Pinochet, quien a su turno llamó al regimiento de Los Andes para que devolviesen los camiones a la altura de Chacabuco). A Letelier le hizo sentido: en la mañana, Pinochet le había dicho que acuartelaría al Ejército, en previsión de desórdenes por los desafueros de Altamirano y Garretón. Por las dudas, en la cena Letelier le propuso a Allende llamar a Pinochet, pero el Presidente, entre cansado y bromista, le dijo que no, que si hicieran caso a todos los rumores...

Allende había tenido un día de perros. Al mediodía había convocado a un consejo de gabinete en el que dio un cuadro dramático de la situación. La tensión con la Armada y con la oposición se había agravado tras un desafiante discurso pronunciado el domingo por Altamirano. Las arcas fiscales estaban destruidas: ya casi no se disponía de divisas. Un atentado terrorista contra el oleoducto de la Enap agudizaría la falta de combustible en los próximos días. Y, debido a la paralización del sistema de descarga de granos del puerto de San Antonio, el país disponía de trigo para sólo cuatro días. En vista de este cuadro, dijo, anunciaría diversas medidas en las próximas horas, incluyendo un referendo.

Su decisión era una bomba política. En la noche del sábado 8, había recibido con indignación la carta del comité político de la UP, redactada por Adonis Sepúlveda, en respuesta a sus propuestas. Una apretada síntesis:

-Acuerdo con la DC sobre las áreas de la economía: Rechazado.

-Convocatoria al referendo: Rechazado.

-"Gabinete de Guerra": Rechazado.

-Voto de confianza al Presidente para decisiones urgentes: Rechazado.

Allende estaba especialmente furioso por la falta de proposiciones alternativas. Era un no sin reverso ni salida. Por ello, al decidir el referendo a pesar de la carta, Allende había desahuciado a la UP. Sin saberlo, la coalición se había terminado ese día 10, dinamitada por el "infantilismo revolucionario" (Lenin), la idea del "enfrentamiento inevitable" (Altamirano) y la "parálisis de las contradicciones" (Garcés). Sólo faltaba la fecha pública. Podía ser mañana, el martes 11, aprovechando un acto en la Universidad Técnica del Estado.

El Presidente almorzó con los ministros Briones y Letelier, el asesor Garcés y los ex ministros José Tohá y Sergio Bitar, analizando el nuevo diseño dentro de una situación militar ya extrema. Además de modificar el equipo ministerial y anunciar el plebiscito, crearía una Dirección de Seguridad, a cargo de

Tohá, encargada de coordinar la inteligencia de las FF.AA. y monitorear las amenazas contra el gobierno. En la tarde recibió al canciller Clodomiro Almeyda, que llegaba de Argelia, y más tarde se reunió con los cuatro ministros militares.

Este encuentro, escasamente recordado, tiene gran importancia: el Presidente anunció a los uniformados que preparaba la formación de un "Gabinete de Guerra". No abundó en detalles.

Los ministros militares entregaron sus renunciaciones y el general Rolando González se quedó para resolver un último asunto en Economía. Allende le anunció allí su decisión de no dejar su cargo en ninguna circunstancia. Le mostró su metralleta:

-General, con esta arma defenderé este puesto; tengo aquí dos cargadores de 18 tiros cada uno. Los dispararé defendiendo este sillón, pero dejaré dos tiros para mí.

Luego, el Presidente se fue a la cena que lo esperaba en casa (38).

Letelier, citando las conversaciones con Prats que le indicaban que un intento golpista se produciría el viernes 14, planteó en la cena la necesidad de pasar a retiro inmediato a los generales Torres de la Cruz, Bonilla, Arellano, Nuño, Palacios, Viveros y Washington Carrasco antes del viernes, como se lo había dicho a Pinochet. Allende lo aprobó.

Cuando por tercera vez sonó el teléfono -ahora era Altamirano, que habló con Garcés-, el apacible ministro Briones se impacientó:

-¡Otra vez los camiones de Augusto!.

Es que Augusto Olivares ha estado realmente nervioso, desde antes de que la cena se iniciara. El Presidente los calma a todos, después de hablar con el general Jorge Urrutia, el segundo hombre de Carabineros, que le confirma que los movimientos de tropas son los previstos para un día como el 11. Eso le han dicho los generales del Ejército.

Allende se va a dormir. Frente a su recámara se instala el turno del GAP, con las armas preparadas, consciente de que el sueño del Presidente es un momento apropiado para copar el poder. En los jardines rondan 12 carabineros, al mando de un teniente; afuera de la casa vigilan otros ocho, en dos tanquetas Mowag Roland. En las habitaciones externas del GAP se celebra, regadamente, la despedida de soltero de uno de sus miembros.

2.00 horas, Intendencia de Santiago

A las 2 de la mañana, el general Arturo Yovane llega a la Intendencia de Santiago, frente a La Moneda. Viene a dar las instrucciones al personal policial de turno, y a advertir al segundo de la prefectura de la capital, el general Néstor Barba, de la movilización en curso. Poco antes se ha despedido del general César Mendoza, luego de salir de la Escuela de Carabineros, donde han reclutado al director, el coronel José Sánchez Stephens, para las acciones del 11. Pero Mendoza sigue inseguro acerca del alcance de la sublevación. No es por temor: es porque ocupa el sexto lugar de la jerarquía policial, está bajo la sospecha del gobierno y depende de las gestiones de un general -Yovane- que tiene el puesto número 14.

Sus posibilidades se fundan en que amanezca en el lugar correcto: el edificio Norambuena, donde está la Central de Comunicaciones de Carabineros.

Los carabineros han estado sometidos a fuertes tensiones durante el último año. Además de ocupar la primera línea del orden público en un país donde a cada minuto estallan disturbios, sufren la presión de la justicia, que los acusa veladamente de no cumplir sus resoluciones por órdenes del gobierno.

La tensión cristalizó el 29 de junio, durante el "tancazo", cuando el subdirector de Carabineros, el general Ramón Viveros, ordenó a la guardia de Palacio no disparar contra las tropas del Blindados N° 2, contraviniendo las instrucciones del Presidente. Viveros debió pedir el retiro. Su sucesión motivó alguna polémica entre la dirigencia de la UP, que propuso, por vía de Altamirano, nombrar al general Rubén Álvarez, tercero en la línea jerárquica. Pero Allende, que siempre se reservó las designaciones militares, prefirió seguir la propuesta del general director, José María Sepúlveda, y nombró al general Jorge Urrutia, prefecto de Concepción, pese a que se había enfrentado al secretario regional del PS.

Era un supuesto del gobierno que los mandos de Carabineros permanecerían leales. Sólo estaban entre ojos el general Mendoza y, más oblicuamente, el general Yovane. Mendoza se había indisputado con el gobierno en 1972, al ordenar una acción policial contra los ocupantes izquierdistas del Supermercado Los Presidentes, considerado un emblema de la lucha de la UP contra los comerciantes. Pero, desplazado a

la Dirección de Bienestar, ya no representaba amenaza operativa.

De Yovane, el gobierno sabía que, de ser un oficial con simpatía inicial por la UP, se había convertido en un general "duro", que encabezaba el grupo denominado "Los Italianos" y que, mientras fue prefecto de Valparaíso, mantuvo contactos con Merino, Arellano y Carvajal. El 20 de agosto de 1973 fue trasladado a Santiago, a la Dirección de los Servicios, que reducía considerablemente su capacidad de amenaza. Lo que La Moneda ignora es que Yovane ha realizado una sostenida campaña de visitas a las unidades policiales, para apreciar su grado de adhesión en caso necesario.

Yovane es a Carabineros lo que Arellano al Ejército, sólo que mucho más sofisticado en sus capacidades conspirativas. A este general aguilero e incansable no le importa quebrar la jerarquía. Casi se puede decir que sus tácticas contemplan esa ruptura: cada vez que busca el apoyo de una unidad, se asegura de tener por anticipado la del segundo en el mando.

Del cuerpo de generales, sólo habla de política, a lo largo de 1973, con seis -Viveros (que sale), Mendoza, Alfonso Yáñez, Enrique Gallardo, Mario McKay y Néstor Barba-; en cambio, su agenda está llena de coroneles y capitanes. Y se despliega en claves y lenguajes cifrados: con la Armada habla de las reuniones de "Las Cañitas", un proyecto inmobiliario de Viña del Mar; con McKay utiliza al Colo Colo; y con otros hasta menciona a una abuelita.

El 4 de septiembre, alertado por distintas voces, Allende pidió al general Urrutia que pasara a retiro a Mendoza y Yovane. Urrutia defendió a Mendoza y aplazó por unos días la decisión respecto de Yovane. Este supo que se jugaba su carrera.

En la tarde del 9, consiguió la adhesión del director de la Escuela de Suboficiales, el coronel Lautaro Melgarejo (aunque ya tenía la del subdirector, el coronel Oscar Torres) y luego se reunió con otros oficiales en el Club de Carabineros. En la noche, se preocupó de un aspecto ignorado por los militares: la policía civil. Citó al mismo club al prefecto de Investigaciones de Santiago, Julio Rada (no al subdirector), y lo informó sobre el movimiento. Sólo pidió una cosa: que los detectives se abstuvieran.

Pero lo más importante es que escogió al nuevo líder para Carabineros: Mendoza, un hombre apacible, con una popularidad debida a su pasado de equitador, apreciado por sus subalternos y con bajísima visibilidad política. Tanta, que en la noche del viernes 7 de septiembre, Allende asistió a una cena de los generales de Carabineros, organizada por Urrutia, y sentó a Mendoza a su lado izquierdo. Bromeó con él ("¿Ustedes saben, señores, que yo le enseñé a montar a Mendoza?") y en el brindis lo sintió como uno de los leales, uno más de los jefes policiales.

En la tarde del lunes 10, Yovane congregó al personal del edificio Norambuesa, para hacer un brindis por el cumpleaños del general Mendoza, que sería el martes 11:

-Lo vamos a felicitar por su cumpleaños, dijo, y luego llevó su audacia al límite: "Y también por algo mucho más importante, que va a ocurrir mañana".

Ahora, el último paso es la Escuela de Carabineros; claro que antes de hablar con el coronel Sánchez Stephens, Yovane ya tenía controlada la Sección de Ametralladoras, la única con real poder de fuego en esa unidad. Tras separarse de Mendoza, Yovane se va a dormir a la casa del empresario Juan Kassis, dueño de las cecinas La Germania, que vela su sueño armado con una metralleta.

Ya todas las piezas están en su lugar. Para que el golpe de Estado tenga éxito, se superponen otros tres golpes institucionales: el de la Armada, donde Merino ocupa la jefatura de facto; el de Carabineros, donde Mendoza está sobrepasando a cinco generales, y el del Ejército, que quedará como un mero diseño verbal, aunque podría haber superado a cuatro generales.

Pero nada de eso ha ocurrido todavía. De momento, es hora de ir a dormir. Eso sí: con vigilantes armados.

Citas

1.- CANESSA, JULIO: Quiebre y recuperación del orden institucional en Chile. El factor militar 1924-1973. Santiago: Emérida, 1995.

2.- Años después, el general Pinochet dirá que la visita fue en la mañana del 11, que no es como sus protagonistas lo recuerdan. PINOCHET, AUGUSTO: El día decisivo. Santiago: Andrés Bello, 1979, p. 130.

3.- El general Pinochet hizo alusión, posteriormente, a "un auto que pasaba todos los días de amanecida", presumiblemente de Investigaciones, vigilando su casa. Esta investigación confirmó que la policía civil no vigiló en ningún momento al comandante en jefe del Ejército, ni a ningún otro general. CORREA, RAQUEL; y SUBERCASEAUX, ELIZABETH: Ego Sum Pinochet. Santiago: Zig Zag, 1989, p. 103.

4.- La cuestión del auto es relevante para determinar la naturaleza exacta del encuentro. Antes de su muerte, el general Urbina recordaría que fueron y regresaron juntos, en el auto de Pinochet. En cambio, Pinochet diría que "encontró" en la casa de Allende al otro general, lo que apoya su idea de una celada; agrega que al salir invitó a Urbina "para que me acompañara en mi auto". PINOCHET, AUGUSTO: El día decisivo. Santiago: Andrés Bello, 1979, p. 108-112.

5.- Curiosamente, la doble significación masónica y cristiana de "hermano" era también motivo de bromas por parte de Allende, como lo refleja una anécdota narrada por su subsecretario de Justicia. VIERA-GALLO, JOSÉ ANTONIO: 11 de septiembre. Testimonio, recuerdos y una reflexión actual. Santiago: ChileAmérica Cesoc, 1998, p.70.

6.- Según versiones conocidas por esta investigación, Urbina sí habría sabido que la intervención se produciría el 14. Aunque haya sido sobrepasado por el adelanto de la fecha, el hecho relevante es que los otros generales pidieron expresamente su desplazamiento.

7.- Esta tesis ha sido sostenida en numerosos análisis políticos y periodísticos. Su expresión más documentada se halla en GONZÁLEZ, MÓNICA: La conjura. Los mil y un días del golpe. Santiago: Ediciones B, 2000.

8.- Un texto paradigmático de este enfoque: SIGMUND, PAUL E.: The overthrow of Allende and the politics of Chile, 1964-1976. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1977.

9.- HUERTA, ISMAEL: Volvería a ser marino. Santiago: Andrés Bello, 1988, tomo II, pp. 10-19.

10.- Reproducidas masivamente en La conjura. Los mil y un días del golpe.

11.- SIGMUND, PAUL E.: The overthrow of Allende and the politics of Chile, 1964-1976. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1977, p. 215.

12.- París: Diario Le Monde, 15 de marzo de 1974.

13.- Asistieron por el Ejército los generales Pinochet, Bonilla y Nuño; por la Armada, los almirantes Carvajal, Huerta y Cabezas; y por la FACH los generales Leigh, Claudio Sepúlveda, Agustín Rodríguez, Nicanor Díaz Estrada y Francisco Herrera. El entonces comandante en jefe del Ejército escribió que percibía que estos encuentros serían "sutilmente deliberativos". PRATS, CARLOS: Memorias. Testimonio de un soldado. Santiago: Pehuén, 1985, pp. 436.

14.- El texto íntegro en: GONZÁLEZ, MÓNICA: La conjura. Los mil y un días del golpe. Santiago: Ediciones B, 2000, pp. 501-507.

15.- PRATS, CARLOS: Memorias. Testimonio de un soldado. Santiago: Pehuén, 1985, pp. 424-426.

16.- Según las conservadoras cifras del Instituto Nacional de Estadísticas, un 60% inferiores a las de la Universidad de Chile. GONZÁLEZ PINO, MIGUEL; y FONTAINE TALAVERA, ARTURO (editores): Los mil días de Allende. Santiago: CEP, 1997, tomo I, pp. 760-761.

- 17.- SIGMUND, PAUL E.: The overthrow of Allende and the politics of Chile, 1964-1976. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1977, p. 231.
- 18.- CAVALLO, ASCANIO: Memorias. Cardenal Raúl Silva Henríquez. Santiago: Copygraph, 1991, tomo II, p. 265-268.
- 19.- El almirante Huerta sostiene que la Armada también se acuarteló, "solidarizando con sus compañeros de armas". HUERTA, ISMAEL: Volvería a ser marino. Santiago: Andrés Bello, 1988, tomo II, pp. 74-75. Sin embargo, el general Prats recuerda que él dio esa instrucción a la Armada y al Ejército, y que para supervisarla mantuvo contacto continuo con Merino y Pinochet. PRATS, CARLOS: Memorias. Testimonio de un soldado. Santiago: Pehuén, 1985, pp. 474.
- 20.- A la evidencia testimonial de esta posición de Allende se añade un documento publicado por los militares: Libro Blanco del cambio de gobierno en Chile. Santiago: Lord Cochrane, 1973, p. 194.
- 21.- GARCÉS, JOAN; y LANDAU, SAUL: Orlando Letelier: Testimonio y vindicación. Madrid: Siglo XXI, 1995, p. 23.
- 22.- Los uniformados que participaron en estas reuniones dirían que su objetivo era informar al gobierno que los jefes de la FACH estaban complotando. VILLAGRÁN, FERNANDO: Disparen a la bandada. Una crónica secreta de la FACH. Santiago: Planeta, 2002, pp.127-130.
- 23.- Los generales Ernesto Baeza, Pedro Palacios, Oscar Bonilla, Raúl Contreras, Arturo Vivero, Sergio Nuño, Eduardo Cano, Javier Palacios y Sergio Arellano.
- 24.- HARRINGTON, EDWIN; y GONZÁLEZ, MÓNICA: Bomba en una calle de Palermo. Santiago: Emisión, 1987, pp. 112.
- 25.- En esta apreciación coinciden Prats, Pinochet y Sepúlveda. PRATS, CARLOS: Memorias. Testimonio de un soldado. Santiago: Pehuén, 1985, pp. 484; PINOCHET, AUGUSTO: El día decisivo. Santiago: Andrés Bello, 1979, p. 113-115; y GONZÁLEZ, MÓNICA: La conjura. Los mil y un días del golpe. Santiago: Ediciones B, 2000, pp. 245-248.
- 26.- La mejor expresión de esta tesis: HUERTA, ISMAEL: Volvería a ser marino. Santiago: Andrés Bello, 1988, tomo II, p. 101-102.
- 27.- El texto emblema de esta versión fue encargado por el almirante Merino al término del régimen militar, para subrayar el protagonismo de la Armada en el proceso, como se indica ya en su título: HUIDOBRO, SERGIO: Decisión naval. Valparaíso: Imprenta de la Armada, 1990. También: HUERTA, ISMAEL: Volvería a ser marino. Santiago: Andrés Bello, 1988; CARVAJAL, PATRICIO: Téngase presente. Valparaíso: Arquén, 1993; y MERINO, JOSÉ TORIBIO: Bitácora de un almirante. Memorias. Santiago: Andrés Bello, 1998.
- 28.- Los sargentos segundos Gastón Fernández Iturrieta y Carlos Ramírez Lobos. Su informe oral puede hallarse en CARVAJAL, PATRICIO: Téngase presente. Valparaíso: Arquén, 1993, pp. 59-61.
- 29.- Sigmund lo considera una consecuencia de la salida de Prats, que permitió "focalizar" la presión sobre Montero, aunque la vehemente conducta de los almirantes no indica tanto cálculo. SIGMUND, PAUL E.: The overthrow of Allende and the politics of Chile, 1964-1976. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1977, p. 237.
- 30.- HUIDOBRO, SERGIO: Decisión naval. Valparaíso: Imprenta de la Armada, 1990, pp. 210-212.
- 31.- En septiembre de 1975, un año antes de ser asesinado en Washington, Letelier envió un testimonio grabado a Joan Garcés, quien deseaba verificar algunos aspectos de las horas previas al golpe para un

libro sobre la experiencia chilena. El texto junto con el cassette- fueron publicados mucho después, cuando los asesinos de Letelier fueron condenados por la justicia chilena: GARCÉS, JOAN; y LANDAU, SAUL: Orlando Letelier: Testimonio y vindicación. Madrid: Siglo XXI, 1995, pp. 37-39.

32.- MERINO, JOSÉ TORIBIO: Bitácora de un almirante. Memorias. Santiago: Andrés Bello, 1998, p. 221-223.

33.- LAGOS, ANDREA: Schnake remece la historia oficial. Santiago: Diario La Tercera, 23 de julio de 2000.

34.- Así lo confirma el testimonio del secretario general del PS. POLITZER, PATRICIA: Altamirano. Buenos Aires: Ediciones B-Melquíades, 1989, p. 32.

35.- GARCÉS, JOAN: Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política. Santiago: Bat, 1990 (2ª edición), p. 365. Letelier sostiene que Van Schouwen desempeñó un papel diversionista ante el gobierno, manteniendo contactos con hombres de la Unidad Popular como parte de una "gestión de engaño" que atribuye al propio general Leigh. GARCÉS, JOAN; y LANDAU, SAUL: Orlando Letelier: Testimonio y vindicación. Madrid: Siglo XXI, 1995, p. 43.

36.- El origen de esta nota, a la que se suele conferir importancia histórica, es confuso. Según Merino, la escribió después de la misa matinal y con ella preparada llamó al contralmirante Huidobro. MERINO, JOSÉ TORIBIO: Bitácora de un almirante. Memorias. Santiago: Andrés Bello, 1998, p. 228-229. Según Huidobro, la nota se originó cuando el capitán González le hizo notar, ya en el camino a Santiago, que no portaba ningún documento que le diese credibilidad, y por tanto decidieron volver a casa de Merino para pedirle una constancia (y dinero para el peaje). HUIDOBRO, SERGIO: Decisión naval. Valparaíso: Imprenta de la Armada, 1990, p. 235-236. De otro lado, Merino atribuye la inspiración de la nota al discurso de Altamirano, que oyó por radio y que lo habría motivado a redactarla (pp. 228-229), mientras que Huidobro recuerda haber oído el mismo discurso en el auto, camino a Santiago, con la nota en su zapato (p. 237).

37.- MERINO, JOSÉ TORIBIO: Bitácora de un almirante. Memorias. Santiago: Andrés Bello, 1998, p. 234.

38.- La visita de Arellano a Pinochet ha sido un asunto polémico. El general Nicanor Díaz Estrada, jefe del Estado Mayor de la Defensa y protagonista del complot militar, dice haberse encontrado con Arellano esa noche y haber oído de él que "no se atrevió" a hablar con Pinochet. VERDUGO, PATRICIA: Los zarpazos del puma. Santiago: Cesoc, 1989 (actualizada), p. 14. El testimonio de Arellano sugiere que la conversación con Pinochet se habría producido después del encuentro con Díaz Estrada. ARELLANO ITURRIAGA, SERGIO: Más allá del abismo. Un testimonio y una perspectiva. Santiago: Proyección, 1985, p. 47; y GONZÁLEZ, MÓNICA: La conjura. Los mil y un días del golpe. Santiago: Ediciones B, 2000, pp. 303-305.

39.- CANESSA, JULIO: Quiebre y recuperación del orden institucional en Chile. El factor militar 1924-1973. Santiago: Emérida, 1995, pp. 169-171. Canessa cita textualmente un documento escrito por el general González con el título Remembranza de un pasado.

Los planes para la toma del poder y la resistencia
La noche no tendrá luna

Martes 11 de septiembre, 3.00 horas, Vitacura

Son las 3 de la mañana de este incipiente martes 11 cuando el ex Presidente Eduardo Frei Montalva decide que debe dormir. Está en la casa de su hija Carmen, adonde se ha ido a instalar esta noche por consejo de sus amigos y su propia familia. Y lleva horas paseándose, sin conciliar el sueño. En la noche del domingo 9, el general Arellano ha informado al senador Juan de Dios Carmona -que fue ministro de Defensa de Frei- sobre la inminencia del golpe. El 10 las versiones se repitieron, una a través de su ex edecán naval Víctor Henríquez y la otra de su también ex edecán, el ahora general Bonilla.

Como presidente del Senado, Frei es la segunda autoridad de la República, el hombre que ocuparía el sillón presidencial en caso de vacancia. Pero parece evidente que de haber golpe, los militares cerrarían el Congreso; sería absurdo que lo mantuvieran en funciones. Más probable es que intenten restaurar el orden público y económico, y al cabo de un tiempo breve -quizás tres años- devuelvan el poder a los civiles. De la actual oposición, por supuesto.

¿Y la violencia? A Frei lo desgarró la idea de un golpe sangriento, y no olvida que el general Prats le dijo, a comienzos de julio -días después del "tancazo"-, que una asonada podría producir cien mil muertes, y quizás hasta un millón. Ese cálculo militar, de apariencia técnica, lo obsesiona.

Pero, por otro lado, Frei siente una ira incontenible hacia Allende, a quien culpa del extremo a que se ha llegado. Ya al momento de entregarle el mando le advirtió que no lo ayudaría y que esperaba que su gobierno fuese lo más corto posible, porque tenía la convicción de que sería dañino para el país.

Frei fue confirmando esa certeza en los dos primeros años de Allende. Cada vez que la prudencia aconsejaba atemperar el ritmo de los cambios, la UP hacía exactamente lo contrario. Con ello explicaba la veloz polarización que se había producido ya en 1972, cuya caja de resonancia era una prensa militante que no se detenía ante nada para denigrar a los adversarios, (1) y un lenguaje cargado de consignas en vez de argumentos. Para Frei, el debate se había agotado a inicios de 1973; el lenguaje político estaba a punto de ser sustituido por el de las armas. La guerra no continuaría a la política: la suplantaría.

A lo largo de ese año, Frei rechazó reiteradamente las invitaciones a reunirse en privado con Allende. La vieja estima de los colegas del Senado parecía haberse hundido para siempre en el océano de recriminaciones, insultos e imputaciones en que se había convertido la política chilena.

En agosto, cuando la situación ya parecía desbocada, Allende volvió a buscar una cita con Frei, ahora a través del cardenal Raúl Silva Henríquez. Frei, herido por lo que a su juicio era una campaña de diatribas digitada desde La Moneda, se negó. Sin embargo, autorizó al presidente del partido, Patricio Aylwin -un prohombre de la corriente "freísta"-, a reunirse con Allende en la casa del cardenal.(2)

El resultado de ese esfuerzo fue un intercambio de propuestas entre Aylwin y el ministro del Interior, Carlos Briones. Pero en medio de esas reuniones, la Cámara de Diputados, con los votos del PDC, emitió un acuerdo que declaraba que el gobierno había quebrantado la institucionalidad. Al margen de las intenciones de sus redactores -el senador del Partido Nacional Francisco Bulnes, el abogado Enrique Ortúzar y, en calidad de revisor, el diputado DC Claudio Orrego-(3), el documento creaba las condiciones jurídicas para el derrocamiento.

Frei no creía tampoco en estos diálogos de última hora. Estaba convencido de que Allende los usaba para dilatar la crisis y, peor aún, envolver al PDC en el desastre que se avecinaba. Iniciado septiembre, le parecía que ya no había más solución que la renuncia de todos los poderes elegidos y la convocatoria a elecciones generales. Borrón y cuenta nueva.

En la tarde del domingo 9 estuvo redactando su renuncia a la presidencia del Senado, porque al día siguiente se conocería la propuesta de la DC que daba forma a esta idea. Hasta que en la noche llegó la noticia de la inminente sublevación. no participó en ella. Tampoco necesitó autorizarla: su rechazo a Allende era tan público como su repudio al programa y la conducta de la UP. En los mentideros políticos se sabía que ni siquiera aceptaba reunirse con el Presidente, lo que, en las interpretaciones más duras, era señal de que desconocía su autoridad. ¿No era bastante elocuente? (4)

Y ahora, en la casa de Carmen, se siente encerrado y atenuado por el peligro físico y por la coyuntura histórica.

Sus amigos tienen un plan para que se refugie en la embajada australiana, a través de la casa de un diplomático peruano.

Todo el mundo tiene planes esta noche.(5)

Y bien: ¿Es esto normal? La política puede ser entendida como el arte de la anticipación, pero en ningún caso de la clandestinidad. Hasta se puede decir a la inversa: cuando comienza la clandestinidad, es porque se ha terminado la política.

Los principales oficiales del golpe tienen previstos refugios para sus familias a partir de la noche decisiva.

En principio, toman esas medidas pensando en la posibilidad de un tropiezo anticipado que incite a las fuerzas adversarias a caer sobre los puntos débiles de los mandos. Pero en un segundo paso, más importante, piensan en el quiebre interno, la temida lucha entre camaradas. Por eso, no son pocos los que despachan a sus familias hacia lugares que podrían hallarse en el bando contrario o que, al menos, serán neutrales si lo peor llega a lo peor.

Según un dirigente socialista, la celeridad de los jefes de Patria y Libertad para asilarse durante el "tancazo" ofreció un nuevo modelo a la política del país; esto explicaría que, para septiembre, el asilo estuviese asimilado por la imaginación dirigencial, y en muchos casos como primera alternativa. El propio gobierno piensa en una estructura clandestina, la Dirección Central (Dicen), donde los líderes usarían "chapas" y contraseñas para reunirse en un local de calle García Reyes, bajo la clave "Filadelfia". El Presidente pasaría a llamarse, en esa alternativa, "Reinaldo Angulo Aldunate". Ministerios y organismos partidarios entrarían, en tal caso, en un tenebroso juego de nombres claves y santos y señas. ¡Un gobierno clandestino!

El PS establece tres niveles de alerta, que se activarían a través de canciones transmitidas por Radio Corporación. En el nivel 1, los temas claves serán de Salvatore Adamo y se radiarán cada tres horas; en el 2, serán de Leonardo Favio, también cada tres horas; en el 3, el peor, el tango "Mi Buenos Aires Querido", en la versión clásica de Carlos Gardel, aparecerá cada 30 minutos (6).

El MIR, como es obvio, ha vivido desde mucho antes sumido en las fantasías clandestinas, a veces alentadas por la teoría del foquismo guerrillero, a veces por la de la vanguardia proletaria; era propio de su constitución ideológica (y social) imaginar escenarios heroicos. Nadie les podría reprochar esas entelequias.

El PC ya ha vivido la experiencia de la proscripción durante el gobierno de González Videla. En su doctrina leninista, el contragolpe y la traición han estado siempre en el menú, por lo que un aparato sumergido forma parte del manual básico. Cada líder del Comité Central tiene identidad alternativa, casa de seguridad (usualmente entre pobladores o dirigentes obreros) y vía de escape en caso extremo. Pero ¿qué hace que los dirigentes socialdemócratas, izquierdistas cristianos, mapucistas moderados y aun radicales tengan también previstas casas para refugiarse y disfraces para huir? ¿Y por qué también los prohombres de la DC, los dirigentes gremiales, los jueces, los sindicalistas y los militares?

La clase dirigente acepta, en sus gestos, que vive un estado de pre guerra civil. Los líderes políticos portan pistolas; los parlamentarios usan guardaespaldas; los empresarios tienen armas en sus casas; el Presidente lleva una metralleta en su maletín.

El país está desquiciado.

3.15 horas, Tomás Moro

Pasadas las 3 de la mañana concluye la despedida de soltero del GAP en Tomás Moro. Sólo un pequeño turno permanece en pie. Están en Alerta Uno, el grado máximo, aunque la preocupación no es tanta como la que hubo la semana anterior y la que se espera para la siguiente; esta es, para muchos líderes de la UP, una semana de tregua.

El GAP nació en 1970, durante la campaña presidencial, para proteger a Allende de atentados. En su concepción estuvieron Eduardo "Coco" Paredes y los "elenos" Fernando Gómez y Enrique Huerta, a los que se sumarían, tras el triunfo, 10 miristas encabezados por Max Marambio. En su base organizativa fue esencial un ex comando expulsado del Ejército, Mario Melo, que hizo de vínculo con el MIR, al que Allende no quería tener lejos del gobierno, aunque estuviese fuera de la UP. Para las elecciones, ya eran unos 33 hombres (7).

La casa de Tomás Moro fue adquirida como residencia presidencial en febrero de 1971, a vista de que la de Allende, en la señorial calle Guardia Vieja, no ofrecía ninguna seguridad. En el espacio de una cancha de tenis, colindante con el colegio de las Monjas Inglesas, se levantó un galpón como dormitorio del GAP. Otros hombres se establecieron en la casa de la "Payita", en El Cañaverel, que también servía para entrenamiento y ejercicios.

En 1973, el GAP había llegado a tener algo más de 70 hombres, más de la mitad en proceso de formación militar. Estaba enteramente en manos del PS -luego de que Allende pidiese el retiro del MIR por razones de congruencia frente a la posición radicalizada de ese grupo-, tenía una dirección colectiva, con los grupos operativos a cargo de Juan José Montiglio y Domingo Blanco, y se organizaba en cuatro secciones: Escolta, Operaciones, Guarnición y Servicios. Una estructura militar clásica.

¿Armamento? Ametralladoras .30, unos 100 fusiles AK-47, alrededor de 50 subametralladoras Walter, UZI y MP-40, lanzacohetes RPG-7 y 60 pistolas P-38 y revólveres Colt. Procedencia: regalos que dejó Fidel tras su visita a Chile, en 1971; y en parte, un envío desde Cuba que fue denunciado por la oposición y tenazmente negado por el gobierno.

Para entonces, el GAP estaba en el centro de las furias de la oposición. (8) Su sola existencia demostraba la falta de fe de Allende en las instituciones republicanas; y además, era un estímulo para la creación de grupos armados en todo el espectro político.

Por supuesto, los hombres del GAP no sentían lo mismo. Se sentían servidores de causas muy superiores a ellos mismos, enfrentando a los poderosos y los privilegiados. ¿Cómo no iban a recibir críticas?

Sin embargo, es un hecho que el GAP constituía la "primera piedra" de un edificio más amplio. Aunque su objetivo principal era proteger al Presidente y su familia, el GAP representaba una parte importante -y hasta estratégica- de la fuerza militar que trataba de desarrollar la Comisión de Defensa del PS.

Que un grupo tan reducido fuese una parte importante de ese aparato también quiere decir que tal estructura era aún muy pequeña. El tamaño, sin embargo, tiene relevancia relativa: para algunos lo importante es que el PS tenía en efecto la voluntad de desarrollar un "ejército popular".

Esta voluntad estaba rodeada de una indescifrable combinación de retórica con desidia. Bajo el influjo de la derrota del "Che" en Bolivia -convertida en victoria por la imaginación simbólica-, el congreso del PS de 1967 había proclamado en Chillán la legitimidad de la lucha armada, un desplante que encendió el alerta en los estados mayores militares.

Hoy parece claro que ese arranque de revolucionarismo no tuvo traducción real inmediata. En cambio, logró que desde entonces el discurso del PS fuese dominado por una retórica amenazante, cargada de figuras de fuego y pólvora. Meras figuras, si se tiene en cuenta el ritmo de las decisiones: seis años más tarde, no tenía más que unas centenas de militantes, mal equipados, pobremente entrenados y débilmente dispuestos, para hacer frente al peor de los riesgos: unas Fuerzas Armadas profesionales. El PS no era todavía un partido realmente leninista, como se declaraba, sino esencialmente electoralista, que jugaba a los votos aunque hablaba de armas. (9)

Lo que no tenía en cuenta esa fraseología incendiaria era que el PS constituía el único partido de la UP que podría representar una amenaza militar, el único que podría dar vida a la consigna del "poder popular", el único que podría prestar la carne de cañón para la epopeya revolucionaria.

Como en otras experiencias históricas, después vendrían los administradores de revoluciones y los burócratas, para decidir si el modelo sería soviético, cubano o yugoslavo. Pero nada de eso podría partir sin las bases del PS. En otras palabras: para sus adversarios, el PS era objetivamente el partido más peligroso. El discurso creaba la realidad.

A fines de 1972, la Comisión de Defensa socialista planteó a Allende la necesidad de que, frente a un intento de golpe, se trasladase a un lugar fortificado para encabezar la defensa del gobierno. La idea era que el Presidente facilitara el desarrollo de una guerra basada en el combate de localidades, que tanta eficacia había mostrado en Argelia y Vietnam. Sólo que, ante la falta de fuerzas de ocupación, esa confrontación sólo podía tener un nombre: guerra civil.

Y en el inicio de este proceso, sostenía la Comisión de Defensa socialista, La Moneda podía convertirse en una trampa mortal. Allende rechazó de plano la propuesta:

- El lugar del Presidente de Chile -dijo, con su solemnidad típica- es La Moneda.

En lo sucesivo, los pocos que se atrevieron a volver sobre el asunto recibieron respuestas cada vez más tajantes. No era simple tozudez.

En un momento de crudeza insólita, lo explicó ante los miembros del Centro de Estudios Nacionales de Opinión Pública (Cenop), organismo dependiente de la Secretaría General de Gobierno, pero con reporte directo al Presidente, que constituía uno de los primeros esfuerzos por aportar análisis científico a las altas decisiones políticas (10).

La ocasión fue una cena en la casa de Tomás Moro, a fines de agosto. El Cenop había elaborado un informe sobre la posibilidad del golpe, en cuyo centro se situaba la crisis de autoridad, un concepto que disgustaba a Allende y que suponía organizar la resistencia a la insurrección de un modo no tradicional. Mientras conversaban en el living, el perro del Presidente entró una y otra vez a la habitación, pese a las reiteradas expulsiones de su dueño. El sociólogo socialista Claudio Jimeno aprovechó el hecho para una metáfora humorística:

- Usted dice que no hay crisis de autoridad, Presidente. Pero ni el perro lo respeta...

Allende frunció el ceño, sacó al perro y cerró la puerta. Y explicó:

- Miren: voy a defender mi cargo hasta las últimas consecuencias y hasta el último día. Y no es porque tenga pasta de apóstol, sino porque le tengo respeto y no me imagino saliendo a empujones de mi despacho, ni convertido en un exiliado que golpea puertas extranjeras. Y, por otra parte, los tiempos que vendrían después de un golpe serían muy difíciles. Y yo, por mis costumbres y mi forma de ser, no serviría para un trabajo de resistencia. Al contrario: sería un estorbo. Lo sé muy bien, créanme. La Comisión de Defensa del PS decidió trabajar sobre ese dato inamovible: Allende se fortificaría en el inapropiado Palacio.

A partir de eso elaboró el llamado Plan Santiago, que consistía en centrar la defensa del gobierno en La Moneda. El plan preveía desarrollar "círculos concéntricos" en torno a la casa de gobierno, los que irían avanzando desde fuera hacia dentro, hasta blindar La Moneda con masas de adherentes. La base del movimiento lo formarían los Grupos Especiales Operativos (GEO) del PS, unidades de ocho a 10 militantes, compartimentados y piramidales, cuyo mando coordinado era la Fuerza GEO.

El primer círculo se situaba en los edificios públicos colindantes con La Moneda, desde donde se librarían las primeras escaramuzas, mediante francotiradores del GAP y de algunos seccionales del PS. El segundo debían originarlo, siempre en el centro, los partidos de la UP, desde sus propios locales y desde otros edificios con francotiradores.

El último círculo era de los "cordones industriales", donde obreros y estudiantes se concentrarían para obstaculizar a las fuerzas rebeldes e iniciar, con contingentes leales, el avance hacia el centro (11).

Por el sur, el Cordón San Bernardo debería aislar Pirque y frenar la salida del Regimiento de Ferrocarrileros, aunque éste seguramente lograría avanzar, por dos direcciones:

La del suroriente debía ser cubierta por el Cordón Macul-Ñuñoa, en conjunto con la población marginal La Faena.

La del surcentro sería asumida por el Cordón Vicuña Mackenna.

En el surponiente, el Cordón San Joaquín debía bloquear el avance de la Escuela de Infantería de San Bernardo y de la Base Aérea El Bosque.

En el poniente, el Cordón Cerrillos debía bloquear la Base Aérea Los Cerrillos y controlar las rutas de acceso a la capital.

En el norte, el Cordón Renca (o Panamericana Norte) y el Cordón Conchalí debían contener al Regimiento Buin y bloquear el acceso de tropas desde San Felipe y Los Andes. Esta tarea sería apoyada por campesinos organizados, para impedir el paso a la Escuela de Especialidades de Peldehue e inmovilizar la Base Aérea de Colina.

El centro debía ser controlado por el Cordón Centro, con los francotiradores, que probablemente se enfrentarían a tropas del Blindado N° 2, del Regimiento Tacna o del Regimiento Buin.

El plan contemplaba una fase de combate de contención, a la que seguiría el asalto de arsenales militares para ampliar el armamento. Era, en breve, el programa de una conflagración generalizada, con tropas y guerrillas por cada lado.

Sin embargo, para el 11 de septiembre no ha sido aún desarrollado. La información es conocida por un grupo ínfimo de dirigentes, no está sistematizada y, lo que es peor, no ha sido sometida a ningún ejercicio de comprobación, ni teórico ni práctico. Más que un plan, es un pobrísimo boceto (12).

Para entender la magnitud de esa precariedad es útil contrastarla con el plan militar de la Agrupación Centro, que se pondrá en marcha en la madrugada. El documento ha sido preparado por el general Arellano en la noche del 10. Su diseño se enmarca en el "Plan Ariete" de control de la ciudad y detalla, con rigor profesional, los medios de cada unidad, su misión y sus acciones por fases. En la casi totalidad de los casos, la primera fase contempla el control de servicios críticos; la segunda incluye "rechazar toda acción violentista o masiva destinada a atacar de hecho o palabra, o efectuar desmanes contra la población civil, propiedad privada o industrias".

No es, pues, un plan de mero ataque. Es de ocupación. Además de cautelar a la población civil, busca asegurar la integridad de la infraestructura y repeler, no sólo la resistencia armada, sino también el sabotaje y la agitación. La realidad militar será ésta:

En el sur, la Escuela de Infantería de San Bernardo cerrará los puentes sobre el río Maipo y luego iniciará un movimiento envolvente por Vicuña Mackenna, rodeando de paso el cordón de esa calle, hasta alcanzar el centro.

Por el poniente, los regimientos de infantería Maipo, de Valparaíso, y de caballería Coraceros, de Viña del Mar, cerrarán el túnel Lo Prado y avanzarán para cercar el Cordón Estación Central, incluyendo la Villa Portales y la UTE.

En el norponiente actuarán unidades del Regimiento Yungay de San Felipe, protegiendo servicios básicos, controlando zonas y apoyando al Regimiento Buin en el norte.

Por el norte, 770 hombres del Regimiento Guardia Vieja de Los Andes, parte de ellos estacionados en el recinto de la Fisa desde el fin de semana, cerrarán el paso Chacabuco e iniciarán un movimiento envolvente por el poniente, hasta llegar a San Miguel.

Sobre el centro actuarán no una unidad, sino cuatro: la Escuela de Suboficiales, el Blindado, dos compañías y 12 piezas de artillería del Tacna y parte de la Escuela de Infantería.

Es una máquina abrumadora. Cerca de 3.000 hombres cerrando la ciudad y presionando sobre el centro. En el nor-oriental completarán la faena el Regimiento Buin, la Escuela Militar y la FACH, duplicando las tropas empleadas en la Agrupación Centro.

Los soldados usarán cuellos de color salmón y las unidades irán con víveres para tres días. El lugar designado para los "rehenes" (el lenguaje militar es equívoco en este punto) es el Tacna, que debe encargarse "de su custodia, como asimismo de su alimentación y atención sanitaria".

El Presidente Allende pensó siempre que un golpe se iniciaría con una asonada militar episódica, como habían sido todos los intentos sediciosos en Chile, incluyendo la guerra civil de 1891, que partió con la sublevación en solitario de la Armada. Un golpe conjunto, dirigido por los jefes máximos de las FF.AA., sólo era posible mediante una "traición" (así lo llamaría horas más tarde), es decir, como un engaño a su perspicacia.

Y debía ser, además, una traición múltiple, porque para eso el Presidente se preocupaba de dialogar y apoyar a los comandantes en jefe; muchas de las demandas profesionales insatisfechas de las FF.AA. habían sido cubiertas durante el gobierno de la UP. Para eso invertía muchas horas a la semana. A Pinochet, por ejemplo, desde que lo puso al mando del Ejército, lo citó casi todas las noches siguientes a su casa, entre 10 y 11 de la noche, para conversaciones de un par de horas. Podía engrifarse alguno de los comandantes en jefe, pero ¿rebelarse los tres? ¿Y arrastrar a todos sus hombres?

En el imaginario de golpe que manejaba Allende, la defensa militar del régimen sería obra de los propios militares: unidades rebeldes contra unidades leales. Las masas no debían protagonizar esa contienda, sino, cuando más, acompañarla y reforzarla.

Por eso no permitió nunca que los partidos de la UP intervinieran en los nombramientos militares. Por eso desoyó el insistente llamado de su asesor Joan Garcés, y de otros, a desarrollar una política activa hacia los uniformados, retirando a los oficiales sospechosos. Por eso exigió que las armas enviadas al PS por Fidel Castro se repartieran por igual entre el GAP y la Comisión de Defensa socialista, como un modo de limitar el apetito armamentista.

Las aprensiones presidenciales tendían a repetirse: algunos generales, algunos regimientos. El "tancazo" de junio pareció avalarlas; unos pocos insurrectos, aplastados por tropas leales. Al día siguiente de esta asonada, Allende temía el alzamiento de regimientos en Antofagasta, Linares, Concepción, Temuco, Osorno y Valdivia, además de la Armada. El viernes 7 de septiembre, el general (R) Prats pareció confirmar esta visión parcelada al señalar a los generales sospechosos ante Letelier: Washington Carrasco (III División, Concepción), Héctor Bravo (IV División, Valdivia), Manuel Torres de la Cruz (V División, Punta Arenas) y, con dudas, el escurridizo Herman Brady (II División, Santiago) (13).

Probablemente su advertencia era más grave. Las señales negativas venían de cuatro divisiones... en un Ejército que tenía cinco.

Pero en la tarde del 10 de septiembre, Allende mantenía su pensamiento. Percibía la gravedad de la situación con la Armada, pero creía que al mantener a Montero frenaba sus ímpetus. Veía la tensión con la FACH, pero ¿no le había dicho Leigh que junto con los allanamientos contra la izquierda habría que hacer otros en la derecha? Confiaba en Carabineros, y en Investigaciones reinaba el fiel Alfredo Joignant. En cuanto al Ejército, allí estaba Pinochet, "mi pinochito", incapaz de nada alevoso. Después de asumir la jefatura del Ejército, Pinochet había pedido las renuncias de todos los generales. Dos se negaron a entregarla: Bonilla y Arellano; otros las retiraron después de ofrecerlas.

Este episodio refleja crudamente la extrema anormalidad de la situación militar. La conducta de Bonilla y Arellano representaba no sólo un gesto de desconfianza hacia el nuevo comandante en jefe, sino un desafío a su autoridad recién adquirida (14).

Sin embargo, en esta ocasión Pinochet no tomó ninguna medida más drástica que encargar al general Urbina la obtención de esas renuncias. El nuevo jefe del Estado Mayor del Ejército tampoco lo logró. Y cuando el Presidente y el ministro Letelier le propusieron pasar a retiro de inmediato a esos generales,

Pinochet explicó que esperaría el proceso anual de calificaciones, para no agudizar las tensiones internas. A partir de octubre, pasaría a retiro a seis o siete generales. El Presidente entendía quiénes: Torres de la Cruz, Bonilla, Arellano, Nuño, Vivero, Palacios, quizás Carrasco. En verdad, Pinochet sabía que no tenía la fuerza para sacar a esos generales. De intentarlo, era más que probable que enfrentaría sublevaciones de magnitud incierta. Con el solo rumor de que Arellano podría ser dado de baja, más de 200 oficiales se acuartelaron el 26 de agosto en la Escuela Militar, cuyo director, el coronel Nilo Floody, parecía dispuesto a liderar una insurrección. Sólo el general Arturo Viveros, amigo de Arellano, pudo convencer a los exaltados de que no era el momento adecuado (15) .

El comandante en jefe estaba realmente maniatado, aunque jamás lo reconocería. La inquietud de Allende y Letelier fue aumentando en septiembre. El 9, aceptando un alarmado consejo de Prats, decidieron exigir a Pinochet que sacase a los generales sediciosos antes del viernes 14. Para entonces, el Presidente ya habría anunciado el plebiscito y no habría espacio político para un golpe exitoso. De cualquier modo, era una manera muy limitada de comprender el análisis de Prats. El general (R) creía que la inminencia de un golpe no derivaba sólo de la acción de unos generales, sino de la crisis institucional. Junto con desactivar el núcleo conspirativo, Prats había dicho que la solución incluía que el Presidente pidiera al Congreso un permiso constitucional de un año y saliera del país, hasta que las cosas se apaciguaran. Allende reaccionó con indignación ante la idea, y probablemente confirmó la percepción, que venía comentando, de que Prats era un hombre quebrantado. Pero retuvo la necesidad de purgar el alto mando militar. Su comentario de cierre reflejaba su visión: "Siempre habrá algún regimiento leal al gobierno".

En el almuerzo que tuvo el 10 de septiembre con algunos de sus cercanos, Allende mencionó la posibilidad de aplicar, después de que se convocara el plebiscito y asumiera el "Gabinete de Guerra", el Plan Hércules del Ejército, el dispositivo anti-insurgencia preparado bajo las órdenes de Pinochet, para asegurar la neutralización de grupos ultristas.

También precisó que la tarea principal de la nueva Dirección de Seguridad sería la de monitorear los peligros para el gobierno, teniendo a la vista el principio de coordinación de los órganos del Estado y no de los partidos, ni las organizaciones sociales, ni los cordones (16) . Es una decisión consistente con la de permanecer en La Moneda en caso de asonada.

En su último día de gobierno, Allende había descartado la resistencia a través de una fuerza militar propia. Sabía bien que, a pesar de la fogosa labia que desplegaban, los partidos de la UP no tenían capacidad militar real, y no le interesaba alentarla. Como dice Garcés, la idea de la guerra civil era para él objeto de un "rechazo estratégico" (17) , y posiblemente instintivo. ¿Obreros inexpertos luchando contra tropas profesionales? Esa visión ha de haberle producido repugnancia. Pero objetivamente, al esperar que esas mismas tropas se quebraran -rebeldes contra leales-, apostaba a un formato que, en su escala mayor, significaba precisamente la guerra civil.

4.00 horas. Calle Laura de Noves

Como la imagen de un espejo, las mismas inquietudes han de estar en el desvelo de Pinochet en estas horas previas. Una es central: ¿Responderán todas las unidades? ¿Se mantendrá la verticalidad del mando? Al general no le preocupa la unanimidad de las FF..AA., ni siquiera la integridad de sus respuestas. Lo que le inquieta es el Ejército. ¿Habrá un general Rojo?

En la tarde del 9, cuando Leigh lo visitó en su casa, Pinochet le mencionó las desconfianzas dentro del Ejército hacia el general Urbina. Añadió que lo ayudaría si plantease esa interrogante en frente de los que comandarán el golpe.

Leigh cumplió su papel en el almuerzo del lunes 10, y Pinochet el suyo, informando que Urbina acababa de viajar a Temuco.

El jefe del Ejército completaba en ese momento su entrega al grupo de los generales impetuosos. Era un proceso que lo venía acorralando desde el mismo día de su asunción, aunque contravenía su irritación por las conductas de ese grupo: la ira que le produjo la protesta de mujeres contra Prats; la indignación contenida ante la negativa de algunos a entregarle sus renuncias, y la molestia ante las huellas visibles de esos generales en la impaciencia de muchas unidades (18) .

Tras su nombramiento, Pinochet pudo dejar en posiciones importantes a sólo tres hombres de su confianza: Urbina, en el Estado Mayor; Brady, en la II División, y Benavides, en el Comando de Institutos Militares. Los tres eran generales como él mismo: silenciosos, obedientes y formales.

De Brady se decía que había votado tres veces por Allende y su temperamento amistoso hacía creer, incluso dentro de las FF.AA., que era proclive al Presidente; sólo en la noche del 22 de agosto, cuando éste organizó la cena con los generales "cercanos", Brady mostró un ángulo filoso al declarar que Prats ya no representaba las opiniones de sus subalternos.

Benavides tenía lazos familiares con figuras del PDC, pero a diferencia de los ex edecanes de Frei, mostraba una completa apatía por la política. Se lo conocía como un militar austero y estudioso. Su ascendencia, como hombre de Logística, no procedía de la fuerza, sino de la capacidad organizativa.

Y Urbina, que tenía un impetuoso hermano cercano al PS. Que era objeto, igual que Pinochet, de notables cortesías por parte del gobierno. Y que, a diferencia de los otros, era también un par: un compañero de curso, un oficial impecable, un hombre al que no se le podía hablar como a los demás. ¿Tuvo Pinochet en cuenta esos factores para desplazarlo, o simplemente cedió a la presión de los vehementes?

En cualquier caso, al aceptar que se dudase de su segundo, Pinochet admitía su incertidumbre respecto de otros miembros del alto mando. ¿Qué pasará con Joaquín Lagos, en Antofagasta, lugar ideal para crear una "zona libre" envolviendo a Calama, las minas de cobre y hasta la frontera? ¿Y con Héctor Bravo, en Valdivia, tan cerca de los bosques de Neltume y de los pasos cordilleranos más vulnerables?

Por muchos años se especularía después sobre la decisión de instalar el cuartel general del golpe en el Comando de Telecomunicaciones. ¿Por qué en Peñalolén y no en el centro, donde estaría la clave de la acción, o en la Escuela Militar, la mayor unidad de la zona oriente, o en los poderosos regimientos Buin o Tacna, cercanos y a la vez seguros? ¿Por qué tan lejos de las operaciones terrestres? ¿Por qué en un lugar que no ofrece comunicaciones fluidas con las otras ramas de las FF.AA. y que en lugar de tener líneas directas debe pasar por el Estado Mayor de la Defensa, en el Ministerio de Defensa?

Algunos dirán que es el lugar más fortificado de Santiago. Otros, que es el de más fácil salida hacia Argentina, en caso de fracaso (lo mismo que el regimiento donde duermen su esposa y sus hijos menores). Y aun otros presumirán que es un sitio apropiado para medir la evolución de la batalla, y volcarla hacia un lado u otro, según convenga.

Pero, bajo cualquier análisis racional, el motivo principal es muy diferente: en Peñalolén están las redes primaria y secundaria de comunicaciones del Ejército. Es el único puesto de Santiago desde donde se controlan los nexos con todas las unidades. No con las otras Fuerzas Armadas. Pero, ¿a quién le interesan las fuerzas ajenas en esta hora extrema?

En la tarde del 10, el Estado Mayor ha distribuido las órdenes de acción mediante notas personales a todas las divisiones. El mayor Bruno Siebert las ha llevado a Concepción; en el avión se ha encontrado con el mayor Víctor Contador, que viaja con la misma misión a Valdivia; pero en el sur hay una tormenta, y Contador debió quedarse con Siebert.

Ambos visitaron al general Washington Carrasco, jefe de la poderosa III División, y presenciaron su estallido de indignación cuando leyó el vaguísimo documento, que no decía nada explícito sobre la toma del poder: sólo mencionaba la aplicación del Plan Hércules. Esa noche, Carrasco reunió en su casa al almirante Jorge Paredes y al general de Carabineros Mario McKay. Paredes explicó que sus instrucciones incluían ocupar los órganos de gobierno, ante lo cual Carrasco se sintió obligado a decir que las suyas eran idénticas (19) .

4.00 horas, Academia de la Fach

A las 4 AM, Leigh se reúne con su pequeño staff de oficiales: el general José Martini, jefe de Estado Mayor; el coronel Sergio Figueroa, director de la Academia; el coronel Alberto Spoerer, director de Sanidad; el coronel Enrique González, director de Contabilidad; el coronel Julio Tapia Falk, asesor jurídico, y su ayudante, Héctor Castro. A la misma hora deben instalarse los comandantes en sus unidades para completar los aspectos operativos del plan de acción, designado con el nombre en clave de Plan Trueno. En el caso de Leigh, la citación resulta exagerada: los oficiales constatan que no tienen nada que hacer y tratan de matar el tiempo. El propio Leigh se va a dormir por unas horas.

El día anterior, durante el almuerzo con Pinochet y sus generales, Leigh afinó su proposición de bombardear La Moneda si Allende ofreciera resistencia. Los hombres del Ejército se sobresaltaron: ¿un bombardeo en pleno barrio cívico y a pocos metros del Ministerio de Defensa? El jefe de la Aviación replicó, con cierta molestia, que un ataque con cohetes podía ser muy preciso, y que sus pilotos estaban

preparados para ello.

A Leigh le irritaba esta continua duda acerca de las capacidades de la Fach. Deseaba la oportunidad de exhibirlas ante tantos incrédulos o ignorantes, empezando por Allende, que se había burlado de sus aviones en el momento de ofrecerle el mando:

- Acepte, general -le había dicho-, que yo le voy a cambiar esos cacharritos inútiles que tiene...

Leigh se guardó la ira ese día. Después comentaría a sus cercanos:

- Ya va a ver este desgraciado lo que le va a pasar con estos cacharritos.

También se acordó en ese almuerzo disponer un avión para que el Presidente pudiese salir del país, junto con su familia. Leigh insistió que sus aeronaves podían llevarlo, como máximo, hasta Venezuela, y Pinochet subrayó que el único país vedado sería Argentina, donde convergían tres factores de extrema peligrosidad: el gobierno peronista, una frontera demasiado extensa y el interés táctico de los militares argentinos por socavar el dominio territorial de los militares chilenos.

A primera hora de ese mismo día, Leigh había citado a los generales que consideraba más cercanos y les había informado sobre la movilización del 11 mediante una áspera arenga de todo o nada. Después de juramentarlos ordenó iniciar los aprestos.

Hubo dos generales excluidos en esa cita: Alberto Bachelet, que trabajaba para el gobierno en la oficina de Distribución y que tenía claras simpatías por Allende, y Carlos Dinator, auditor general de la Fach, al que se le atribuían posiciones políticas poco enérgicas (20). Bachelet era amigo de Leigh y tenía conciencia de la crisis económica del país; el mismo lunes le entregó el plan de distribución que había preparado para el gobierno, que debía servir para afrontar el desabastecimiento. "Para que lo tengas, por si acaso", le dijo.

Poco más tarde Leigh recibió una llamada del Presidente, que había sabido que los aviones de pasajeros de la estatal Línea Aérea Nacional, Lan Chile, estaban en el aeropuerto militar de Los Cerrillos, lugar prohibido para naves civiles (21). Leigh había autorizado en secreto ese desplazamiento, y le replicó que los pilotos de Lan, que habían iniciado una huelga contra el gobierno, los habían llevado allí para protegerlos de sabotajes.

- ¿Protegerlos de quién, general? ¿Del gobierno? -dijo Allende, irritado-. Ordene que se vayan de inmediato a Pudahuel.

- La Fach no tiene pilotos para operar Boeing 707 y 727, Presidente -contestó Leigh-, pero sí para los DC-3, con los que se va a mantener el servicio de pasajeros...

Allende no insistió, pese a la evidente inconsistencia del jefe de la Fach, y cambió de tema. Quería que los aviadores no realizaran los allanamientos a industrias previstos para esa noche, a fin de evitar incidentes como el de Sumar. Fue entonces cuando Leigh, llevando a un nivel excelso la estrategia de disimulo, le dijo que le extrañaba que nadie denunciara también a los centros armados de la oposición. En la tarde, el jefe de la Fach recibió a 20 pilotos, copilotos e ingenieros de Lan que estaban disponibles para servir en el transporte de tropas o carga al día siguiente con los DC-3. Para protegerlos, los envió a acuartelarse en el Hospital de la Fach.

En el fin de semana anterior, Leigh había enviado a sus mejores cazas, los Hawker Hunter, a Concepción, donde serían protegidos con ayuda de la Armada. Los aviones podían alcanzar Santiago en 25 minutos: eran el centro del Plan Trueno.

Por eso, aquella tarde citó al comandante del Grupo 7 y le ordenó preparar tripulaciones para misiones sobre Santiago, con 12 de los 18 Hawker Hunter, artillados y cargados de cohetes. El equipo debía ser reforzado con cuatro aviones del Grupo 9, de Puerto Montt, una exigencia rara dada la perfecta capacidad del Grupo de Los Cerrillos para completar una misión donde no habría adversario aéreo. La única explicación es corporativa: no dejar en manos de una sola unidad acciones de tanta importancia simbólica. En Puerto Montt mandaba el general Hernán Leigh, hermano del comandante en jefe. Al anochecer del 10, Leigh pasó por la casa del coronel Eduardo Sepúlveda, donde alojarían su esposa y sus dos hijos, y luego se fue a la Academia de Guerra Aérea. Ahora está allí, listo para tronar.

4.30 horas, Ministerio de Defensa

A las 4.30, el coronel Julio Polloni, asignado al comando que dirige Arellano, comienza a recoger, en distintos puntos, a los oficiales y civiles que deben poner en marcha el Plan Silencio en Santiago. El objetivo es anular los centros de comunicaciones de la UP, callar los medios de comunicación que le sean afines e instalar la red de radioemisoras que apoyarán el alzamiento.

Poco rato después llega hasta el Ministerio de Defensa el asesor de Radio Agricultura Federico Willoughby, convocado el día anterior como comentarista especializado y hombre de confianza de la Sociedad Nacional de Agricultura. Lo recibe en su oficina, impecablemente ordenada y señorialmente revestida en caoba, el almirante Carvajal:

- Bueno, usted ya sabe -dice el almirante-. Hay que emitir una proclama y luego mantener una mística a través de los medios de comunicación, especialmente las radios. No van a salir los canales de televisión, excepto el 13. El coronel Polloni, que debe llegar pronto, está a cargo. Ojalá que no sea muy sangriento esto. ¿Quiere una tasa de té?

En seguida, Willoughby pasará a la oficina vecina, la del jefe del Estado Mayor de la Defensa, el general Fach Nicanor Díaz Estrada, donde abundan los papeles, los mapas, los termos con café y un pesado catre de campaña. Su recorrido terminará al otro lado del pasillo, en una oficina minúscula, ocupada por el capitán de navío Hugo Opazo, donde se ha instalado un micrófono, un transmisor y un cable que atraviesa el pasillo para salir con la antena al callejón Portada de Guías, detrás del ministerio. Suerte que es una señal AM, de otro modo, difícilmente sería captada en alguna parte.

A nivel nacional, el Plan Silencio es uno de los dispositivos que administra cada uno de los Comandos de Áreas Jurisdiccionales de Seguridad Interior (Cajsi), organismos de coordinación de las acciones conjuntas de las FF.AA. Por lo tanto, igual que las otras operaciones, depende del grado de información que tenga cada uno. En el Ejército y Carabineros, la información no es pareja; algunos jefes la recibirán ya avanzada la mañana. En cambio, en la Armada y la Fach no hay vacío alguno.

Por eso es que ahora, en la más oscura de las sombras, unidades de comandos de la Infantería de Marina comienzan a actuar en distintos puntos del país. Los de Talcahuano ingresan a la planta de la Enap de Concepción, donde está instalado un centro de comunicaciones del cordón industrial del puerto de San Vicente, y lo desactivan. Un camión con marinos enviados desde Valparaíso ataca en Santiago la radio de la UTE, considerada estratégica por su cercanía con el Centro de Comunicaciones Navales de la Quinta Normal; sacan a punta de metralletas al personal de turno y luego vuelan con granadas los transmisores y la antena.

En Valparaíso, las unidades dirigidas por el comandante Arturo Troncoso neutralizan 14 radios y tres estaciones de TV, y cortan todos los teléfonos de la ciudad, con excepción del sistema Albatros, del alto mando naval, y los "teléfonos verdes", que conectan a los mandos militares regionales.

En el futuro, el Plan Silencio será uno de los operativos más elogiados de la jornada. En esa valoración podrá influir la eficacia aplastante que logra en Valparaíso. Pero en Santiago y otras ciudades, dejará mucho que desear en su dimensión militar, y abrirá ciertos misterios en la dimensión política.

La primera pregunta es: ¿Por qué resulta tan menguada la actuación de las tropas de tierra en este plan? La explicación que se ha repetido es que se necesitaría mucho personal para controlar teléfonos, canales de TV y radios en poco tiempo. Pero esto parece más una excusa que una explicación: en Santiago los teléfonos están hipercentralizados, las estaciones de TV adversas son tres y las radios pro UP no pasan de la decena. La Armada logra más silencio con mayor número de blancos.

En la capital, el corte de teléfonos es irregular e imperfecto. Entre las líneas que siguen funcionando, muchas de ellas están en el centro, el lugar neurálgico de las operaciones. De las líneas de La Moneda, la mayoría continúa operando con total normalidad. Peor aún, el plan ignora que el Palacio tiene comunicaciones a través de líneas alámbricas directas hacia varias radios, por lo que nunca las corta. Tampoco caen los teléfonos de Tomás Moro, ni los de los ministros y jefes políticos de la UP.

Las principales radios gobiernistas no serán neutralizadas por el Ejército, sino por acciones de la Armada y bombardeos de la Fach. Además, el plan olvida la existencia de las radios Candelaria (Mapu) y Magallanes, pese a las conexiones lineales de esta última con el PC y con Investigaciones. Magallanes será seguida durante toda la mañana por unas 12 radios de provincia.

Y en virtud de esa desprolijidad, dentro de unas pocas horas una alocución emitida rudimentariamente, a través de un teléfono de magneto, directamente desde el despacho del Presidente, se convertirá en uno de los discursos más famosos de la historia de Chile.

Para denominarse Silencio, es un plan considerablemente ruidoso.

5.00 horas, Valparaíso

A las 5 en punto su ayudante despierta al almirante Merino, que reza y desayuna con su Estado Mayor antes de comenzar a dictar las órdenes operativas. Una de las primeras decisiones es suspender la "alarma general" prevista en el Plan Cochayuyo, que consistía en tres salvas que serían disparadas desde todos los buques en operaciones y desde tres unidades de tierra en Valparaíso. Si el concepto estratégico es la sorpresa, las salvas carecen de justificación y pueden servir más bien al enemigo (22) . En la última reunión de coordinación del día anterior, en las oficinas del almirante Carvajal, se ha acordado que la Armada iniciará la movilización visible a las 6, momento en el cual se constituirá también el Estado Mayor de la Defensa, automáticamente convertido en Comando Operativo de las Fuerzas Armadas (Cofa). El propósito es inducir a un error de apreciación respecto de la sublevación y concentrar la atención en el lugar equivocado. El Ejército, la Fach y Carabineros partirán recién a las 8.30, luego de que se haga pública la movilización conjunta de las Fuerzas Armadas.

También a las 5 suena la diana en los buques de la Armada que el día anterior han partido rumbo a Coquimbo para unirse a las naves norteamericanas de la Operación Unitas. Los marinos descubren entonces que los buques han cambiado de rumbo y están volviendo a la zona central. En menos de una hora, las naves tomarán sus posiciones de combate. Llegarán en silencio y a oscuras. "La noche no tendrá luna", ha anunciado el informe meteorológico. El orto de sol será recién a las 6.05. Frente a Quintero fondean los destructores Blanco Encalada y Orella; su misión es dar protección a una base de la Fach. En la rada de Valparaíso, el crucero Prat y el destructor Aldea, con los cañones dirigidos tanto a la Universidad Federico Santa María como a la Avenida Argentina, área de posible convergencia de los pobladores de los cerros. Más al sur, en línea con la zona de Laguna Verde, el submarino Simpson, destinado a proteger la subestación eléctrica que alimenta a la ciudad. Al puerto de San Antonio ingresa el destructor Cochrane.

Mientras avanzan las gruesas sombras de los buques de guerra, la Infantería de Marina sale en camiones desde Viña y comienza a ocupar lugares clave de convergencia de trabajadores: el Muelle Prat, el Muelle Barón, el astillero Las Habas, la Aduana y las estaciones ferroviarias. Los primeros trenes que llegan de localidades vecinas son retornados con sus pasajeros, sin explicaciones. En Santiago, aún duerme en su casa de calle Sánchez Fontecilla el comandante en jefe titular, Montero, sin saber que tres de sus teléfonos están cortados, que sus automóviles han sido saboteados y que las rejas de su jardín están con candados desconocidos. Y sin saber que ya no está al mando.

¿Y el Ejército? El Plan Hércules supone el control, en todo el país, de los servicios básicos (electricidad, combustibles, agua, hospitales), de las comunicaciones (teléfonos, ondas radiales, televisión) y de las líneas de abastecimiento (vías, centros de producción y distribución), además de las fuerzas adversarias: partidos políticos, tropas irregulares, organizaciones sociales u órganos de gobierno. Durante las tres décadas siguientes se especulará acerca del origen de este plan. Pinochet generará parte de la polémica con El Día Decisivo, donde sostendrá que se trató de un encargo suyo que, bajo simulación, pretendía el fin del régimen marxista desde una fecha tan temprana como 1972, cuando fue nombrado jefe del Estado Mayor.

Esta versión será resistida por los oficiales que efectivamente deliberaban, al margen de Prats y luego de Pinochet. Para ellos será una mera reconstrucción de la historia, destinada a demostrar que no se subió al golpe en la última hora, es decir, que no fue oportunista.

Una cosa es segura: el Plan Hércules se vio sometido a una intensa revisión después del "tancazo" de junio. El encargo lo recibió el tercer año del curso de la academia de Guerra. Significativamente, sus alumnos estuvieron tentados de lanzarse a apoyar a los hombres del Blindado N° 2 desde la sede de Alameda con García Reyes, y sólo la prudencia de los oficiales-profesores evitó que los impetuosos estudiantes sellaran sus propios destinos.

Los oficiales del tercer año trabajaron en pequeños grupos compartimentados. El director de la Academia, general Herman Brady, los supervisó hasta fines de agosto, cuando pasó al mando de la Segunda División. Después siguieron con el subdirector, el coronel Sergio Arredondo, y los profesores Sergio Coddou y Roberto Guillard.

Pero ya antes del relevo de Brady el curso había entrado en un tren especial: tras asumir que el centro de un diseño antisubversivo debía ser Santiago, correspondía tener un capítulo específico para la capital.

Ese fue el Plan Ariete, que daba un papel estelar a la Agrupación Centro. Tenía un asombroso parecido con el Plan Santiago del PS, sólo que sus fuerzas ejecutaban movimientos centrífugos y no centrípetos. Igual que la imaginación socialista, la militar suponía que las acciones principales ocurrirían en el centro. Una vez controlado este eje, las fuerzas regulares podrían desplegarse, en anillos excéntricos, hacia la periferia de la ciudad. Pero como ésta podía ser presionada por los irregulares, habría de desplegarse un segundo anillo, ahora externo y concéntrico, con las unidades situadas en los extramuros de la ciudad. Atrapados entre dos fuerzas, los bolsones de resistencia podrían ser reducidos en cinco días.

Ese era el poder de fuego que el Ejército atribuía a los grupos subversivos, de derecha o de izquierda, y en particular a los cordones industriales.

Entonces, ¿eran planes de Pinochet y su grupo, de los conspiradores anteriores, de los "dueños" antiguos del golpe? Nada de esto. Eran planes propios de un aparato militar profesional, con capacidad para aplastar a cualquier fuerza que se le intentara interponer. Una fuerza que, como suponía Allende, sólo podía flaquear si se dividía desde dentro, o si dudaba de sus mandos.

6.00 horas, edificio Norambuena

Esta madrugada, en Carabineros no hay plan alguno. Los mandos superiores duermen inquietos, como en muchos amaneceres recientes.

Recién está despuntando el alba cuando el general Mendoza deja su casa. Alcanza a decir a su esposa y a sus dos hijos que este día no deben salir, y atraviesa parte de Santiago en un auto personal, rumbo al edificio Norambuena.

Mendoza no tiene nada: ni armas, ni tropas, ni dispositivos. Apenas las seguridades que le ha dado el general Yovane, que en nada pueden garantizar la respuesta de los más de 25 mil hombres armados que ahora se propone dirigir.

Yovane había dado a los otros jefes militares la seguridad de que Carabineros se plegaría al movimiento, pero esa afirmación era más un gesto de arrojo que una certeza. Ni siquiera su paciente recorrido por las unidades, que se prolongó por meses bajo el pretexto de estudiar el modo en que los Servicios respondían a las necesidades del cuerpo, podía dar esa garantía.

Por eso, en la mañana del lunes 10, cuando el general Leigh recibió en su despacho del Ministerio de Defensa al general Mendoza y le mostró la proclama que se emitiría al día siguiente, el carabinero se sobresaltó. Leigh había puesto su nombre al pie, llamándolo "general director de Carabineros", y quería que firmara sobre esa línea. Mendoza vaciló.

- Prefiero hacerlo una vez que haya firmado el general Pinochet.

La proclama fue firmada por Pinochet y Leigh durante el almuerzo, y este último debió volver a citar a Mendoza, que ahora sí aceptó rubricarla. Entonces el jefe de la Fach le preguntó cómo estaban los planes para la operación del día siguiente.

- Ninguno -dijo Mendoza-. No tenemos ninguno.

Luego quiso apaciguar la mirada ceñuda del aviador:

- Pero Carabineros siempre está preparado para enfrentar contingencias.

Y ahora, mientras la claridad se extiende sobre Santiago, va solo en su auto, rumbo a un cambio de la historia republicana. Al pasar por las cercanías de La Moneda divisa unas tanquetas policiales que marchan hacia el Palacio. Cuando llega al edificio Norambuena, interroga a Yovane por las tanquetas, y éste, sonriente, le explica que las ha enviado el general Jorge Urrutia, ante el rumor de un levantamiento de la Armada. Pero no hay de qué preocuparse: los oficiales sólo obedecerán a la Central de Comunicaciones.

Unos 100 hombres están en el edificio: más que suficiente para resguardarlo. De todos modos, luego llegarán refuerzos de la Escuela de Suboficiales y de las Fuerzas Especiales.

Pero ya no es tiempo para planes. Es la hora de la acción.

Citas

1.- Un punto de vista cercano al de Frei es el que inspira a una excelente recopilación y análisis sobre los diarios del período: DOONER. PATRICIO: Prensa y política.

- 2.- Una versión completa de este encuentro en: CAVALLO, ASCANIO: Memorias. Cardenal Raúl Silva Henríquez. Santiago: Copygraph, 1991, tomo II, pp. 267-274.
- 3.- El presidente del PN de entonces, Sergio Onofre Jarpa, ha dicho que también se consultó con el senador Patricio Aylwin. ARANCIBIA, PATRICIA; ARANCIBIA, CLAUDIA; y DE LA MAZA, ISABEL: Jarpa. Confesiones políticas. Santiago: La Tercera-Mondadori, 2002, p. 190. Este hecho parece menos relevante que la total anomalía de que un acuerdo de la Cámara de Diputados fuese preparado por personas que, con la sola excepción de Orrego, no eran diputados.
- 4.- Esta conclusión concuerda con la interpretación de politólogos que han estudiado el período y que tuvieron ocasión de discutir el tema con Frei. VALENZUELA, ARTURO: El quiebre de la democracia en Chile. Santiago: Flacso, 1989, pp. 275-276.
- 5.- GAZMURI, CRISTIÁN: Eduardo Frei Montalva y su época. Santiago: Aguilar, 2000, tomo II, pp. 853.
- 6.- Libro Blanco del cambio de gobierno en Chile. Santiago: Lord Cochrane, 1973, p. 180-184.
- 7.- QUIROGA, PATRICIO: Compañeros. El GAP: la escolta de Allende. Santiago: Aguilar, 2001, pp 53-56.
- 8.- SUBERCASEAUX, ELIZABETH: Gabriel Valdés. Señales de historia. Santiago: Aguilar, 1998, p. 150.
- 9.- Una visión profunda y documentada de este fenómeno: FAÚNDEZ, JULIO: Izquierdas y democracia en Chile, 1932-1973. Santiago: Bat, 1992, pp. 169-176.
- 10.- Una excelente descripción del origen y el trabajo de este grupo, en el capítulo "El GAP intelectual de Allende" de: GONZÁLEZ, MÓNICA: La conjura. Los mil y un días del golpe. Santiago: Ediciones B, 2000, pp. 147-157.
- 11.- QUIROGA, PATRICIO: Compañeros. El GAP: la escolta de Allende. Santiago: Aguilar, 2001, pp 83-84.
- 12.- Parte de los textos, aun manuscritos, pueden hallarse en Libro Blanco del cambio de gobierno en Chile. Santiago: Lord Cochrane, 1973, p. 132-162. Con matices, los datos han sido corroborados por fuentes solventes del PS y de las comisiones militares de la UP.
- 13.- GARCÉS, JOAN: Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política. Santiago: Bat, 1990 (2ª edición), p. 306.
- 14.- Pinochet aplicó otro criterio con las intempestivas renuncias de Pickering y Sepúlveda, a las que calificaría como "actitud insólita y reñida con los principios más elementales de la disciplina". PINOCHET; AUGUSTO: Camino recorrido. Santiago: Instituto Geográfico Militar, 1990, p. 274.
- 15.- GONZÁLEZ, MÓNICA: La conjura. Los mil y un días del golpe. Santiago: Ediciones B, 2000, pp. 264-265.
- 16.- GARCÉS, JOAN; y LANDAU, SAUL: Orlando Letelier: Testimonio y vindicación. Madrid: Siglo XXI, 1995, p. 30.
- 17.- GARCÉS, JOAN: Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política. Santiago: Bat, 1990 (2ª edición), p. 317.
- 18.- GONZÁLEZ, MÓNICA: La conjura. Los mil y un días del golpe. Santiago: Ediciones B, 2000.
- 19.- El entonces comandante de la FACH López Tobar ha sostenido que la incredulidad del general de Ejército era tal, que sus superiores le pidieron volar a Santiago esa tarde para obtener una copia de la

proclama firmada por los comandantes en jefe, la que serviría para persuadirlo de unirse al movimiento. LÓPEZ TOBAR, MARIO: El 11 en la mira de un Hawker Hunter. Las operaciones y blancos aéreos de septiembre de 1973. Santiago: Sudamericana, 1999, pp. 88-91. Aunque no se divisa razón para que el comandante haya fabulado este viaje, parece poco probable que el general Carrasco necesitase semejante confirmación, dada su participación temprana en el grupo de conjurados y, especialmente, el hecho de que la reunión con los otros jefes militares se realizó en su casa. Igualmente, apoya su versión la temprana eficacia del control terrestre de la ciudad, que supone la existencia de un alistamiento afiatado desde tiempo antes.

20.- WHELAN, JAMES R.: Desde las cenizas. Vida, muerte y transfiguración de la democracia en Chile, 1833-1988. Santiago: Zig Zag, 1989, p. 439. Whelan sostiene, erróneamente, que Leigh citó "a sus 12 generales", sin referir las circunvoluciones que fueron necesarias para excluir a Bachelet y Dinator. El hecho es importante porque refleja que la FACH tenía tantos temores respecto de su cohesión como las otras fuerzas.

21.- GARCÉS, JOAN: Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política. Santiago: Bat, 1990 (2ª edición), p. 317, pp. 360-361.

22.- Años después, el almirante Merino recordará los hechos del 11 con precisión intermitente. Su texto es detallado y exacto en cuanto a sus propios movimientos; en cambio, confunde completamente las posiciones de los buques. MERINO, JOSÉ TORIBIO: Bitácora de un almirante. Memorias. Santiago: Andrés Bello, 1998, pp. 246-252.

Con el golpe ya en marcha, Salvador Allende entra a La Moneda
El último balcón

El presidente Allende, tras ser alertado del inicio del golpe en su casa de Tomás Moro, parte rumbo a La Moneda. Durante esas primeras horas pronunciará cuatro discursos radiales, y deberá enfrentar dos clases de presiones: las de sus partidarios, bien para que renuncie, bien para que lance la resistencia. Y la de las FF.AA., que insisten en que se rinda y aborde un DC-6 de la Fach y deje el país.

Por Ascanio Cavallo y Margarita Serrano

Martes 11 de septiembre, 06.30 Edificio Norambuena.

El subdirector de Carabineros, general Jorge Urrutia, recibe en su departamento del octavo piso del edificio Norambuena, que ocupa provisoriamente mientras su familia se traslada desde Concepción, un llamado que el prefecto de Valparaíso, Luis Gutiérrez, realiza desde el único teléfono que funciona en el puerto: el de su oficina (1) . La Infantería de Marina, dice, está en las calles y ha comenzado a tomar posiciones de combate.

Urrutia llama de inmediato a Tomás Moro. El miembro del GAP Hugo García despierta al Presidente y le entrega el fono. Urrutia informa del movimiento en el puerto. Allende no se sorprende; pide a las dos telefonistas de la casa que ubiquen al almirante Montero y a los generales Pinochet y Leigh. Urrutia, entre tanto, envía a cuatro tanquetas de Fuerzas Especiales a proteger La Moneda. Y, sin saber que está a metros de los que dirigen la insurrección en su propio cuerpo, se va a la Dirección General de Carabineros, al lado del Ministerio de Defensa (2) .

Montero no responde. No puede: su teléfono está cortado. Leigh está inubicable. Pinochet, desde su casa, dice que está entrando a la ducha, que en unos minutos más estará disponible (3) . Quien responde es el general Brady, que promete averiguar.

-Muy bien, general -dice Allende- Tome usted las medidas del caso. Y si no lo hace, sé que tendrá la hombría de decírmelo.

Joan Garcés y Augusto Olivares, que han dormido en la casa presidencial, inician otra serie de llamados: todos confirman que hay movilización en Valparaíso.

Lo que no saben es que en esos momentos no hay trastornos en Valparaíso; la ciudad está ya bajo control de la Armada. Las escuelas de Abastecimientos y de Ingeniería han ocupado el plan y el puerto;

la de Operaciones, las alturas de Recreo y Placeres. Juntas crean una tenaza sobre la ciudad. En Viña del Mar, el Regimiento Coraceros y la Escuela de Armamentos de la Armada han terminado la primera fase con la ocupación de Reñaca Alto y Viña Sur, y a las 7.50 iniciarán la segunda, el envío de detenidos al Estadio de Playa Ancha, zona ya tomada por el Regimiento Maipo. En una hora más coparán los barrios proletarios de Miraflores Alto y Forestal.

Tampoco saben que el coronel Rigoberto Rubio, secretario general del Ejército, está despachando los radiogramas cifrados:

"Asumir Intendencia y Gobernaciones de inmediato y ocupar COMA efectivamente provincias y áreas jurisdiccionales COMA transmitido simultáneamente a Comando UU.OO. y cdtes guarniciones PUNTO Activar Cajsis PUNTO".

Pocos minutos después, el ministro Letelier, que llama desde su casa, encuentra al almirante Carvajal en el teléfono del Ministerio. ¿Qué hace allí a esta hora? El almirante explica, confusamente, que está ordenando papeles para este día, que se prevé agitado. Letelier le pregunta por las tropas que se mueven en Santiago.

-Ministro, yo creo que esa es una información equivocada -dice Carvajal-. A lo mejor se trata de un operativo de control de armas.

-No, almirante, no tengo ninguna información equivocada. Usted olvida la orden de que no se haga ningún operativo de control de armas sin mi autorización.

-No sé qué le podría decir, ministro. Voy a averiguar.

-Almirante -dice Letelier, ya enojado, mostrándole a su esposa el auricular, en señal de que no le cree nada-, yo voy al Ministerio ahora mismo (4).

Más incómodo que Carvajal se muestra el general Brady, que en ese momento ingresa con el general Díaz Estrada a la oficina del jefe del Estado Mayor:

-Me llamó Allende -dice-. Le tuve que mentir.

-A lo mejor quiere saber quién se va a echar pa' atrás -comenta, sarcástico, Díaz Estrada, a sabiendas de que toca el mote de "allendista" del general de Ejército.

-Si seguimos en esto- replica Brady, mortalmente serio-, este caballero va a tener tiempo para reaccionar. Carvajal ordena a su ayudante que se corte la línea con la casa presidencial.

En Tomás Moro, Allende se prepara para ir a La Moneda. El equipo de Escolta del GAP dispone cuatro autos y establece la ruta: Kennedy, la Costanera, Bandera, Moneda.

El capitán José Muñoz, jefe de la Escolta Presidencial de Carabineros, que recibió del general Urrutia la orden de acudir y pudo cumplirla porque es vecino del Presidente, prepara el camino de las tanquetas 198 y 219.

(Es singular esto de tener tres escoltas: la personal, la de Carabineros y la de Investigaciones. Parece que ninguna protección fuese suficiente. O que no se puede confiar totalmente en ninguna).

En el intertanto, Joan Garcés tiene una súbita ocurrencia: hay que acallar a las radios de oposición.

Como se vio en el "tancazo", ellas pueden incitar a acciones mayores. Allende asiente y pide que lo comuniquen con Investigaciones. Cuando Joignant responde, el Presidente instruye:

-Compañero, se ha sublevado la Armada. Tome medidas contra las radios Agricultura y Minería y el diario El Mercurio.

Luego, Allende recibe un llamado de Altamirano. Se limitan a intercambiar lo que han oído: que hay una insurrección de la Armada. Concuerdan en hablar más tarde.

A las 7.15, el Presidente deja Tomás Moro.

07.00 horas, Regimiento Blindados N° 2, calle Santa Rosa

A las 7, el general Javier Palacios, jefe del Comando de Instrucción del Ejército -encargado de la capacitación- se sube al tanque operado por el segundo comandante del Blindados N° 2, Hans Zippelius, y arenga a la tropa reunida en el patio. El comandante Alfredo Calderón ya ha visto la orden firmada por el general Brady, que incluye el levantamiento del castigo al regimiento, la petición de no continuar el acuartelamiento en solitario y la invitación a sumarse a la movilización.

Palacios sube al tanque sólo para despejar las eventuales dudas, porque los hombres del Blindados pueden estar comprensiblemente escépticos, después de que su fallida insurrección del 29 de junio fuese aplastada por los mandos superiores. Nadie olvida que aquella tarde el Regimiento Tacna entró a balazos en el recinto, a pesar de que la unidad estaba rendida. La sangre de los caídos ese día ensombrece la confianza de oficiales y soldados ante cualquiera que muestre rango superior.

Palacios cumple la orden que en la noche anterior le diera el general Brady. Cuando preguntó por qué era el elegido, Brady le respondió que por ser un general joven, con clara fama de oposición al gobierno y con la audacia suficiente para encabezar una vanguardia.

Y si Palacios ha previsto que persuadir a una unidad desmoralizada será duro, ahora le parece que no lo logrará sin un gesto dramático. Por eso sube al tanque y anuncia:

-¡Estén tranquilos, porque ahora sí que estamos todos de acuerdo!

-¡Todos, mi general! -vocea el coro militar.

-¡Me siguen en formación! -ordena Palacios. Los hombres corren a sus máquinas.

Lentamente ruedan hacia el centro. Palacios sabe que falta todavía un rato para que las fuerzas se desplieguen en plenitud.

Esta mañana evitará los errores que cometió en junio el comandante Souper. Elegirá un rodeo de dos columnas, por Bandera y Amunátegui, para entrar por el norte, la calle Agustinas, al perímetro de la Plaza de la Constitución.

Tres tanques serán destinados a evolucionar en torno al Palacio, mientras los demás tomarán posiciones entre las esquinas de Teatinos y Morandé, para facilitar los avances terrestres de la Escuela de Infantería, que vendrá desde el poniente, con cierto retraso, y de la artillería del Tacna, que avanzará desde el sur-poniente. Han de cuidarse de no cruzar fuego con las fuerzas que irrumpirán desde el sur. Ahora las gruesas y ágiles orugas de los tanques se encaminan hacia el centro cívico. Tiemblan las ventanas a su paso.

07.10 horas, Ministerio de Defensa

Poco después de las 7 llega el edecán aéreo Roberto Sánchez al Ministerio de Defensa. Lo ha citado de urgencia el coronel Eduardo Fonet, secretario general de la Fach, que le tiene una misión: en nombre del general Gabriel Van Schouwen, debe ofrecer al Presidente un avión Fach para dejar el país cuanto antes; lo podrán acompañar su familia y las personas que él designe. Su salida evitará males mayores, dice Fonet.

Sánchez divisa el peso inmenso e histórico de la orden. Demorará más de una hora en cumplirla (5). Entretanto, a las 7.20 despegan desde Concepción cuatro aviones Hawker Hunter cargados con cohetes Sura. Los pilotos, todos del Grupo 7, trasladados desde su base de Cerrillos a Carriel Sur, se han levantado a las cinco y preparado los aviones en pocos minutos (6). Ahora su misión es apoyar el "Plan Silencio", bombardeando las antenas de las radios gobiernistas. Además, deben realizar un reconocimiento sobre el centro de Santiago, para apreciar los movimientos de personas y vehículos.

A las 7.40, el líder, el comandante Mario López Tobar, elimina con 16 cohetes la antena de radio Corporación, en La Florida, a poca distancia de Vicuña Mackenna. Otro avión inicia el ataque, en Colina, contra las torres de las radios Pacífico y Luis Emilio Recabarren.

Este caza lanza sus primeros cohetes justo cuando los camiones de la Escuela de Paracaidistas del Ejército avanzan hacia el Comando de Telecomunicaciones, a establecer la protección del cuartel del comandante en jefe del Ejército. Los boinas negras se agachan ante los estallidos, con el temor de que la Fach se haya puesto del lado del gobierno.

Cumplidas sus misiones -las primeras acciones de guerra jamás ejecutadas por la Fach, y sobre suelo chileno, como recordará con dolor el comandante López Tobar-, los aviones son devueltos a Concepción.

07.35 horas, La Moneda

El Presidente llega a La Moneda con 23 acompañantes. Viste una chaqueta de tweed, un chaleco de origen argentino regalado por su amigo y ayudante, el médico Danilo Bartulín, y un pantalón marengo. Es curiosa esta informalidad en un hombre tan solemne y sensible a la estética de la política formal. También estuvo sin corbata para el "tancazo". ¿Se puede atribuir su elección al simple apuro, o debe entenderse como otra señal de su disposición a combatir?

Allende entra al Palacio con su fusil AK-47 Kalashnikov, flanqueado por sus asesores Garcés y Olivares; detrás, 18 hombres del GAP dirigidos por Jaime Sotelo, más el capitán Muñoz y Bartulín.

El grupo del GAP ingresa dos ametralladoras y tres RPG-7 con sus mochilas de tres cohetes, además de sus armas individuales: fusiles AK-47, pistolas P-38, revólveres Colt Cobra y una pistola Luger clásica, que es la admiración de los policías. Los escoltas protegen la entrada con un hombre en cada costado.

En el Palacio se reunirán con "Coco" Paredes, que apoyará su distribución en las oficinas presidenciales.

Otros 8 hombres del GAP entran al edificio de Obras Públicas, en Morandé, y desalojan de funcionarios los 10 primeros pisos para ocupar sus posiciones. Tienen los lugares escogidos desde hace meses:

varias ventanas para cada uno.

Dirigidos por Manuel Cortés, "Patán", un guardia que se había retirado y que este día regresa, tienen cada uno una pistola y un fusil AK-47, un arma con una velocidad de fuego casi desconocida a la fecha, muy eficiente en el combate de localidades; hay además una ametralladora .30 y un lanzacohetes RPG-7, con alguna munición. Es evidente que se trata de un armamento previsto sólo para contener el avance de tropas hostiles, en particular desde el flanco sur. Su supuesto es que sostendrán la resistencia hasta que lleguen las fuerzas leales.

Casi al unísono alcanzan el Palacio el secretario del Presidente, Osvaldo Puccio, y su hijo del mismo nombre, un estudiante de Derecho que estuvo, prematuramente, en la guardia personal de Allende y que ha participado en el MIR.

Minutos después arriba el jefe de la Sección Presidencia de la República de Investigaciones, el inspector Juan Seoane, con siete detectives. Otros 10 policías civiles están ya en el Palacio y coordinan las primeras medidas de protección. En total, disponen de 15 subametralladoras y de sus pistolas Browning y revólveres Colt Cobra.

Ante la confusión, Seoane llama al director de Investigaciones, el socialista Alfredo Joignant, quien confirma la gravedad de la situación y le ordena permanecer junto al Presidente.

Los teléfonos de La Moneda no paran de sonar. Las informaciones son imprecisas, pero no hacen pensar que el movimiento militar exceda a la Armada. Hay rumores acerca de movimientos en distintos puntos de Santiago, e incluso en otras ciudades, y se ha oído el ruido de los Hawker Hunter; pero nadie logra estructurar un cuadro integrado de esos datos.

Para intentarlo, el hombre idóneo sería Orlando Letelier, que llega a la misma hora hasta su Ministerio, acompañado por su chofer y guardaespaldas, el teniente coronel Sergio González. En la puerta, mientras su guardaespaldas lo encañona, el oficial de la Armada Daniel Guimpert le dice que está arrestado y que debe subir a la oficina del general Arellano. Conforme al plan de arrestos, éste ordena que lo trasladen al Regimiento Tacna. Es el primer prisionero de alto rango.

07.40 horas, Regimiento de Telecomunicaciones, Peñalolén

Recién a las 7.40 llega el general Pinochet al Comando de Telecomunicaciones. Hay un alivio generalizado cuando lo ven entrar. Según el acuerdo del día anterior, se constituiría en su Cuartel General a las 7.30; de no aparecer, asumiría el mando el general Bonilla. Así que Bonilla es el primero en sentirse reconfortado.

Pero, ¿por qué llega con retraso, él, un hombre tan celoso de la puntualidad, tan estricto y espartano en su disciplina personal? ¿Estará templando su propio carácter, o midiendo los nervios de los demás?

Cuando desciende de su auto, Pinochet informa a su ayudante, el mayor Zavala, que las Fuerzas Armadas derrocarán al gobierno (7). Zavala lo mira con estupor:

-Mi general, yo no estoy de acuerdo con esto...

-Conforme. Pero no puede salir de aquí por ahora.

El mayor Zavala se va a una sala del regimiento, lejos de la central de radio. Permanecerá allí todo el día. Su carrera está terminando, pese a haber sido ayudante de dos comandantes en jefe y de haber salvado la vida del general Prats durante el "tancazo".

El Cuartel General ha sido organizado en la tarde anterior por el jefe del Comando de Institutos Militares, el general Benavides, y el jefe del Comando de Tropas, el general Arellano. Benavides ha dispuesto que se trasladen batallones de la Escuela de Paracaidistas, bajo el mando del comandante Alejandro Medina Lois, para reforzar la protección de Peñalolén. También se ha establecido que en los arsenales de Guerra, cerca del Parque Cousiño, se acantone la "reserva del comandante", las unidades disponibles para ser usadas como refuerzo cuando el jefe máximo así lo estime.

En cuanto llega, el comandante Medina Lois ordena a sus hombres conformar patrullas perimetrales para cerciorarse de que no haya movilización en las poblaciones marginales situadas alrededor del regimiento. Pinochet se instala en el escritorio del Comando, junto a la sala de operaciones, donde se agolpan unas 15 personas, todas con tareas delimitadas según el principio de las cuatro funciones: Comando, Control, Comunicaciones e Inteligencia.

En vista de que desde Peñalolén no hay comunicación directa con las otras Fuerzas Armadas, los técnicos han diseñado una red de enlaces cuyo eje es el Estado Mayor de la Defensa. Pero esta mañana se descubre que la red falla en comunicar a Peñalolén con la Academia de Guerra Aérea. Pinochet (Puesto 1) y Leigh (Puesto Dos) tendrán que enviarse mensajes a través de Carvajal (Puesto Cinco), o a través de la radio de la Escuela Militar (Puesto Tres), que será operada por el cadete de 18 años Dante

Pino (8) .

Una cierta tensión, desde luego involuntaria y que sólo puede verse en forma retrospectiva, asoma tenuemente en la ausencia de comunicación directa entre los dos hombres fuertes del golpe en la capital. ¿Empieza el destino a ordenar sus líneas?

07.45 horas, Oficinas de Cormu, calle Portugal

A esta hora comienza el caos en el PS. Pero, claro, sus militantes aún no lo saben. Por el contrario, creen que comienza la organización.

El secretario general Carlos Altamirano, y su segundo, Adonis Sepúlveda, se reúnen con 10 de los los 13 miembros restantes de la Comisión Política en las oficinas de la Corporación de Mejoramiento Urbano (Cormu), situadas provisoriamente en el claustro en demolición de la Universidad Católica, en calle Portugal con Marín (9) .

Los dirigentes socialistas deciden que ante todo es preciso convencer a Allende de que deje el Palacio para refugiarse en un lugar más seguro y organizar la resistencia. Altamirano cumple esa tarea por teléfono, pero la voluntad del Presidente es indoblegable; permanecerá en el lugar propio de su cargo. Por lo demás, ¿de qué resistencia hablamos? Todos perciben que la situación es grave, pero aún no se sabe de nada mayor que un movimiento en la Armada.

Ante la ausencia de opciones, los jefes socialistas comisionan a Hernán del Canto para ir a La Moneda.

A la misma hora llega el senador Erich Schnake a las oficinas de radio Corporación, a metros de la sede del gobierno. La radio está ya con dificultades de transmisión, pero sigue en el aire, con escaso alcance, a través de su banda FM. El equipo de locutores y periodistas -Miguel Ángel San Martín, Sergio Campos, Julio Videla y Gustavo Adolfo Olate- procura organizarse.

En los minutos que siguen, se abre un debate entre Schnake y los contertulios de la calle Portugal acerca del mensaje que el PS debe dirigir al pueblo. Algunos opinan que debe hablar Altamirano, llamando a la movilización; pero éste, que siente que ya han sido excesivas sus "concesiones" a la línea dura con el discurso del Estadio Chile el domingo 9, se niega. El llamado lo hará el subsecretario general Adonis Sepúlveda. Sólo que para el momento en que hay acuerdo, las ondas de la radio están colapsando. Únicamente Magallanes y Candelaria mantienen sus transmisiones.

A poca distancia, en la sede del PS de Londres 38 (10) , la senadora María Elena Carrera espera instrucciones con un grupo de militantes. Las comunicaciones se han vuelto infernalmente difíciles, y nadie sabe qué hacer. Según los planes, desde Londres 38 deben partir los piquetes de trabajadores que coparán los puentes sobre el río Mapocho, bloqueando el ingreso de tropas hostiles desde el norte. Pero esas órdenes no llegan nunca.

En la sede del Comité Central del PS, en calle San Martín, el Grupo Especial de Apoyo (GEA) integrado por ocho militantes se reúne tras recibir el "Alerta Rojo" decretado por el Aparato Militar, que algunos llaman Fuerza GEO y otros AGP. Tienen armas, pero no instrucciones. Se proponen partir hacia La Moneda, con un contingente de 19 obreros de la construcción. Pero desde allí, el jefe del GAP, Jaime Sotelo, les dice que deben dispersarse. La orden es quemar la documentación del partido y buscar refugios seguros para reorganizarse más tarde. A pesar del optimismo de quienes lo rodean cuando apenas son las 7.45, Sotelo ya parece prever el triunfo del golpe (11) . Mientras se preparan para salir, llega un enviado de Ariel Ulloa, que se hace cargo de la destrucción de documentos y el incendio de la sede.

Los ocho miembros del GEA cargan el armamento y a bordo de tres autos parten a Mademsa, en la esperanza de hallar allí a Altamirano. Encuentran a los obreros fabricando, a prisa y sin dirección, minas "vietnamitas", unos conos rellenos de esquirlas (proporcionadas por la vecina metalúrgica Cintac) que, en caso de una guerra de localidades, servirían de obstáculos a blindados enemigos. Pero no hay tal guerra, y los obreros, sinceramente allendistas, quieren irse cuanto antes a sus casas.

Antes del mediodía los GEA se hallarán solos en una industria enorme.

07.50 horas, La Moneda

-Pobre Pinochet, debe estar preso -comenta Allende ante el periodista Carlos Jorquera y el médico Arturo Jirón, cuando le informan que nadie logra encontrarlo por teléfono. El comentario es voluntarista, porque tampoco hay comunicación con Montero, ni con Leigh, ni menos con la Armada (12) .

El general director de Carabineros, José María Sepúlveda, acaba de llegar a La Moneda, pero no sabe nada. Cuando saluda al Presidente, asegura que Carabineros será leal al gobierno, como siempre. Y luego sale a llamar al subdirector, el general Urrutia, para que vaya al Palacio y le informe de las

acciones.

Joan Garcés está convencido de que si el movimiento es mayor, el esquema del "tancazo", con los obreros concentrados en sus fábricas, será una fatalidad. En lugar de mantener esa posición pasiva, sería mejor que se fuesen desplegando por la ciudad, convergiendo hacia el centro. De ese modo, un conato golpista tendría dificultades para extenderse con rapidez.

Allende se muestra de acuerdo con su análisis, aunque de una manera poco enfática. Y asiente del mismo modo cuando Garcés propone llamar al presidente de la CUT, Luis Figueroa, para que instruya a los trabajadores. Una vez que Garcés le pasa el teléfono, el Presidente habla con la brevedad de un lenguaje cifrado:

-Movilidad, movilidad.

¿Entiende Figueroa lo que quiere decir Allende? ¿Piensa dar esas instrucciones, totalmente contrarias a las del "tancazo" y a las de los planes tantas veces discutidos en la UP? ¿Tiene siquiera los medios para pasar un mensaje de esa naturaleza?

No se sabe. Pero sería inútil, porque cinco minutos después, el Presidente se acerca a los tres micrófonos instalados en su escritorio -de las radios Corporación, Magallanes y Portales- y dirige su primer discurso al país de esta mañana.

"Un sector de la marinería", dice, se ha sublevado, y el gobierno está a la espera de tener más informaciones. ¿Qué deben hacer los trabajadores? Estar "atentos, vigilantes, y evitar provocaciones".

-Como primera etapa -agrega- tenemos que ver la respuesta, que espero sea positiva, de los soldados de la patria, que han jurado defender el régimen establecido.

No hay movilidad, no hay despliegue, no hay marcha sobre el centro. En breve, el Presidente ha puesto la prudencia por sobre la ofensiva. Como táctica militar, es pobre; como hecho político, tiene un significado que sólo se comprenderá años más tarde.

08.00 horas, Ministerio de Defensa

En su cargo de jefe del Estado Mayor de la Defensa, el almirante Carvajal es el eje de la jornada conjunta de las Fuerzas Armadas. Delgado, caballeroso e ilustrado, Carvajal no ha ocultado demasiado su antipatía por el gobierno de Allende. Años después, Orlando Letelier diría que siempre tuvo "muy serias preocupaciones" respecto de él, porque intuía que era el hombre "que coordinaba las acciones de los golpistas dentro de las Fuerzas Armadas" (13). Y el general Prats afirmaría que cuando el almirante le llevó el texto de un plan de telecomunicaciones (más tarde "Plan Silencio") como anexo al de seguridad interior, percibió el "doble filo" del documento, pero lo firmó por estimarlo necesario (14).

En el puesto que ocupa desde el 15 de enero de 1973, Carvajal tiene una visión privilegiada. Es el único que conoce a los tres comandantes en jefe. Ha sido compañero de promoción de Merino y compartió el curso de Alto Mando de 1968 con los coroneles Augusto Pinochet y Gustavo Leigh; nadie como él puede tener una visión tan exhaustiva de los protagonistas. Y, aunque Pinochet le parece un poco ambiguo, confía en que estará al frente del Ejército.

Lo acompaña, como subjefe del Estado Mayor de la Defensa, el general de la Fach Nicanor Díaz Estrada, un hombre áspero, francote, aficionado al secreto pero al mismo tiempo impetuoso, fiero crítico de la UP. Díaz Estrada hizo el curso de Alto Mando de 1971, y tuvo por compañeros, entre otros, a los militares Sergio Arellano, Carlos Forestier y Alberto Labbé, y a los marinos Hugo Castro y Sergio Rillón (15).

En la tercera posición de mando del equipo de Carvajal se integra el general Sergio Nuño, al que Allende había insistido en sacar cuanto antes. Nuño estaba en el núcleo inicial anti-allendista, con Arellano. Había sido el principal comentarista de la economía de la UP en el Ejército. Prats desconfiaba de él; otros oficiales lo consideraban afín a la DC; y hasta tenía amigos en la izquierda, incluyendo al secretario de Allende, Osvaldo Puccio. Y aunque estuvo siempre en la lista de los generales que debían ser alejados, no le prestaron nunca una atención preferente. Hasta esta mañana.

Completan la dotación el capitán de navío Ladislao d'Hainaut, los capitanes de fragata Hernán Ferrer, Julio Vergara y Rodolfo Calderón, el abogado de Carabineros Jaime Velasco y un voluntario, el capitán de fragata retirado Crispulo Escalona, que quedará a cargo de generar la bitácora del día.

Más tarde llegará el contralmirante Hugo Cabezas, esperando encontrar a su jefe, el almirante Montero. La perplejidad lo inundará cuando Carvajal le informe que Montero está destituido y que el gobierno será depuesto. El jefe del Estado Mayor de la Defensa lo instará a definirse. Y Cabezas, tras unos segundos:

-Bueno... habrá que apechugar...

Carvajal le asignará la jefatura de las comunicaciones de la Armada.

El jefe de la II División del Ejército, el general Herman Brady, opera desde el mismo piso, en coordinación

con Carvajal y Díaz Estrada. Lo acompaña el general Arellano, encargado de la Agrupación Centro. Y, curiosamente, el general Ernesto Baeza, superior a todos ellos, quinta antigüedad del Ejército, que sólo al llegar al Ministerio, a las 7 en punto, se ha enterado del movimiento (16). Es, con Urbina, otro de los excluidos de la trama: el principal general en Santiago, después de Pinochet, y recién se entera de lo que ocurre.

Desde Peñalolén, Pinochet ha ordenado que Baeza se quede en la oficina del comandante en jefe; le tocará atender su teléfono, que sonará toda la mañana. Lo acompañarán los dos alumnos de la Academia de Guerra enviados a reforzar el Cuartel General, que han llegado sin saber que éste se ha constituido en Telecomunicaciones: el capitán Jorge Ballerino, del tercer año; y el mayor Jaime Concha, del segundo año.

Del Estado Mayor de la Defensa depende, también, el grupo que ha operado en el "Plan Silencio". Y por esas funciones están el coronel Polloni, el teniente coronel Roberto Guillard, enviado desde la Academia de Guerra como refuerzo especial, y los civiles Sergio Arellano Iturriaga, un joven abogado DC e hijo del general Arellano, el ingeniero Sergio Moeller, Alvaro Puga, director de prensa de la radio Agricultura, y Federico Willoughby. A este grupo está confiada la tarea de sacar al aire la proclama y los bandos de la recién constituida junta de comandantes en jefe.

A las 8, Díaz Estrada reúne al equipo personal del Estado Mayor de la Defensa e informa que las FF.AA. han iniciado la destitución del gobierno.

Nadie dice nada.

08.00 horas, Escuela Militar

A la misma hora, en la Escuela Militar, el jefe del Comando de Institutos Militares -la segunda mayor fuerza de Santiago en poder de fuego- ordena a su ayudante que reúna a todo el personal para una breve reunión informativa.

Ante un grupo de oficiales impacientes, Benavides anuncia que los militares se harán cargo del gobierno, que el Presidente será destituido y que ahora deben asegurar el orden público y apagar todos los conatos de resistencia en su área de operaciones, que es una parte del norte de Santiago y la inmensa zona oriente.

Benavides hará cumplir estas tareas con prudencia, por no decir parsimonia. Entre los oficiales se rumoreará, más tarde, que se demora demasiado en copar la residencia presidencial de Tomás Moro. Sin embargo, la coordinación central funciona con exactitud cronométrica en torno a esa casa. En esos minutos llega un bus de Carabineros con el contingente que debe reemplazar a la guardia nocturna. Cuando los hombres del GAP advierten que no habrá tal reemplazo, algunos proponen quitar las armas a los policías que salen. Uno de los jefes de la guardia impide la acción: significaría, probablemente, un enfrentamiento inmediato. El bus se aleja con todos los carabineros. Ya no hay vigilancia policial en Tomás Moro.

Carvajal y la Armada entienden -por sus infiltrados- que Tomás Moro es casi una base de instrucción paramilitar; el Servicio de Inteligencia Militar ha ratificado esa percepción: se acantona allí una fuerza armada con instrucción. Sobre la base de estos datos, el plan de operaciones contempla atacar la casa con la Fuerza Aérea, lo que supone que no haya tropas terrestres en los alrededores. Por lo tanto, Benavides ha hecho bien con limitar el empleo de sus recursos en ese sector.

Cuando termina su alocución ante los oficiales de la Escuela Militar, Benavides ofrece la palabra. Nadie la pide. Pero al disolver el encuentro, su jefe de estado mayor, el coronel José Domingo Ramos, levanta la mano. Benavides hace salir a todos para hablar a solas con su asesor más cercano.

Ramos explica que no está de acuerdo con el movimiento, que prefiere dejar su puesto y retirarse en silencio. Benavides acepta su franqueza y sugiere que podrá quedarse en su oficina, bajo conveniente vigilancia. Ramos rechaza la idea: quiere irse a su casa ahora mismo. Cuando pasa, unas horas después, a retirar sus objetos personales, advierte que el comandante Roberto Soto Mackenney comienza a ocupar su puesto y su oficina para este día de excepción (17).

Al día siguiente llegará el coronel Renato Cantuarias, traído desde la Escuela de Alta Montaña para llenar un cargo que en algunos sentidos es superior al que ocupa.

08.20 horas, La Moneda

Poco después de las 8, el Presidente aún cree que la insurrección proviene de "un sector" de la Armada. No ha podido oír la única radio que funciona en Valparaíso, a través de la cual el almirante Merino lanza su propia proclama, sin esperar la de los otros comandantes en jefe (18). Tampoco ha escuchado el

anuncio de la constitución de una junta de comandantes en Punta Arenas, uno de los comunicados más audaces de la jornada.

Pero en los 20 minutos que siguen, la primera prioridad de La Moneda pasa a ser la acumulación de fuerzas.

El propio Presidente decide llamar al vicepresidente de la CUT, el socialista Rolando Calderón. Lo encuentra durmiendo en su casa, con fiebre. Allende quiere saber cuál es el plan de la CUT ante un amotinamiento militar. Concentrarse en las industrias, dice Calderón. Pero no puede agregar más: no sabe cuánto de eso se ha producido. Se vestirá rápidamente para ir a inspeccionar.

Pocos minutos después se agrega una noticia inquietante: el coronel Rafael Valenzuela, subsecretario de Guerra y hombre clave en la defensa del gobierno durante el "tancozo", ha tratado de entrar a su oficina en el Ministerio de Defensa y no lo han dejado. La guardia, dice, está reforzada, y no ha podido ver a Letelier.

En paralelo, el general Sepúlveda intenta convocar por teléfono a los demás jefes de Carabineros. En la Intendencia encuentra al general Fabián Parada, prefecto de Santiago, que no tiene información. Acaba de llegar a su oficina el intendente de Santiago, el socialista Julio Stuardo, pero aun no se han reunido. Ignora que en su caso ha operado el "modelo Yovane": su segundo, el general Néstor Barba, sí fue informado en la noche anterior. (Una hora después, un grupo de carabineros de las Fuerzas Especiales intentará arrestar al general Parada, que exigirá quedarse en su propia oficina).

De acuerdo a Garcés, al escuchar el diálogo de Sepúlveda, el Presidente se comunica con su casa. A su esposa le dice que lo más seguro es que permanezca en ese lugar, que tiene la defensa necesaria.

Luego le pide a su amigo y asesor financiero Víctor Pey que ubique al general Prats.

En los días previos, por instrucciones de Allende, Pey debía hallar algún lugar seguro para Prats, que seguía ocupando la residencia del comandante en jefe, en calle Presidente Errázuriz. Pero en la noche del 10, el general (R) se fue a casa de su hija María Angélica y ahora, en la mañana, lo ha pasado a buscar el hijo del general Ervaldo Rodríguez, su amigo y agregado militar en Washington, para llevarlo al departamento vacío de su padre, en Pucuro con Tobalaba. Nadie puede ubicarlo allí.

Sin que aún lo sepa, se desvanece otra esperanza de Allende, irrisoria y agónica: que Prats retome el mando del Ejército y sofoque la rebelión con algunas unidades.

¿Y qué rebelión? Cuando el edecán naval, el capitán de navío Jorge Grez, entra a saludarlo y a ponerse a su disposición, el Presidente insiste en el motín localizado:

-Otra vez problemas con su Armada, capitán... (19)

Y al dirigirse por segunda vez al país, ahora por radio Magallanes, vuelve a esa versión. Agrega que el jefe de la Guarnición de Santiago (Brady) le ha expresado que la capital está en calma.

Mientras habla, desde el Ministerio de Defensa llama al edecán Roberto Sánchez, que debe esperar para comunicarle que el general Van Schouwen le ofrece un avión DC-6 para salir del país. Allende se indigna:

-¡Dígale al general Van Schouwen que el Presidente de Chile no huye, y que sepa cumplir con su deber de soldado!

El secretario Puccio agrega otra mala noticia. El director Joignant y el subdirector comunista Samuel Riquelme han abandonado el Cuartel Central de Investigaciones, llevándose algunas armas. Por primera vez en la mañana, el secretario ve estallar de furia al Presidente:

-¡Cobardes de mierda! ¡Una fuerza leal, y la abandonan!

El balance ya es tenebroso: junto a la Armada, está también alzada la Fach. Probablemente la apoyen unidades del Ejército. La situación de Carabineros se ha vuelto ambigua. Y ahora Investigaciones, donde tres mil hombres armados quedan solos.

El peor escenario, el único que Allende creía poder evitar mediante la persuasión sobre uno o más de los comandantes en jefe, la unidad total de las FF.AA., contra el gobierno, está por producirse. Pero el Presidente mantiene todavía alguna duda. ¿Será posible?

08.42 horas, Ministerio de Defensa

La respuesta llega 22 minutos después, a las 8.42, precedida por el Himno Nacional, que la recién constituida "Cadena Democrática" -las radios Minería y Agricultura- comienza a emitir a las 8.30.

La "Cadena", parte del plan de telecomunicaciones, debía encabezarla Agricultura, cuyos estudios habían sido blindados con placas metálicas los días previos. Pero el ataque aéreo sobre la antena de Corporación ha dañado uno de los cables de conexión de la primera, que ha quedado fuera del aire. Sólo un arreglo de emergencia le permitirá "colgarse" de Minería, que toma el liderazgo de la transmisión. Como la reparación se demora, el Himno Nacional debe ser repetido, incrementando la impaciencia del

teniente coronel Guillard.

Antes de que termine la segunda pasada, irrumpe la voz de Guillard, que comienza a leer la proclama militar con voz solemne:

-Teniendo presente, Primero: La gravísima crisis social y moral por que atraviesa el país; Segundo: La incapacidad del gobierno para controlar el caos; Tercero: El constante incremento de grupos paramilitares entrenados por los partidos de la Unidad Popular, que llevarán al pueblo de Chile a una inevitable guerra civil; las FF.AA. y Carabineros deciden: Primero: El Presidente de la República debe proceder a la inmediata entrega de su cargo a las FF.AA. y de Carabineros de Chile...

La firma una Junta Militar de Gobierno, constituida por los comandantes en jefe titulares, Pinochet y Leigh, y por Merino y Mendoza, que se asignan las jefaturas de la Armada y Carabineros.

La proclama tiene el efecto de una devastación en La Moneda. Lo peor ha llegado a lo peor. Ya no queda otra esperanza que la más negra de todas las esperanzas: que los militares se dividan, que luchen unos contra otros. Nadie podría decirlo, pero en la última línea, la única esperanza es la guerra civil.

Cuando Garcés va a informarle de la proclama, Allende decide responder de inmediato e inicia su tercer discurso radial de la mañana, en un tono muy parecido al de diciembre de 1971 ("¡Sólo acribillándome a balazos podrán impedir...!"):

-En ese bando, se insta a renunciar al Presidente de la República. No lo haré. Notifico ante el país la actitud increíble de soldados que faltan a su palabra y a su compromiso...

Cuando concluye, mira al vacío y musita:

-Tres traidores... (20)

¿En quiénes piensa? ¿A quién excluye? ¿Al almirante Merino, con quien se siente en guerra y que acaba de sobrepasar a su comandante en jefe? ¿O al general Leigh, un "duro" que tomó la jefatura de la Fach después de que se aceptaran sus condiciones?

A la proclama sucede otra advertencia, leída con voz taxativa por Guillard: si La Moneda no es desalojada antes de las 11, será atacada "por tierra y aire". El estupor cunde en Palacio. ¿Bombardear La Moneda? ¿Ataque aéreo? El ambiente se llena de irrealidad; en verdad, muy pocos creen que realmente se llegará a tal cosa.

A pesar de todo, unos minutos después llegan al Palacio los generales de Carabineros Urrutia, Orestes Salinas y Rubén Alvarez. Urrutia viene tan desalentado, que sólo quiere proponer que regresen todos a la Dirección General de Carabineros. Allende ve al general director Sepúlveda abatido; lo anima con un chilenismo:

-Se los madrugó Mendoza, general.

Y es que, en efecto, los carabineros están cambiando de actitud. Su cerco en torno al Palacio empieza a mutar desde la protección al sitio. El gobiernismo comienza a tener dificultades para llegar: el ex ministro Aníbal Palma logra atravesar el cerco gracias a los gritos del intendente Stuardo; el médico Oscar Soto debe dar un rodeo; la hija del Presidente, Beatriz, saca una pistola junto con su carnet; el dirigente socialista Hernán del Canto se ve en dificultades para trasponer las filas de carabineros; los senadores radicales Hugo Miranda y Orlando Cantuarias pasan después de que un policía les advierte que correrán peligro en La Moneda.

Lo peor ocurre en la esquina de Morandé y Moneda. Hasta allí llegan un auto Renault blanco y una camioneta roja: en el primero viajan la secretaria de Allende, "Payita", y su hijo Enrique Ropert, de 20 años, estudiante de Economía; en la segunda van tres hombres del GAP, encabezados por uno de los jefes, Domingo Blanco, con una carga de armamento recogido en El Cañaverel y Tomás Moro. Vienen a reforzar la defensa.

Pero en la esquina, los tenientes de carabineros Patricio de la Fuente y Juan Martínez arrestan al grupo y lo conducen al estacionamiento de la Intendencia. Los oficiales ya no obedecen a los enérgicos gritos del intendente, que ordena liberarlos. "Payita" le pide a su hijo que vaya a conversar con los policías, y en cosa de segundos ve que también es detenido. "Payita" forcejea con los oficiales, pero no logra liberarlo. Entonces corre hacia el Palacio y pide ayuda al general Urrutia. Éste sale y regresa en unos minutos: "No me obedecen".

Las tanquetas de Carabineros comienzan a retirarse(21) . Inesperadamente, también se van los miembros de la Guardia de Palacio que están en las afueras; sólo quedan los del interior.

Cuando el ministro de Agricultura Jaimé Tohá avisa de la retirada, Allende se asoma al balcón de su despacho, sobre calle Moneda. Desde Morandé lo aplauden unos funcionarios de Correos, otros del Banco Central y un grupo de curiosos. Allende los saluda a ellos y a los periodistas que aguardan en la Plaza de la Constitución.

Vuelve a su escritorio e insta al general Sepúlveda a averiguar qué significa esto. Sepúlveda consulta con Urrutia y regresa al despacho anonadado:

-Presidente, se han tomado la Central de Comunicaciones. Las unidades reciben las órdenes desde allí. El mando está aislado.

-Entonces, ¡ocupe la Central, pues hombre!

-No tengo gente, Presidente. Apenas unos 50, que están en la Dirección General...

Joan Garcés interviene ante el silencio de Allende:

-General, sólo queda repartir armas al pueblo...

Es una propuesta inaceptable para un carabinero. Un jefe del orden público, ¿incitando a la conflagración? Sepúlveda se indigna:

-¿Repartir armas, yo? ¿Quiere que yo reparta armas? ¿Y cómo lo hago, si me hace el favor?(22)

Allende comprende. Es la última de sus soledades, así como acaba de cumplir su última salida a los balcones históricos de La Moneda. En adelante, cada cosa que ocurra tendrá la contundencia del último acto.

09.00 horas, Vitacura

En cuanto oye la notificación radial de que La Moneda será bombardeada si el Presidente no se rinde, Eduardo Frei imagina un desenlace catastrófico: si esta amenaza impensada se concreta, Allende se convertirá en un mártir y el necesario e inevitable golpe de Estado quedará marcado por un simbolismo siniestro.

Su amigo y discípulo Raúl Troncoso llega en esos momentos a la casa de su hija Carmen para comentar la violenta evolución de los hechos. Troncoso viene igualmente impresionado por el anuncio del bombardeo y dice que se propone llamar al coronel Fonet para tratar de impedirlo. Frei lo aprueba. Pero cuando Troncoso comienza a hablar, un enervado Frei le arrebató el auricular y se presenta ante su antiguo edecán:

-Como presidente del Senado, coronel -dice, con tono enérgico-, le pido que transmita a los generales de la Junta Militar mi postura, en el sentido de que es imprescindible respetar la vida del Presidente Allende. La inmolación del Jefe del Estado, argumenta, costará cientos de vidas y producirá efectos incalculables en el país. Que el Presidente muera en un bombardeo será un disparate desde todo punto de vista. El nuevo gobierno no debe nacer manchado con esta inútil ignominia.

Frei empeña toda su elocuencia en este diálogo. Prácticamente no deja hablar a su interlocutor. ¿Queda satisfecho, acaso confiado en que su apasionado alegato podrá modificar la decisión militar? No es posible saberlo. En cualquier caso, Fonet logra apaciguarlo al contarle que se le ha ofrecido un avión al Presidente para que abandone el país. También dice que lo llamará de nuevo. No lo hará.

Como un aplicado presidente del Senado, Frei llama al jefe de la bancada del Partido Nacional, Sergio Diez, y le informa del ofrecimiento de exilio a Allende(23).

Citas

1.- La situación es irónica: el general Urrutia se había enfrentado a la dirección regional del PS en Concepción, y el prefecto Gutiérrez había estado bajo la acusación de extremar el uso de la fuerza pública contra manifestantes de izquierda. Ambos son considerados oficiales "poco fiables" por la UP.

2.- Una versión no corroborada por otras fuentes sostiene que Yovane previó un secuestro pasivo de Urrutia, reteniéndolo en su departamento, que no resultó porque el subdirector de Carabineros salió muy temprano. VERDUGO, PATRICIA: Interferencia secreta. 11 de septiembre de 1973. Santiago: Sudamericana, 1998, pp. 81.

3.- Según su propia versión: PINOCHET, AUGUSTO: El día decisivo. Santiago: Andrés Bello, 1979, p. 130.

4.- GARCÉS, JOAN; y LANDAU, SAUL: Orlando Letelier: Testimonio y vindicación. Madrid: Siglo XXI, 1995, pp. 39-41.

- 5.- Sánchez explicaría más tarde que fue primero a Tomás Moro y, al constatar que el Presidente había partido a La Moneda, regresó al Ministerio de Defensa. Patricia Verdugo ha hecho notar que ni Hortensia Bussi ni Víctor Pey recuerdan haberlo visto en Tomás Moro. VERDUGO, PATRICIA: Interferencia secreta. 11 de septiembre de 1973. Santiago: Sudamericana, 1998, pp. 50.
- 6.- LLÓPEZ TOBAR, MARIO: El 11 en la mira de un Hawker Hunter. Las operaciones y blancos aéreos de septiembre de 1973. Santiago: Sudamericana, 1999, pp. 103-118.
- 7.- DIARIO LA ÉPOCA: Las 24 horas más dramáticas del siglo. Santiago: La Época, 1993, p. 5.
- 8.- El Puesto 4 no llega a ser utilizado. Con Carabineros sólo puede comunicarse el almirante Carvajal.
- 9.- POLITZER, PATRICIA: Altamirano. Buenos Aires: Ediciones B-Melquíades, 1989, pp. 28-29.
- 10.- Más tarde será el principal centro de tránsito de detenidos de la DINA.
- 11.- ARCE, LUZ: El infierno. Santiago: Planeta, 1993, pp. 37-40.
- 12.- KALFON, PIERRE: Allende. Chile: 1970-1973. Madrid: Foca, 1999, pp. 253-254.
- 13.- GARCÉS, JOAN; y LANDAU, SAUL: Orlando Letelier: Testimonio y vindicación. Madrid: Siglo XXI, 1995, pp. 39.
- 14.- PRATS, CARLOS: Memorias. Testimonio de un soldado. Santiago: Pehuén, 1985, pp. 469. El plan fue preparado por el coronel de Ejército Julio Polloni, el capitán de navío Ramón Aragay y el coronel de la FACH Francisco Herrera.
- 15.- FONTAINE ALDUNATE, ARTURO: ¿Cómo llegaron las Fuerzas Armadas a la acción del 11 de septiembre de 1973? Santiago: Diario El Mercurio, 11 de septiembre de 1974, p. 4.
- 16.- MARRAS, SERGIO: Palabra de soldado. Santiago: Ornitorrinco, 1989, p. 23.
- 17.- GONZÁLEZ, MÓNICA: La conjura. Los mil y un días del golpe. Santiago: Ediciones B, 2000, pp. 337-338.
- 18.- Texto completo en MERINO, JOSÉ TORIBIO: Bitácora de un almirante. Memorias. Santiago: Andrés Bello, 1998, 251-252.
- 19.- WHELAN, JAMES R.: Desde las cenizas. Vida, muerte y transfiguración de la democracia en Chile, 1833-1988. Santiago: Zig Zag, 1989, pp. 453-454.
- 20.- GARCÉS, JOAN: Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política. Santiago: Bat, 1990 (2ª edición), p. 385.
- 21.- La superposición es clara en los testimonios visuales de ese día. HENRÍQUEZ, PATRICIO: 11 de septiembre de 1973. La última batalla de Salvador Allende. Montreal: Foca, 1998, video VHS; ALVARADO, PABLO: Septiembre. Santiago: Chilevisión, Capítulo 1, emitido el 27 de julio de 2003.
- 22.- DIARIO LA ÉPOCA: Las 24 horas más dramáticas del siglo. Santiago: La Época, 1993, p. 7.
- 23.- Pinochet ha sugerido reiteradamente que Frei lo llamó a lo menos tres veces esa mañana para informarle de dónde podía ubicarlo, hasta que le respondió, a través de un oficial (que no identifica): "Dígale al señor Frei que no me interesa. Aquí estamos actuando nosotros solos". Únicamente lo nombra en: CORREA, RAQUEL; y SUBERCASEAUX, ELIZABETH: Ego Sum Pinochet. Santiago: Zig Zag, 1989, p. 93.

Las operaciones militares y los intentos de la UP para que Allende encabece la resistencia
El fuego y la posteridad

Cerca de las 9 de la mañana, los militares han controlado todo el país. Mientras Allende se sorprende con la unidad monolítica de las FF.AA. y acepta la derrota, el PS hace un último intento por organizar la lucha. Pinochet, desde Peñalolén, da la orden de atacar La Moneda. Allende se despidió del primer grupo de colaboradores, y se refugia contra las bombas, que no tardarán en caer.

Por Ascanio Cavallo y Margarita Serrano

Martes 11 de septiembre, 09.00 horas, Arica a Magallanes

Apenas pasadas las 9, todos los puntos estratégicos de Valparaíso están bajo control, sin que la Armada y el Ejército hayan enfrentado resistencia alguna. Menos de una hora después la Armada ocupa el carguero Maipo, de la Sudamericana de Vapores, que será usado como centro de detención.

En Concepción, el general Washington Carrasco ha copado los centros vitales y los focos peligrosos -incluyendo la Universidad- sin disparar más que unas pocas balas. El general decide no enviar tropas a Lota, donde los mineros del carbón podrían interpretarlo como una provocación; en su lugar, ordena al coronel de Carabineros Gastón Elgueta tomar el control policial de esa localidad (1). La Armada domina Talcahuano.

En Arica, el coronel Odlanier Mena ya ocupa el poder, tras arrestar al gobernador y a la alcaldesa y cerrar la tensa frontera con Perú.

En Iquique, el general Carlos Forestier llama al intendente para que se presente a su propia detención.

En Antofagasta, el general Joaquín Lagos toma la Intendencia sin resistencia. El único incidente se registra en la 4ª Comisaría, donde el carabinero de 23 años Guillermo Schmidt, simpatizante del PS, toma prisioneros al jefe de la unidad, mayor Osvaldo Muñoz, y al capitán José Dávila, y luego los mata, con el aparente fin de tomarse el cuartel. Será reducido poco después.

En Chuquicamata, el mayor Fernando Reveco encabeza una potente columna para dominar la mina de Chuquicamata. Esta región ha estado entre las pesadillas del alto mando: los mineros izquierdistas podrían copar el Regimiento Calama, crear una "zona liberada" y establecer pistas para recibir aviones cubanos y lanzar la contraofensiva (2). Invadido por estas imágenes, el mayor Reveco se acerca con sigilo a la puerta del gerente, la derriba de una patada... y no encuentra a nadie. Ningún ruido, ningún arma (3). Poco más tarde, allá abajo, en Calama, el gerente David Silberman (PC), se entregará al coronel Eugenio Rivera, jefe del regimiento.

Otras dos fuentes de inquietud militar en el norte, las instalaciones de Soquimich en Tocopilla y la Escuela de Minas de la UTE en Copiapó, están bajo control.

En La Serena, el teniente coronel Ariosto Lapostol ha arrestado al intendente comunista, y dejado en libertad a los jefes de servicios estatales. El Regimiento Arica controla la ciudad.

Desde San Antonio, el coronel Manuel Contreras informa que ha arrestado a los dirigentes sindicales y a los interventores de empresas de la Unidad Popular.

Los regimientos Membrillar (hoy Lautaro) y Colchagua dominan Rancagua y San Fernando. En la carretera hacia Santiago una patrulla intercepta a dos miembros del GAP que viajan a La Moneda; son los primeros prisioneros de la guardia presidencial.

En Talca, el teniente coronel Efraín Jaña toma el mando local, pero se le escapa el intendente, el socialista Germán Castro, que huye hacia la cordillera, tratando de pasar a Argentina con un pequeño grupo de compañeros. En el Retén de Paso Nevado herirán de muerte al cabo de carabineros Orlando Espinoza y tomarán de rehén a otro policía. Pocos kilómetros más allá, tropas del Ejército capturarán al grupo tras una breve refriega. (Castro será ejecutado sin juicio 16 días después).

En Temuco, el mismísimo general Urbina ha roto las dudas de los oficiales del Regimiento Tucapel, que después de sus instrucciones parten a controlar la ciudad.

Valdivia es fácilmente controlada por carabineros y por los regimientos Cazadores y Maturana. En el Complejo Maderero Panguipulli, el ex estudiante de agronomía José Liendo, "el Comandante Pepe", líder del Movimiento Campesino Revolucionario, reúne a un grupo de obreros y tiende un cerco sobre el Retén de Neltume. Los carabineros estarán sitiados todo el día y recién al amanecer siguiente los hombres del MCR intentarán el asalto. (Liendo será ejecutado 22 días más tarde).

En Puerto Montt, el general Hernán Leigh domina la ciudad sin resistencia.

En Punta Arenas se ha constituido una Junta Militar local, aunque muy sui generis: no participa

Carabineros; el general Luis Fuentealba no ha sido informado a tiempo y mantiene a sus hombres acuartelados, a la expectativa. El general Torres de la Cruz, jefe de la V División de Ejército, sitúa unos blindados y algunas tropas a prudente distancia del cuartel policial. Por si acaso. El país está, pues, bajo control militar casi total a menos de una hora de emitirse la proclama de la Junta. La eficacia de la verticalidad ha sido aplastante. Sólo en Santiago subsiste cierta incertidumbre. Carabineros mantiene un cerco pasivo sobre la UTE. Unidades del Ejército rodean el Pedagógico de la Universidad de Chile. Las principales avenidas cercanas ("direcciones de aproximación") a los ocho cordones industriales de Santiago son cortadas por las patrullas militares (4) .

Mientras avanza con cautela por Lord Cochrane hacia el norte, al frente de una de las columnas en que se han dividido los 1.200 hombres de la Escuela de Suboficiales, el coronel Canessa ve pasar a los buses de Carabineros en que se aleja la Guardia de Palacio. Las tropas de Canessa son la fuerza principal de la Agrupación Centro, que será la que se enfrente a los carabineros si se mantienen junto al gobierno. Por eso, ahora que ve a los buses, Canessa ordena tomar posiciones. Pero los buses se alejan, y en ese instante el coronel oye la repetición de la proclama en la radio a pilas que lleva un soldado. El nombre de Mendoza lo reconforta.

09.10 horas, La Moneda

En la única declaración que emitirá esa mañana, el consejo directivo de la CUT llama a los trabajadores a ocupar fábricas y fundos, organizar la resistencia y esperar instrucciones. Ya es una convocatoria inútil, a pesar de su tono: "¡A parar el golpe fascista!".

Allende, confiado en que aún le queda un margen para la persuasión, llama al Ministerio de Defensa. Lo atiende el general Baeza, con quien mantiene una relación singular de gentileza (5) . Anticipa que no aceptará el ultimátum y que no cree que bombardearán La Moneda. No se atreverán, dice. Y propone una reunión con los comandantes en jefe, en el Palacio, para buscar una salida digna a la crisis. Baeza responde que debe consultar con Pinochet, y se comunica con el Puesto Uno.

Pinochet responde con un no rotundo (6) , aunque, según el propio general Baeza, el argumento es formal: ya no hay tiempo para preparar una reunión como ésa (7) .

Mientras transcurren esas consultas, Allende vuelve a acercarse al teléfono y anuncia al operador de radio Magallanes que desea hablar. Este cuarto mensaje coincide con el paso del Hawker Hunter piloteado por el comandante López Tobar, que ha recibido órdenes de hacer unas pasadas de reconocimiento a 20 mil pies sobre Santiago (8) .

-En estos momentos pasan los aviones -dice Allende-. Es posible que nos acribillen. Pero que sepan que aquí estamos, por lo menos con nuestro ejemplo, que en este país hay hombres que saben cumplir con la obligación que tienen...

Cuatro mensajes en menos de 90 minutos.

Cuatro mensajes, y ni una sola alusión a los partidos de la UP. Cuatro llamados con un solo destinatario genérico: los trabajadores, "el pueblo". Allende parece confirmar un holocausto (una palabra que ya ha usado): una derrota segura, sobrellevada hasta el final sólo como testimonio.

Terminado el discurso, suena el teléfono de su despacho. Lo atiende el detective Quintín Romero (9) . Es el almirante Carvajal, que quiere dar al Presidente la respuesta a la proposición que formulara al general Baeza. Tenso, pero aún caballeroso, el almirante le informa que los jefes no aceptan una reunión en La Moneda, que no hay más solución que su renuncia, y que se ha dispuesto un avión para él, su familia y quienes él determine...

A Allende lo enfurece la repetición de esta propuesta. Replica al almirante con una retahíla de imprecaciones y arroja el auricular sobre la mesa. Toma su fusil, que hasta entonces ha reposado cerca del escritorio, y sale de su oficina. Ha llegado la hora.

Para entonces, el edecán militar, teniente coronel Sergio Badiola, que ha arribado al Palacio minutos después de la proclama militar, concuerda con el edecán naval Grez en que deben hablar con el Presidente en cuanto llegue el edecán aéreo Sánchez. Y cuando éste ingresa -el último de los tres, a pesar de haber sido el primero en saber del movimiento-, se dirigen al despacho presidencial. En el camino hallan a Allende, bajando hacia el primer piso, rodeado de hombres del GAP que los miran con rostros hostiles.

-¿Podríamos hablar un momento, señor Presidente? -dice Badiola.

-Claro, comandante -replica Allende-. Esperen en la sala de los edecanes, por favor.

Cuando por fin suena su citófono, los edecanes avanzan hacia la oficina de Allende con recelo. Les

parece ver, por momentos, que algunos miembros del GAP les apuntan. Los uniformes militares se han vuelto no gratos en la casa de gobierno. Y cuando el Presidente los recibe, varios miembros de la guardia se quedan en el despacho. Ante la inquietud de los militares, Allende ordena a los escoltas que salgan. Todavía una vez más "Coco" Paredes entrará a cerciorarse de que el Presidente está seguro, y éste le pedirá que se retire (10) .

Sánchez reitera que el avión DC-6 está listo en Los Cerrillos. Badiola subraya que las FF.AA. y Carabineros están actuando con total unidad, y que eso hace inviable la lucha. Al final, Grez explica que no se puede enfrentar el poder de fuego combinado que se ha reunido.

-Agradézcale a su institución su ofrecimiento, comandante Sánchez -dice Allende-. Pero no lo voy a aceptar. No me voy a rendir. Díganles a sus comandantes en jefe que si quieren mi renuncia, me la tienen que venir a pedir aquí. Que tengan la valentía de pedírmela personalmente...

Luego muestra su fusil y su barbilla:

-Y miren: el último tiro me lo dispararé aquí (11) .

Los edecanes se estremecen ante esta amenaza. Badiola pregunta cuáles son sus instrucciones ahora; los tres temen que se les ordene luchar contra sus propios compañeros. Pero Allende desactiva de inmediato esa aprensión:

-Vuelvan a sus instituciones, señores. Es una orden.

Se despide de cada uno y los acompaña hasta la puerta. En el umbral, advierte en voz alta que los "señores edecanes" no deben ser molestados.

Grez llama al almirante Carvajal y le avisa que dejarán La Moneda. Carvajal le pide que trate de persuadir a los carabineros que siguen adentro que lo abandonen cuanto antes. Son ya las 9.45. Cuando salen por Morandé 80, sienten el espesor del aire: cientos de armas gatilladas, sonidos metálicos, órdenes y consignas.

La historia parece suspendida en el centro de Santiago.

09.45 horas, Regimiento de Telecomunicaciones, Peñalolén

La información que llega a Peñalolén es múltiple y demasiado distante para ofrecer un panorama integrado de lo que ocurre en torno a La Moneda. Por eso Pinochet se impacienta y presiona para que los operadores de radio agreguen detalles. El Puesto del cadete Pino, en la Escuela Militar, deja constancia de la insistencia:

-Putá, el Uno... Huevón histérico con el QRT... Claro... Están hablando los generales...

Pinochet ha oído que Allende se ha suicidado. De tanto anunciarlo el Presidente, alguien ha creído que ya lo ha hecho.

-Creo que lo del suicidio era falso -aclara Carvajal-. Acabo de hablar con el edecán naval, comandante Grez, quien me dice que ellos, los tres edecanes, se van a retirar de La Moneda y se vienen hacia el Ministerio de Defensa. Le encargué que instara al jefe de Carabineros a que rindiera sus tropas, porque iban a ser bombardeados. Así que los carabineros deben salir de La Moneda en este momento. El general Brady está informado para que no se les dispare a los militares que evacuen La Moneda. Cambio.

-Conforme, conforme -responde Pinochet-. En este momento me llamó Domínguez, subsecretario de Marina, y me decía que fueran los tres comandantes en jefe a pedir rendición al Presidente. ¡Vos sabís que este gallo es chueco! En consecuencia, ya sabís la cosa: si él quiere, va al Ministerio de Defensa a entregarse a los tres comandantes en jefe.

-Yo hablé personalmente con él. Le intimé rendición en nombre de los comandantes en jefe. Eh... contestó con una serie de garabatos, no más.

-O sea, quiere decir que a las 11, cuando lleguen los primeros pericos... Vai a ver lo que va a pasar. ¡A las 11 en punto se bombardea!

-Cuando se evacue La Moneda va a ser más fácil asaltarla...

-Una vez bombardeada -precisa Pinochet- la asaltamos con el Buin y con la Escuela de Infantería. Hay que decirle a Brady.

-Conforme. Vamos a esperar no más que evacuen los edecanes y los carabineros.

-Conforme (12) .

En paralelo, la cadena radial militar avanza en los bandos que a partir de este día guiarán el ordenamiento del país. El primero ha advertido contra el sabotaje; el segundo ha anunciado el ataque aéreo a La Moneda, agregando algo que coincide extrañamente con las órdenes de Allende, sólo que con las finalidades opuestas: los trabajadores deben permanecer en sus lugares de trabajo; si salen,

pueden ser castigados por las fuerzas de tierra y aire (13) . Como ha temido Garcés, la inmovilidad puede ser una forma de precipitar la derrota.

Ahora, el tercer bando anuncia la ley marcial y el toque de queda desde las 18 horas. Todo aquel sorprendido con armas será ejecutado "en el acto".

09.45 horas, Estadio de la Cormu

La Fuerza GEO del PS reúne ya a unos 150 militantes (14) en el Estadio de la Cormu, cerca del Matadero Lo Valledor. El plan global contempla cuatro fases: 1) Reunir fuerzas en la zona sur de Santiago, y especialmente en la comuna obrera de San Miguel, con centro en los cordones San Joaquín y Vicuña Mackenna; 2) Consolidar una "zona liberada"; 3) Marchar hacia el centro, a apoyar la defensa de La Moneda; y 4) Reunirse con las tropas leales para dar el golpe final a los rebeldes.

Se coordinarán con los partidos de la UP y el MIR, mediante una reunión en la industria metalúrgica Indumet, en San Joaquín. Y ahora el jefe del Aparato Militar, Arnoldo Camú, ordena iniciar la marcha hacia ese lugar. Alrededor de 100 militantes parten en una caravana de autos, camionetas y camiones. Otro grupo se queda para esperar a la directiva del PS.

En Indumet aguardan 86 obreros, la mayoría con instrucción básica de tiro, un grado de preparación que de ningún modo puede considerarse militar, aunque ése sería su propósito final si dispusieran del tiempo suficiente. Llevan varias semanas funcionando con turnos nocturnos de vigilancia.

Ahora, cuando ya se sabe de la insurrección militar, el interventor Sócrates Ponce, un abogado y economista de origen ecuatoriano, los congrega en el patio y les explica que la industria constituirá un centro de decisión en la defensa del gobierno; dado que eso supone resistir ataques armados, ofrece a quienes quieran irse que lo hagan de inmediato. Pero nadie se mueve.

La elección de Indumet para una reunión de alto nivel es polémica. Su acceso principal está por la pequeña calle Rivas, que facilita la vigilancia y entorpece el avance de fuerzas hostiles; pero también es sencillo cercarla. Dispone de un gran estacionamiento subterráneo, que puede usarse como bodega y polvorín, y colinda con la industria de plásticos Plansa, que ofrece una salida a San Joaquín; pero esta avenida será obviamente peligrosa en caso de conflicto.

En todo caso, los planes suponen que sería fácil de defender con cualquier número cercano al centenar de hombres. Según han explicado los instructores a los obreros, si los dispositivos de los cordones funcionan, y todas las industrias son ocupadas a tiempo, cada una podría ser atacada por una o dos compañías: 110 ó 220 hombres. Para contener una agresión de esa escala, 86 defensores bastan y sobran.

Cerca de las 10 comienzan a llegar provisiones. La disposición logística supone alimentos para unas 400 personas durante una semana; es el máximo previsto para un enfrentamiento en el que los obreros contendrían a fuerzas adversarias, antes de pasar a la ofensiva junto a las tropas leales.

¡Una semana de lucha! Una semana entera... que sería, sin duda, la más sangrienta de la historia de Chile.

09.50 horas, La Moneda

Bajo la dirección de "Coco" Paredes, los jefes del GAP comienzan a refinar un plan para sacar a Allende. Cuatro hombres de la escolta rodearán al Presidente disparando sus armas largas: Juan Osses por la izquierda, Osvaldo Ramos por la derecha, y dos jefes, Jaime Sotelo y Juan José Montiglio, por detrás. De carrera entrarán al edificio del Ministerio de Obras Públicas, cuya puerta está a unos 20 metros de la de Morandé 80.

El grupo apostado en Obras Públicas recibe por radio la misión de apoyar la maniobra. Los tiradores contendrán a las tropas desde las ventanas de los pisos medios, mientras que Daniel Gutiérrez se moverá con un RPG-7, para frenar a algún blindado si es necesario.

Por el interior de Obras Públicas cruzarán hacia el Banco del Estado y desde allí saldrán a la calle Bandera, donde Julio Soto -uno de los tiradores- conducirá el auto que sacará a Allende del perímetro central (15) .

El plan concluye con el Presidente refugiado en Indumet, donde lo acompañaría una fuerza de unos 400 hombres; en caso de que esa industria no estuviese preparada, tendría como alternativas Sumar y Madeco. Es consistente con la idea del aparato militar socialista de crear una "zona liberada", pero difícilmente se la puede homologar con el proyecto de bunker que desarrolló la Comisión de Defensa del PS en 1972. Parece, más bien, una solución improvisada en el filo de la crisis.

Cuando la maniobra ya está diseñada, un escolta que se asoma por Morandé advierte que la puerta de

OO.PP. está cerrada con cadenas y dos gruesos candados. Los jefes estiman que sería fácil romper esos obstáculos; pero los segundos que tardaría podrían ser fatales en un espacio tan cerrado, verdadero pasadizo para las balas.

Allende desestima la operación. Todo seguirá como lo ha previsto (16) .

Y con la misma lógica desecha la proposición que formula, casi al mismo tiempo y a través de su hija Beatriz (quien atiende el teléfono), el líder del MIR, Miguel Enríquez: un plan para salir del Palacio en un grupo de autos artillados y pasar a la clandestinidad (17) .

A esa hora, Enríquez ha concluido la primera reunión con los nueve miembros de la comisión política del MIR en una casa de Gran Avenida. Aunque han constatado el estado de desorganización, creen que su fuerza de elite, "La Tropita", podría ser reunida en poco tiempo para una acción sorpresiva en el centro, con la audacia característica del secretario general y la buena suerte de su segundo, Andrés Pascal Allende. Una apreciación que el Presidente no llega siquiera a considerar:

-Dile a Miguel -responde- que ahora es su turno.

09.50 horas, La Moneda

Después de más de una hora de espera, cuando faltan minutos para las 10, Allende recibe por fin al enviado de la Comisión Política del PS, Hernán del Canto, que ha llegado con el jefe de contrainteligencia del PS, Ricardo Pincheira. La conversación es tensa y breve, porque el Palacio ya es un hervidero de aprestos. Los hombres del GAP y de Investigaciones están tomando posiciones en las ventanas de los dos pisos del Palacio.

Del Canto trae un encargo con tres puntos: el PS quiere conocer la opinión del Presidente sobre la situación militar; expresarle su disposición a luchar en su defensa; y pedirle que acepte dejar La Moneda para resistir desde un lugar más protegido.

Allende responde con escasa parsimonia. Por lo que entiende, el golpe militar ya es irreversible; no hay ni un solo regimiento leal al gobierno. Por lo que respecta a la propuesta socialista:

-No voy a salir de La Moneda. Voy a defender mi condición de Presidente, así que ustedes no deben ni siquiera plantearme esa posibilidad. Sé lo que debo hacer. Al partido hace tiempo que no le importa mi opinión. ¿Por qué me la vienen a pedir ahora? Dígales a los compañeros que ellos deben saber lo que tienen que hacer.

Del Canto sale apesadumbrado del despacho presidencial. Piensa que la actitud y el discurso de Allende son desmovilizadores y conducen a una derrota inevitable. Cuando se encamina a la salida, Pincheira le dice que prefiere quedarse, que acompañará a Allende. Del Canto enfurece: los van a matar a todos, vocifera, y será inútil. Un hombre del GAP trata de aplacarlo y lo conduce hacia la puerta de Morandé 80. Un auto dispuesto por "Coco" Paredes lo saca del cordón policial y otro lo lleva a la Cormu, donde informa a la Comisión Política del PS. Esta decide que es hora de abandonar el centro. Carlos Lazo, que ha recibido un llamado desde la Escuela de Suboficiales de Carabineros, parte hacia allá, con la esperanza de hallar fuerzas leales; será un viaje inútil. Otros dirigentes se reparten los cordones; tampoco tendrán éxito. La directiva -Altamirano, Sepúlveda y Del Canto- decide irse al Estadio de la Cormu, donde inicia un nuevo análisis de la situación.

Altamirano se ha mostrado impaciente en todas estas horas: le parece que cada minuto que pasa consolida la asonada militar. Del Canto ha presenciado en La Moneda la velocidad de vértigo con que desarrolla la escalada del golpe. En el camino han visto patrullas, blindados, helicópteros, aviones, artillería. No es una simple revuelta: es un golpe en gran escala.

Combatir en estas condiciones, y especialmente con un puñado de hombres -como es el del Aparato Militar-, no tiene sentido. Sería un gesto de heroísmo vacío, sin dirección ni eficacia. Además, buena parte de la situación se definirá en La Moneda, dado que el Presidente no ha aceptado salir. Los dirigentes concuerdan en que lo razonable es replegarse, reorganizar el partido y dar la pelea con nueva fuerza.

Del Canto recibe el encargo de llevar esta instrucción a Camú y su gente, en Indumet. Altamirano y Sepúlveda enfilan hacia su casa de seguridad, el hogar del militante José Pedro Astaburuaga, en el sector de El Llano (18) . Por sí misma, esta decisión muestra con elocuencia la sensación de fracaso prematuro que envuelve a los jefes socialistas.

Quien dijo que la derrota es sólo huérfana, no vio estos momentos.

10.00 horas, Centro de Santiago

¿Cuándo comienzan los disparos en torno a La Moneda? ¿Quién los inicia?

Los testimonios de radio y televisión capturan los primeros balazos a las 9.50, a una o dos cuadras de La Moneda. Son las escaramuzas iniciales de francotiradores contra las tropas que ingresan al centro. La bitácora del capitán (R) Crispulo Escalona registra a las 10 los primeros tiros contra el Ministerio de Defensa.

A las 9.55, los tanques del general Palacios comienzan a ingresar al perímetro de La Moneda, con tres máquinas que se mueven en su entorno inmediato. Desde el sur inician su aproximación otros blindados. Ese movimiento suscita la reacción de los miembros del GAP apostados en Obras Públicas. Sus disparos detienen también la marcha del coronel Canessa, que ha girado por Nataniel: debe refugiarse en las puertas del Teatro Continental y ordenar el cuerpo a tierra a sus hombres.

Por el lado norte de La Moneda, las tropas de la Escuela de Infantería, el Blindados y el Tacna enfrentan balazos desde un piso alto del Ministerio de Hacienda, uno del diario La Nación y otros del Banco Central y el edificio del Seguro Obrero.

No alcanzan a completar el cerco previsto en los planes de defensa del gobierno: numerosos tiradores no llegan a sus puestos. Varios flancos quedan abiertos.

La reacción de los soldados es masiva y generaliza el tiroteo en el centro. La precisión no es una característica: 79 habitaciones del Hotel Carrera -donde no hay francotiradores- son alcanzadas por balas y la 1121, ocupada por el gerente del hotel, recibe más de 290 impactos (19) . Dos pisos más arriba, los oficiales creen ver enemigos donde están los periodistas de Televisión Nacional.

Con todo, nadie dispara contra La Moneda todavía. Cuando el general Urrutia se lo hace notar al Presidente, pidiéndole que el GAP no dispare contra los soldados para no precipitar el fuego, éste le halla razón.

Pero sabe que es cosa de tiempo.

10.15 horas, La Moneda

Al término de su encuentro con Del Canto, Allende lo relata a un grupo de sus seguidores. De la gravedad inicial transita rápidamente hacia lo anecdótico. Los contertulios ríen.

Y se ponen bruscamente serios cuando aparece, acelerado, Augusto "Perro" Olivares, para decirle que radio Magallanes está lista para difundir su mensaje.

¿Otro mensaje? El director Boris Ravest interrumpe al periodista Leonardo Cáceres, que lleva rato explicando -sin conocerla- la estrategia del gobierno, con grandes consignas y mejores frases (20) . Lo urgen a parar, porque la radio puede ser silenciada en cualquier momento. (Y así será en 45 minutos, cuando una patrulla militar ubique la antena en Colina, ingrese a la caseta de transmisión, arreste a los tres periodistas (21) enviados por Cáceres y ametralle los equipos).

Los funcionarios se aproximan lenta y calladamente al despacho presidencial. Allende toma el micrófono con solemnidad. Cavila unos segundos, de pie (22) .

-Seguramente esta será la última oportunidad en que pueda dirigirme a ustedes -comienza. Y desenvuelve el "castigo moral" de sus palabras contra los jefes de la asonada, para luego anunciar que "pagaré con mi vida la lealtad del pueblo". Agradece a aquellos "que serán perseguidos" y anticipa que, aunque su voz sea acallada, "me seguirán oyendo, siempre estaré junto a ustedes".

-El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse -agrega. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse.

Y hacia el final despliega la oratoria de brillo lírico que le dio fama en el Senado:

-Trabajadores de mi patria: tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!

El discurso eriza a los presentes. ¿Es una improvisación? ¿Fue ensayada en solitario, muchas veces antes del momento crucial? ¿Estuvo siempre en el repertorio imaginario del doctor, el senador, el candidato, el Presidente? ¿O es la súbita inspiración de un hombre que se encuentra de sopetón cerca de la muerte, con un enorme peso histórico sobre sus hombros?

Como texto, es más lírico que político, más retórico que práctico: su combinación de análisis social e invocación poética mira hacia el futuro. Supone la derrota, y entrevé cierta gloria en esa derrota, a condición de que no haya sangre inútil; intuye que ella mancharía su propia memoria para siempre.

10.25 horas, La Moneda

Cuando encuentra al general Sepúlveda, lo deja en libertad de acción para retirarse; Sepúlveda anuncia

que se quedará. Los generales Alvarez y Salinas han cruzado a la Intendencia, con el argumento de indagar qué ocurre con la Prefectura de Santiago.

Luego el Presidente convoca al capitán Muñoz, y le dice que sus hombres pueden retirarse; sólo deben dejar sus armas (23). El capitán le entrega su propio fusil y su casco. Con él circulará Allende el resto de la mañana.

Lo que Muñoz ignora es que la guardia, integrada por 48 hombres y dos oficiales, también ha sido neutralizada por el eficiente general Yovane, que ha enviado a dos oficiales de la Escuela de Carabineros, el capitán Mario Mardones y el teniente Félix Arangua, a avisar al teniente Jaime Ferreto, encargado de la guardia, que deben salir del Palacio en cuanto puedan. Sin que Muñoz lo sepa, parte de la guardia ya se ha ido, seguida del personal de servicio (de dotación de la Armada), por la puerta que da a Teatinos.

Muñoz y los carabineros que quedan se reúnen cerca de la puerta principal del Palacio, consiguen un paño blanco y salen, agachados y a la carrera, cruzando la Plaza de la Constitución, para buscar refugio en un garage subterráneo de Carabineros. Un policía que queda rezagado cerca de la puerta de Morandé huye con angustia cuando el doctor José Quiroga, cardiólogo presidencial, le informa que sus compañeros se han ido (24).

Ignorante de estas decisiones, el general Urrutia se encuentra bruscamente solo con su ayudante, el capitán Espinoza. Entonces le dice al Presidente que irá a buscar refuerzos a la Intendencia, si es que los hay. Allende lo autoriza. ¿Supone que no regresará?

En efecto, el panorama en la Intendencia desalienta a Urrutia en forma definitiva: los carabineros obedecen a Mendoza, la situación de Parada es ambigua, Yáñez y Salinas se desentienden y el intendente Julio Stuardo está lidiando con los oficiales en el subterráneo en torno a una cuestión kafkiana: si el detenido es él, o los carabineros que lo encañonan. El argumento de Stuardo es pesadillesco: si el golpe falla, los policías que ahora lo increpan están sellando su destino.

Urrutia, que constata que los balazos ya entran por las ventanas, propone a los tres generales esperar el desenlace en un lugar menos peligroso.

Al frente, el Presidente convoca en seguida al inspector Seoane, también para liberarlo.

-Yo no me voy, Presidente -responde Seoane-. Estar aquí es cumplir con mi deber.

-Sabía que me iba a decir eso, inspector. Los viejos robles siempre mueren de pie.

Seoane reúne a los 16 detectives que permanecen en el Palacio (sólo uno se ha ido subrepticamente poco antes) y transmite las palabras de Allende.

-¿Y usted, qué va a hacer, inspector? -pregunta uno.

-Esa es una decisión personal -responde Seoane.

Los detectives se miran entre sí y confirman: no se irán. Defenderán el Palacio (25).

Los senadores Hugo Miranda y Orlando Cantuarias deciden que no tienen nada que hacer en el giro militar que han adoptado los acontecimientos. Cuando van a salir se les une el ministro del Interior, Carlos Briones, pero luego de un brevisimo intercambio de opiniones, el ministro comprende que no puede dejar su puesto.

Los senadores van a la sede del Partido Radical, donde sólo hallarán a funcionarios quemando documentos.

En alguno de esos confusos momentos, el Presidente vuelve a recibir un llamado de otro intermediario.

Algunos rumorean que de nuevo es el ministerio de Defensa, que no se atreve a lanzar un ataque a fondo; otros, que es un diplomático que le ofrece su embajada.

El hecho es que Allende progresa de la calma a la irritación:

-¡Que hagan lo que quieran!- exclama -Si quieren me asesinan. ¡Pero no me voy a rendir!

Y golpea el auricular sobre el aparato. Cuando advierte que el GAP Juan Osses y el inspector Juan Seoane lo miran con perplejidad, dice:

- ¿Cómo estuve?- y sonríe-. ¡Ese es su presidente, muchachos!

¿Qué siente Allende en estas horas que ya entiende definitivas? Los testimonios concuerdan en que mantiene la serenidad durante toda la jornada, con apenas un par de exabruptos.

Tampoco expresa desesperación ni ansiedad. No es la imagen de un revolucionario cayendo en un remoto paraje guerrillero; es la de un burgués, en el mejor palacio de la ciudad, enfundado en un sentido del honor decimonónico, que se mira en la posteridad aun antes de que el fuego alcance sus sillones.

Los discursos de esta mañana lo muestran consciente y lúcido -incluso demasiado- respecto de lo que le espera. Ha hecho bromas sardónicas desde que llegó a La Moneda, como si supiera más sobre el futuro que todos los que lo rodean.

Esta mañana es para Allende una ocasión ya entrevista, un déjà vu trágico.

10.30 horas, Centro de Santiago

Un tanque situado en Morandé, entre Moneda y Agustinas, recibe la orden de abrir fuego contra La Moneda. El tanquista decide usar la ametralladora para batir primero las ventanas del primer piso, casi a modo de aviso. Los otros blindados inician los disparos en seguida, y también los soldados y los carabineros.

El ataque al poder presidencial ha comenzado. Es fuego sagrado: traduce en plomo la insubordinación que hasta ahora sólo ha sido verbal. Con sólo incrustarse en un muro exterior, la primera bala inicia un camino irreversible; quien la dispara y quien lo ordena no pueden detenerse hasta que hayan derrotado a la jefatura del Estado. A fin de cuentas, no hay vuelta atrás cuando se llega al corazón de la República. En Peñalolén, las radios funcionan a toda marcha. Una decena de operadores y telefonistas se distribuyen las comunicaciones con las unidades de todo el país. También con los agentes que entregan informaciones desde el otro lado de las filas. El general Pinochet llama al Ministerio de Defensa:

-Augusto habla a Patricio, Augusto habla a Patricio. Lo siguiente: me acaban de informar que piensa atacar con brigadas socialistas el Ministerio de Defensa el señor Presidente. Hay que estar listo para atacar. Ya di las comunicaciones. Ahora hay que alertar a la gente y tener a todo el mundo con las armas automáticas en las ventanas y, en seguida, atacar también a los francotiradores que están en los edificios de enfrente.

La información indica con claridad que las fuerzas de izquierda están infiltradas. La idea ha sido discutida pocos minutos antes entre la Fuerza GEO del PS, que ha llegado a Indumet. Y tiene lógica, aunque no precisión: los socialistas creen que si se asalta la sede principal de la asonada, el golpe abortará en poco rato; lo que ignoran es que los máximos jefes militares no están allí.

-Sí, se está haciendo -responde Carvajal-. Ya se tomaron medidas.

-Otra cosa -agrega Pinochet-: la radio que está transmitiendo, las radios tienen que transmitir nuestro programa y tienen que transmitir en cadena lo que estamos lanzando al aire, que no estamos atacando al pueblo, estamos atacando a los marxistas que tenían dominado al pueblo y lo tenían hambreado.

-Correcto, sí. Se está enviando esa información que tú enviaste. Ya se entregó a la radio, ya.

-¿Están atacando los tanques? -inquieta Pinochet, impaciente-. ¿Está la Escuela de Infantería? ¿Llegó o no? ¿Llegó la Escuela de Infantería?

-La Escuela de Suboficiales, con el comandante Canessa, la artillería del Tacna, más los Blindados. Los carabineros se retiraron de La Moneda. Los vimos salir de La Moneda.

-¿Mendoza controla los carabineros? -se cerciora Pinochet, ignorando su pregunta sobre la Escuela de Infantería, que en efecto está retrasada.

-Correcto. Mendoza controla los carabineros. Me dijo que la Dirección General de Carabineros, el edificio, lo tienen neutralizado y lo van a dejar para el último. No ha habido ninguna reacción, no han disparado nada desde el edificio.

-Conforme. Otra cosa, Patricio. A las 11 en punto de la mañana hay que atacar La Moneda, porque este gallo no se va a entregar.

-Se está atacando ya. Se está rodeando y atacando con... a ver... con bastante ímpetu. Así que yo creo que pronto van a poder tomarla.

-Conforme. En seguida se sale al avión, viejo, y se despacha al tiro.

10.45 horas, La Moneda

Terminada la ronda con Carabineros e Investigaciones, Allende pide que todos los demás concurren al Salón Toesca. Un pesado silencio se extiende en el lugar.

-Compañeras y compañeros -empieza Allende-: el golpe militar está en marcha. Han logrado los sectores reaccionarios y el imperialismo unir en contra del gobierno a las FF. AA. y Carabineros, con la complicidad de generales que hasta hace pocas horas atrás nos manifestaban lealtad. No tenemos fuerzas militares organizadas que estén con nosotros...

Reitera que no dejará su cargo y agradece la lealtad de los presentes. Exige a quienes tengan hijos o proyectos por desarrollar que se vayan antes del bombardeo. Y ordena, en forma perentoria, que las mujeres salgan del palacio; para ellas pedirá una tregua a los militares (y al salir se enfrentará a sus propias hijas, Isabel y especialmente Beatriz, que no quieren retirarse). Los que no tengan armas o no sepan usarlas, concluye, deben irse para relatar lo que ha ocurrido en este día.

Los presentes cantan el Himno Nacional y gritan vivas a Allende. Luego saludan -o se despiden- uno a

uno del Presidente. Éste baja al Patio de Invierno y repite su alocución ante el personal que no estuvo en el Salón Toesca. Allí ordena a Joan Garcés que se vaya y dé testimonio sobre estos momentos. Garcés sale por Morandé durante una breve tregua, seguido por el locutor René Largo Farías, el fotógrafo "Chico" Lagos y el dirigente juvenil Francisco Díaz.

Siguiendo el criterio de Allende, el doctor Patricio Arroyo dice a sus colegas del equipo médico, los cirujanos Patricio Guijón y Víctor Hugo Oñate, el cardiólogo José Quiroga y el anestesista Alejandro Cuevas, que ya han cumplido su deber y pueden irse.

-Yo me quedo -dice Guijón-. Si alguna vez puedo demostrar que soy un hombre, es ésta.

Entre tanto, Allende llama al general Baeza. Osvaldo Puccio hijo oye un intercambio que le parece surrealista en el ambiente que azota a La Moneda:

-Cómo le va, general, gusto de saludarlo.

-Buenos días, señor Allende.

-¿Cómo ha estado de su operación?

-Sí, señor, bien, gracias. Aquí estamos.

-¿Y sus hijas, su señora?

-Bien, muy bien, señor.

-General, lo llamo porque aquí hay un grupo de compañeras que va a salir de La Moneda. Y aunque ustedes se han comportado como unos traidores, espero que tendrán la decencia de no hacerles nada y de proporcionarles algún jeep que las pueda sacar de aquí.

-Creo que podemos...

-Gracias, general. Cuide de que no las maten los fascistas, por favor.

-¿Dé qué fascistas me habla?

-Sé que usted es un soldado y no un fascista, general.

La postergación indigna al vehemente general Leigh:

-¡Déjense, déjense de labores dilatorias y de mujeres y de jeeps! ¡Yo voy a atacar de inmediato! ¡Cambio y terminado!

Pero no lo hace. Los aviones no aparecen.

No hay tregua, pero no hay ataque. ¿Qué está ocurriendo?

En La Moneda, Allende insiste en que la Fach "no se atreverá" a atacar el Palacio desde el aire. Sería una barbaridad. Una masacre, quizás.

El grupo de seis mujeres -Beatriz e Isabel Allende, las periodistas Verónica Ahumada, Cecilia Tormo y Frida Modak, y la cubana Nancy Jullien, esposa del presidente del Banco Central, Jaime Barrios- se acercan a las puertas de Morandé 80. Jullien entrega una pistola Walter, y Beatriz, un revólver Colt Cobra. Luego el Presidente las empuja desde la puerta, para que corran hacia Moneda.

Ningún vehículo las espera. De improviso se hallan desarmadas en la balacera. El periodista Jorge Argomedo, del diario demócratacristiano La Prensa, las llama hacia su edificio y les ofrece refugio en el subterráneo. Allí ven por primera vez a gente que celebra el golpe (26) .

11.15 horas, Academia de Guerra Aérea, Las Condes

Lo que ocurre en la Fach es que los Hawker Hunter están retrasados. Ante las postergaciones que se les han pedido, han tenido que extender sus vuelos, y ahora están con problemas de combustible. Para recargar, se han desviado a la base de Los Cerrillos, y los oficiales tratan de explicarle a un severo general Leigh que los problemas serán superados con la mayor diligencia.

Hasta tratan de atenuar la ira del jefe con un dato incorrecto: 15 minutos más. En realidad, serán 40. A Leigh le cuesta distinguir si siente más enojo por el retardo de sus hombres o por tener que admitirlo ante Pinochet.

Y no le falta razón. Pinochet disimula mal su molestia por esta falta de aplicación de la Fach. Si el general Leigh ha estado protestando por las treguas solicitadas para las mujeres y los parlamentarios, ¿cómo es posible que ahora interrumpa las operaciones? Los comandantes en jefe han fijado una hora para el ataque; es un síntoma peligroso que no la cumplan.

Por tanto, ordena a Brady que las tropas de tierra descarguen su máximo poder de fuego sobre el Palacio, empleando los blindados, la artillería y los cohetes.

La fachada norte se estremece ante la lluvia de proyectiles de grueso calibre. Más de 50 obuses la golpean en los siguientes 30 minutos.

En el balcón del gabinete del Presidente, en el segundo piso, el miembro del GAP Antonio Aguirre se tiende tras una ametralladora .30 y comienza a disparar contra el tanque y los soldados situados en

Teatinos. Los militares ubican visualmente la posición de la ametralladora y concentran el fuego sobre esa ventana. Unos minutos después, Aguirre recibe varios impactos. La ametralladora deja de funcionar. (Aguirre será uno de los dos heridos que sacarán del Palacio al término de la batalla).

El detective Quintín Romero, que presencia la escena, siente sonar el teléfono. Es un ruido extemporáneo en el vendaval de balas que se incrustan en el despacho. Arrastra el auricular y atiende. Es Hortensia Bussi, que quiere saber de su marido y avisarle que se prepara para salir de la casa de Tomás Moro. Romero le dice que el Presidente está bien.

-Cuídenmelo mucho -dice ella.

11.30 horas, La Moneda

El ex ministro del Interior y de Defensa José Tohá, que hasta hace días se preciaba de su amistad con Pinochet y su esposa, llama al edecán Badiola y le pide que transmita a sus superiores la necesidad de suspender el bombardeo aéreo mientras él y otros altos funcionarios tratan de convencer al Presidente de que deponga las armas. El almirante Carvajal traslada la propuesta a Pinochet:

-El comandante Badiola está en contacto con La Moneda -explica-. Le va a transmitir este último ofrecimiento de rendición. Me acaban de informar que habría intención de parlamentar.

-No, tiene que ir a La Moneda él -dice Pinochet, tomado por sorpresa-, con una pequeña cantidad de gente...

-...se retiraron, pero ahí...

-...al Ministerio, al Ministerio... -corrige Pinochet.

-...que estaba ofreciendo parlamentar -dice Carvajal, entrecortadamente.

-Rendición incondicional -precisa Pinochet-: ¡Nada de parlamentar! ¡Rendición incondicional!

-Bien, conforme. Rendición incondicional, y se lo toma preso, ofreciéndole nada más que respetarle la vida, digamos.

-La vida y su integridad física, y en seguida se le va a despachar para otra parte.

-Conforme. Ya... o sea que se mantiene el ofrecimiento de sacarlo del país.

-Se mantiene el ofrecimiento de sacarlo del país -corroboraba Pinochet-. Pero el avión se cae, viejo, cuando vaya volando.

-Conforme, conforme -replica Carvajal, sin contener la risa-. Vamos a proponer que prospere el parlamento.

Los diez minutos siguientes permanecerán, 30 años más tarde, en una confusa amalgama que envuelve a José Tohá, al ministro Fernando Flores, al almirante Carvajal y a los generales Baeza y Díaz Estrada en caóticos y urgentes llamados telefónicos.

Los ministros y el subsecretario se reúnen con el Presidente. Su intención es convencerlo de que pacte un cese al fuego. Pero Allende no cede. Agradece los buenos deseos, aunque estima que no lo comprenden. No hay más que hablar.

Sin embargo, los altos funcionarios prosiguen los esfuerzos por su cuenta.

Tohá insiste en pedir una postergación del bombardeo. Según algunas versiones, Carvajal llega a proponerle que ellos apresen al Presidente y lo obliguen a rendirse (27). En paralelo, Flores llama al general Díaz Estrada para plantear una negociación. Al fin, los ministros concuerdan en que el general Sepúlveda pacte la rendición.

El hecho seguro es que poco después, Carvajal le anuncia a Pinochet que Sepúlveda está en camino al Ministerio de Defensa. Desde el edificio Norambuena, el general Yovane ordena que tres tanquetas recojan a Sepúlveda en Morandé 80. El cerebro de la insubordinación policial protege al jefe que ha depuesto; tal como antes ha hecho con el general Urrutia, al que le ha pedido salir de La Moneda porque sería bombardeada, ahora cautela la integridad física de su derrotado superior.

Y mientras las balas silban a su alrededor, el general de Carabineros aborda uno de los blindados policiales, que parte a toda velocidad hacia Alameda. Con mala suerte: en la esquina de calle Manuel Rodríguez se enfrenta a un tanque y un destacamento del Ejército que casi lo atacan. Tras consultar al general Arellano, los militares dejan pasar a los vehículos, que llevarán a Sepúlveda no hasta el Ministerio de Defensa, sino al Club de Oficiales de Carabineros, a unas siete cuadras del Palacio presidencial. Arellano increpará más tarde a Yovane por esta peligrosa descoordinación (28).

Pero el bombardeo ya no será detenido. Los que permanecen en La Moneda buscan refugios. Puccio, que vivió en Alemania durante el nazismo, aplica su experiencia; se instala con su hijo en una caseta del primer piso, cerca de Morandé, calculando que las bombas caerán por el norte o el sur, no por los costados. A un lado de la caseta se encucilla un GAP. Al frente permanece de pie, estoico como un

árbol, el subsecretario Vergara.

Allende, el GAP, los detectives, "Coco" Paredes, Jaime Barrios, Arsenio Poupin y el periodista Augusto Olivares se agolpan en un pasillo que conduce a las cocinas, sentados en el suelo. Barrios explica que hay que cuidarse de la onda expansiva.

Los médicos bajan al único subterráneo del lugar, un pequeño espacio usado como bodega. Advirtiendo que no hay cabida allí, el canciller Almeyda decide irse a su despacho, situado en el ala sur. Le siguen los hermanos José y Jaime Tohá, el ministro Briones, el fotógrafo jefe de la Oficina de Informaciones Adolfo Silva (que se ha pasado la mañana pidiendo, infructuosamente, una metralleta) y el ex ministro Aníbal Palma, que también ha sido subsecretario de Relaciones Exteriores. Este recuerda el archivo blindado del Ministerio.

Palma guía al grupo por los pasillos, hasta que encuentra a Ernesto Espinoza, jefe de personal de la Cancillería, que los lleva a los subterráneos. Todos están cerrados, salvo uno: el de las calderas. Es el lugar más explosivo de La Moneda, pero está bajo tierra. Tiene un teléfono que funciona. Y ya no hay más tiempo.

Arriba, muy arriba, a mil metros, dos Hawker Hunter hacen su paso de estabilización de norte a sur sobre La Moneda, rompiendo la barrera del sonido -la detonación hace pensar a muchos que se ha iniciado el bombardeo-, giran a la izquierda y retroceden tres kilómetros hacia el norte.

Ya están en el eje de ataque.

Citas

1.- Según diversas fuentes, el plan contemplaba bombardear el puente de Lota si es que se enfrentaba resistencia organizada, de manera de aislarla de Concepción. CONSTABLE, PAMELA; y VALENZUELA; ARTURO: A nation of enemies. Chile under Pinochet. New York: W.W. Norton & Company, 1991, p. 18-19.

2.- PINOCHET, AUGUSTO: El día decisivo. Santiago: Andrés Bello, 1979, p. 128-129.

3.- VERDUGO, PATRICIA: Los zarpazos del puma. Santiago: Cesoc, 1989 (actualizada), pp. 50-53.

4.- El número es discutible; llegan a once si se consideran los de Barrancas (hoy Pudahuel), San Bernardo y el Centro. Los restantes: Panamericana Norte (o Renca), Conchalí, Mapocho-Cordillera, Estación Central, Cerrillos, San Joaquín, Vicuña Mackenna y Macul-Nuñoa Centro.

5.- MARRAS, SERGIO: Palabra de soldado. Santiago: Ornitorrinco, 1989, pp. 17-24.

6.- LWHELAN, JAMES R.: Desde las cenizas. Vida, muerte y transfiguración de la democracia en Chile, 1833-1988. Santiago: Zig Zag, 1993, p. 459.

7.- "INFORME ESPECIAL": Cuando Chile cambió de golpe. Santiago: Televisión Nacional, 20 de agosto de 2003.

8.- LÓPEZ TOBAR, MARIO: El 11 en la mira de un Hawker Hunter. Las operaciones y blancos aéreos de septiembre de 1973. Santiago: Sudamericana, 1999, pp. 118-119.

9.- Whelan dice que este llamado lo recibió el edecán naval a través de su "teléfono verde", sobre la base de la versión que le entregó el propio Grez. Otros testimonios concuerdan en que el detective Romero tomó el auricular. WHELAN, JAMES R.: Desde las cenizas. Vida, muerte y transfiguración de la democracia en Chile, 1833-1988. Santiago: Zig Zag, 1993, p. 459.

10.- PAREDES, RAYMUNDO: Cuántas veces se puede matar a un hombre. Santiago: Ediciones B, 2002, pp. 55-56.

11.- HENRÍQUEZ, PATRICIO: 11 de septiembre de 1973. La última batalla de Salvador Allende.

Montreal: Foca, 1998. Video VHS.

12.- VERDUGO, PATRICIA: Interferencia secreta. 11 de septiembre de 1973. Santiago: Sudamericana, 1998, p. 74-76.

13.- GONZÁLEZ, MONICA; y VERDUGO, PATRICIA: Chile entre el dolor... y la esperanza. Santiago: Alerce, 1999, edición en CD.

14.- Estimaciones de entrevistados que participaron en estos hechos llegan hasta 600 hombres, un número que parece abultado a la luz de las acciones posteriores.

15.- QUIROGA, PATRICIO: Compañeros. El GAP: la escolta de Allende. Santiago: Aguilar, 2001, pp 180-181.

16.- El hijo de "Coco" Paredes habla de "cuatro planes de evacuación" (aunque no los detalla) y sostiene que su padre sabía que sería casi imposible convencer a Allende de dejar el palacio. PAREDES, RAYMUNDO: Cuántas veces se puede matar a un hombre. Santiago: Ediciones B, 2002, p. 45. Quiroga sugiere que el Presidente lo descartó tras saber lo de los candados. QUIROGA, PATRICIO: Compañeros. El GAP: la escolta de Allende. Santiago: Aguilar, 2001, 181. Otro hombre cercano a Allende, el doctor Bartulín, ha dicho que no llegó a considerarlo. MARTINEZ, ANTONIO: 1973: el último hombre de La Moneda. Santiago: Diario La Época, 1º de abril de 1990.

17.- CASTILLO, CARMEN: Un día de octubre en Santiago. Santiago: LOM, 1999, p. 25. (Edición chilena de Un jour d'octobre à Santiago. París: Éditions Stock, 1980).

18.- POLITZER, PATRICIA: Altamirano. Buenos Aires: Ediciones B-Melquíades, 1989, pp. 47-49.

19.- WHELAN, JAMES R.: Desde las cenizas. Vida, muerte y transfiguración de la democracia en Chile, 1833-1988. Santiago: Zig Zag, 1993, p. 465. Este texto también consigna que en el hotel había 378 huéspedes, incluyendo a 37 periodistas extranjeros.

20.- Parte de esos textos se hallan en: GONZÁLEZ, IGNACIO: El día en que murió Allende. Santiago: Cesoc, 1990 (ampliada), pp. 206-207.

21.- Ramiro Sepúlveda, Nelson Henríquez y Carmen Torres.

22.- El doctor Soto dice que "lee", en contra de las numerosas versiones que hablan de improvisación. SOTO, OSCAR: El último día de Salvador Allende. Santiago: Aguilar, 1998, p. 75-77.

23.- VIO, VICTOR: Siempre leal al Presidente Allende. Santiago: Revista Cauce, 31 de agosto de 1987. En esta entrevista, el capitán Muñoz sitúa la salida de la guardia a las 14, aunque toda la evidencia documental señala que se produjo poco después de las 10.30.

24.- SOTO, OSCAR: El último día de Salvador Allende. Santiago: Aguilar, 1998, p. 80.

25.- SEOANE, JUAN: Testimonio, documento inédito.

26.- CHAVKIN, SAMUEL: Storm over Chile. Westport: Lawrence Hill & Co., 1982, pp. 29-30. El autor se basa en un relato de Frida Modak.

27.- WHELAN, JAMES R.: Desde las cenizas. Vida, muerte y transfiguración de la democracia en Chile, 1833-1988. Santiago: Zig Zag, 1993, p. 461.

28.- GONZÁLEZ, MÓNICA: La conjura. Los mil y un días del golpe. Santiago: Ediciones B, 2000, pp. 346-347. Por la ruta que siguieron las tanquetas, parece dudoso que el general Sepúlveda fuese realmente a negociar con los jefes militares. En conversación con Ascanio Cavallo en 1993, el general

César Mendoza dijo que toda la operación tuvo por objeto rescatar a Sepúlveda de una muerte segura en el palacio, y en ningún caso de situarlo como un intermediario en el conflicto.

Los bombardeos sobre La Moneda y la casa presidencial de Tomás Moro
El rostro de la derrota

Tras soportar el intenso bombardeo de La Moneda, el Presidente Salvador Allende parece resignarse a la idea que le plantean sus más estrechos colaboradores: no hay más alternativa que rendirse. Ordena a quienes permanecen en el Palacio que se preparen para desalojarlo, pero en vez de alistarse para salir se aleja de sus hombres, entra al salón Independencia, toma su fusil y se suicida.

Por Ascanio Cavallo y Margarita Serrano

11.52 horas La Moneda, ala nororiental

El detective David Garrido se halla bruscamente suspendido en el aire; los tacos de sus zapatos vuelan en direcciones desconocidas. Osvaldo Puccio hijo se siente levantado por el suelo. El detective Quintín Romero ve aparecer una bola naranja en el cielo raso. En el campo visual del doctor Danilo Bartulín se esfuma el pollo que está echando a una olla, en la cocina del primer piso. El periodista Carlos Jorquera se entrevé rodando de un extremo al otro de un salón. El ex ministro Palma presencia el vuelo de los vidrios de las claraboyas del subterráneo. El doctor Guijón siente un ligero movimiento en el subterráneo, y luego un estruendo.

El primer Hawker Hunter ha lanzado sus cohetes a la altura de la Estación Mapocho y, al romper la barrera sonora, producen una explosión antes de que alcancen el portón principal de La Moneda y las oficinas laterales del primer piso. Un kilómetro más atrás -es decir, seis segundos después-, el segundo avión incrusta los proyectiles en los techos del segundo piso.

Pasados los estallidos, Jorquera se incorpora y ayuda a Marta Silva, secretaria del Ministerio del Interior, que se escondió tras unos cortinajes cuando Allende ordenó salir a las mujeres. Con el fin de persuadirla, la ha llevado al segundo piso, y ahora corre con ella escaleras abajo. Llegan al pasillo donde está Allende, que ve lívido a su acompañante de tantas campañas parlamentarias:

-Nosotros no tenemos miedo, Negro, ¿no? -dice, con humor.

-No, Presidente, no tenemos. Lo que yo tengo es susto. Estoy cagado de susto...(1)

Cinco minutos después regresan los aviones. Vienen con mejor ángulo de tiro, por lo que ahora sus proyectiles irrumpen en el segundo cuerpo del edificio, entre los patios de los Cañones y los Naranjos. Otros cinco minutos, y tercer ataque. Uno de los cohetes rebota en una de las gárgolas del frontis y va a estallar en el segundo piso del ala sur, donde funciona la Cancillería. Unas voraces lenguas de fuego brotan desde el frontis y los techos. La bandera presidencial izada sobre la entrada principal cae en llamas.

En el cuarto ataque, que da de lleno sobre la fachada, una bola de fuego salta sobre la calle e incendia el auto estacionado del GAP Jaime Sotelo. Ya son las 12.08.

Los dos Hawker Hunter hacen una última pasada disparando sus cañones de 30 milímetros. Tras el último vuelo, un extraño silencio se produce en el centro. No hay disparos, no hay ruido de motores (2). Sólo el crepitar de las maderas y los latones, como la lúgubre sordina de la imagen más impensada de la historia de Chile.

Arde La Moneda.

12.15 horas Tomás Moro

Un diezmado grupo del GAP trata de organizar la defensa de la casa presidencial. Quedan unos 15 miembros. Además, ha llegado un oficial del Ejército cubano, asignado al grupo de Liberación Nacional, del Departamento de Operaciones Especiales (DOE) del PC de ese país, que poco antes intentó entrar a su embajada y encontró la calle cerrada. Luego se suma una decena de hombres venidos desde El Cañaveral (3).

Francisco Argandoña ha dispuesto el plan de emergencia; lo acompaña Rafael Ruiz Moscatelli, que un

par de meses antes ha sido llamado al GAP para poner orden ideológico en el confundido ambiente de los guardias, que oyen tanto a la dirección radicalizada del PS como al cauteloso Presidente. Ruiz Moscatelli no es un moderado -lidera la fracción del MR2, grupo escindido del MIR-, pero sabe de disciplina. Y cuando el ex dirigente Jaime Sotelo le ha pedido ayuda, ha venido a imponer una ley de hierro: el jefe es el Presidente. ¿Que es burgués, moderado, reformista? No: es el jefe. Punto.

Los tiradores se distribuyen por el jardín, armados con AK-47. En la pequeña torre del convento de las Monjas Inglesas, que colinda con la parte trasera de la casa, se instala una ametralladora .30, operada por Félix Vargas y servida por Pedro Fierro.

Ambos forman la línea defensiva posterior cuando fuerzas combinadas de la Escuela Militar y de Carabineros se aproximan al sector. Un pequeño convoy de dos buses y un camión de la Escuela Militar ha sido recibido por una cortina de fuego a eso de las 12. Los soldados han tenido que buscar refugio en las calles vecinas. Mientras tanto, la policía ha estado cerrando las calles de acceso, con la advertencia de que habrá un ataque aéreo. Pero ya es claro que no será fácil asaltar la casa.(4)

Ante las apreciaciones de la fuerza instalada en Tomás Moro, el Puesto Uno de Peñalolén pide al Puesto Tres de la Escuela Militar que requiera un "ablandamiento" al Puesto Cinco de la Fach.

Como la capa de nubes está más cerca del suelo en esa zona que en el centro, el general Leigh ordena que la maniobra de ataque de los otros dos Hawker Hunter que integran la bandada venida desde Concepción sea guiada por un helicóptero.

12.25 horas Cielo de Santiago

Los generales Leigh y Martini siguen el resultado de la operación aérea en La Moneda con la intensidad de una catarsis: la tensión acumulada por horas se libera por fin. En la hora anterior, los dos han esperado el ataque paseando por los patios de la Academia de Guerra Aérea, junto al coronel Julio Tapia Falk.

En un momento ha aparecido, agitado, el teniente Mario Avila, con la instrucción de pedirle al comandante en jefe que facilite su helicóptero para sobrevolar a una concentración de pobladores que se ha detectado en la zona de Tabancura. Tras acceder Leigh, el teniente ha planteado un segundo problema: como es de Concepción, no sabe bien dónde se ubica Tabancura. El coronel Tapia se ha ofrecido a acompañarlo.

Tras cumplir su tarea, han volado hacia el poniente, hasta Plaza Italia. Allí, suspendidos sobre uno de los principales ejes viales de la ciudad, han contemplado el ataque de los Hawker Hunter a La Moneda. Un espectáculo alucinante, desde un palco insólito: la luz filtrada de la mañana en las alas de los cazas, las rayas que trazan los cohetes, las bolas de fuego, humo y escombros.

Al regresar hacia la Academia de Guerra, el teniente Avila recibe una nueva instrucción: debe dirigirse a la casa de Tomás Moro y fijar el objetivo para los cazas que la bombardearán en unos minutos.

El helicóptero desciende y en cuanto se aproxima a la residencia es recibido por una cortina de balas. El aparato se aleja a toda velocidad y pide autorización para regresar disparando; hará tres pasadas antes de irse.

12.30 horas Tomás Moro

La defensa del GAP celebra su propia andanada y la presurosa huida del helicóptero. La orden es modificar las posiciones para los ataques siguientes. Desde el poniente aparecen dos Hawker Hunter en su pasada inicial de estabilización. El primero lanza sus cohetes contra una estructura de concreto que al piloto le parece igual a la imagen aerofotogramétrica de la casa presidencial que le han entregado.

Pero se equivoca. Sus cohetes van a dar al hospital de la Fach. Para su fortuna (relativa), impactan en el segundo piso de un bloque en construcción, lo incendian y hieren a 14 personas. No hay muertes. ¡Pero es el propio hospital de la institución!

El segundo Hawker Hunter no comete ese error. Cuando tiene la casa en la mirilla, dispara una primera carga directamente sobre los techos.

El tiempo parece congelarse en el interior. Un cuadro de Guayasamín vuela desde el muro de una galería; en el comedor, otro de Matta se raja de extremo a extremo; dos armaduras medievales se diseminan en trozos por el recibidor; una flor de marfil regalada por Ho Chi Minh se parte en cuatro; y,

bajo una mesa que no se desintegra, Hortensia Bussi aguanta la caída del cielo raso. Sólo por unos minutos. Cuando pasa el primer ataque, el chofer Carlos Tello la saca por una puerta que da al patio de las Monjas Inglesas, donde ha conseguido situar un auto. Se oye el estallido de los cohetes de la segunda pasada del caza. Hará todavía dos más. Los hombres del GAP tratan de dañarlo con ráfagas anticipadas; pero la velocidad del aparato es excesiva. Aun así, una bala alcanza un estanque suplementario.

Mientras, Hortensia Bussi es conducida a la casa del economista Felipe Herrera. Desde allí llamará al embajador de México, Gonzalo Martínez Corbalá, que la dejará en la tarde bajo protección de su legación.

12.30 horas La Moneda

En La Moneda, el grupo de defensores se reordena tras la conmoción del bombardeo. En el ala norte, centro del ataque, permanecen junto a Allende 67 personas: 20 funcionarios y asesores, 15 detectives, 8 médicos y 24 integrantes del GAP. Otras 9 han quedado aisladas en el ala surponiente. El Palacio está bajo fuego, pero desde fuera parece infranqueable; desde dentro, es como si se fuese a desplomar. Es lo que sienten los 76 individuos que se han quedado allí, con más arrojo que lucidez, a pesar de las variadas oportunidades para huir.

En medio del bombardeo, Coco Paredes ha llamado desde el subterráneo del Palacio al director de Investigaciones, Alfredo Joignant. Quiere saber si se ha contactado ya con Arnoldo Camú. Joignant asiente, mientras oye las explosiones. Le impresiona la sangre fría del Coco, que parece más preocupado de la organización del PS que de su propia vida.

Según acuerdo previo, Joignant debía enviar armas al jefe militar socialista en un caso como éste. Y, con la venia del subdirector comunista, Samuel Riquelme, ha despachado al detective Germán Contreras en el auto número 1, con algo más de 100 metralletas Walter, hacia Indumet. Contreras pertenece al grupo que los jefes denominan POM: "Patria o muerte", detectives leales hasta las últimas consecuencias.

Poco después, Joignant ha recibido un llamado de Allende; y le ha informado sobre las armas. El Presidente se ha indignado:

-¡Hay que saber morir como hombre, Alfredo! -le ha espetado, cortando luego el teléfono.

Joignant está seguro de haber cumplido con su deber. Sabe que no hay aparato armado con capacidad para contener un golpe conjunto de las FF. AA.; imagina que el esfuerzo de entregar a su partido equipamiento militar será inútil. Pero cumple un compromiso con la dirección.

Luego, él y Riquelme se irán del cuartel. Los policías no podrían resistir, y ni siquiera están seguros de que les obedecerían en caso de darles esas órdenes.

En vista de que los ocupantes de La Moneda no dan indicios de rendición, el general Baeza propone a los generales Brady y Arellano que se disparen bombas lacrimógenas. En cosa de minutos los soldados comienzan a lanzar las granadas sobre techos y patios; el escozor del gas se agrega a la ya irrespirable amalgama de humo y polvo. Las máscaras antigás no alcanzan; Allende instruye que las usen quienes tengan más dificultades respiratorias; los demás, agáchense o tiéndanse: más cerca del piso se respira mejor.

En el Salón Carrera, que se usa para los consejos de gabinete, el incendio revienta las vitrinas. En una está el Acta de la Independencia, firmada en 1818 por O'Higgins. El funcionario de Interior Daniel Escobar la saca y la lleva a Allende. Este la entrega a Paredes.

El combate desde las ventanas del Palacio se reinicia con fiereza. Allende busca posiciones en distintos puntos del segundo piso y descarga su fusil-ametralladora. Tres miembros del GAP, Daniel Gutiérrez, Juan Osses y Osvaldo Ramos, llegan hasta la oficina de los guardias, en la esquina de Moneda con Morandé, para frenar el avance militar con fusilería y un lanzacohetes. En cuanto se instalan, una ráfaga lanza hacia atrás a Ramos, ferozmente herido. Desde el norte, dos tanques se adelantan por Teatinos, empleando sus cañones.

Por el sur, donde avanza la Escuela de Suboficiales, las baterías del Tacna toman posiciones para bombardear la puerta del Palacio que da hacia Alameda.

Otra columna trata de cruzar desde Lord Cochrane hacia la vereda norte de la Alameda. La encabeza el sargento Ramón Toro, que tiene la reputación de un "supercomando". En la formación de la mañana, el sargento ha urgido a sus soldados a recordar las lecciones sobre combate de localidades, porque la lucha será dura (5).

Cuando inicia el cruce de la principal avenida santiaguina, recibe de lleno una ráfaga disparada desde el Ministerio de Obras Públicas, casi dos cuadras más allá.
Es el fuego del AK-47: rápido, extenso, mortífero.

12.45 horas Tomás Moro

Los hombres del GAP tratan de reagruparse en el jardín de la devastada residencia de Tomás Moro. Hay dos heridos, y muchos golpeados y con traumas acústicos. El arsenal disponible en la casa queda parcialmente bloqueado en el estacionamiento.

Poco antes del raid aéreo ha llegado el segundo hombre de Pincheira, Oscar Landerretche (6), que ha recibido en la mañana la instrucción de conectarse con Arnoldo Camú; y de éste, la orden de cargar todo el armamento que pudiese, retirar a los GAP de Tomás Moro y dirigirse al Hospital Barros Luco. Después de sacar armas pesadas de un barretín de calle Nuble, el militante se ha

visto envuelto en el caos del bombardeo y ahora que ha concluido sólo quiere cumplir con su misión.

Tras unos minutos, los jefes del GAP deciden que los militares no han planeado el asalto tras el bombardeo. No se divisan movimientos en las cercanías, aunque sí un cerco sobre las arterias principales. Hay espacio para abandonar el lugar y enfilar hacia los puntos de reunión previstos. Ruiz Moscatelli dispone derribar el muro de las Monjas Inglesas e iniciar la salida por allí.

En el Peugeot 404 abarrotado de armas que lleva Landerretche suben dos hombres de su aparato, el jefe de la defensa de la casa presidencial, Francisco Argandoña, otro miembro del GAP y el capitán del Ejército cubano.

Tras suyo, montan un Fiat 600 otros tres hombres, incluido Max Ropert, el otro hijo de la Payita. En una camioneta roja parte Francisco Valiente, que debe pasar a dejar a su hijo adolescente antes de dirigirse hacia el sur. La ambulancia estacionada en la casa presidencial sirve de transporte a otro grupo.

Los vehículos salen sucios y golpeados, y se dispersan para evitar que los siga algún helicóptero.

El grupo comandado por Landerretche llega al Hospital Barros Luco a pie, tras haber dejado los autos a cierta distancia. Nadie se une a ellos en la brava caminata; nadie ofrece ayuda, nadie los felicita. Están solos, en un sector donde suponían tener fuerza política. Cuando ingresan, el portero les informa que los médicos están celebrando el golpe militar. Landerretche y Argandoña lo envían a decirles que tienen diez minutos para irse.

Pero, en verdad, no pueden hacer nada. Para ese momento, ya han perdido contacto con la dirección del Aparato Militar y, por lo que saben, no podrán retomarlos: el Aparato se está replegando en dirección al sur, a través de La Legua. En el Barros Luco los espera su contacto, Carolina Huife, que los lleva a una casa de seguridad en la zona de Macul.

En la casa de Tomás Moro, algunos vecinos se asoman por los portones. Muchos se habrían declarado allendistas el día antes. Algunos proceden de casas cercanas, típicas de clase media; otros vienen de poblaciones precarias instaladas en los baldíos cercanos. Las diferencias de clase desaparecen ante la casa humeante y solitaria: en cuanto constatan que no hay riesgo, los vecinos se precipitan a saquear lo que queda en pie.

Es el rostro sardónico de la derrota.

12.45 horas Indumet, Cordón San Joaquín

El ajetreo en Indumet es febril. La Fuerza GEO ya se ha instalado y algunos de sus miembros se dedican a instruir a los obreros en el uso de las AK-47. También arriban el auto de Investigaciones cargado de metralletas y un pequeño grupo de los GAP.

Luego entran los autos de la Comisión Política del MIR, con Miguel Enríquez, Bautista van Schouwen, Humberto Sotomayor, Andrés Pascal, Arturo Villavela, Roberto Moreno y el escolta Manuel Ojeda. Y después, Víctor Díaz, subsecretario general del PC, y el ex ministro comunista José Oyarce; y los miembros de la comisión política del PS Hernán del Canto, Rolando Calderón, Exequiel Ponce y Ariel Ulloa.

El hombre del PC lleva el mandato de informar que su dirección ha decidido no intentar ningún tipo de defensa armada; han llegado a la convicción de que los militares controlan todo el país y que no hay ninguna unidad leal al gobierno. Dado ese cuadro, el PC ha decidido iniciar un "retroceso ordenado", en el que esperará a ver qué medidas institucionales adopta el nuevo régimen, con el Parlamento, los sindicatos, los medios de comunicación, los partidos políticos... (7)

La jefatura del MIR declara que está iniciando consultas con diversos "agentes" (¿infiltrados militares?);

por de pronto, tiene dos problemas: la coordinación de sus cuadros y la ubicación de armamento. Y aún no ha podido resolver ninguno.

Del Canto informa que el secretario general del PS ha ordenado el repliegue del Aparato Militar, en vista de la magnitud del despliegue castrense y del hecho de que el

Presidente decidió permanecer en La Moneda.

Camú y los otros jefes del Aparato Militar se miran. No, no es posible replegarse sin ofrecer apoyo al Presidente. Si él está luchando, los socialistas deben ir a defenderlo. Del Canto insiste: el Presidente ha dicho que no saldrá del Palacio, y por lo tanto tampoco aceptará

ser “rescatado”. Los militares han concentrado sus fuerzas en el centro: es imposible que un puñado de hombres pueda derrotarlos allí. El bombardeo ya lo ha demostrado. Pero Camú no cede. Muy bien, dice Del Canto; volverá a informar de esto a Altamirano.

Para los hombres del Aparato Militar, y para los del GAP, el dato sustantivo es la situación de La Moneda.

Antes de salir de la casa presidencial, Ruiz Moscatelli ha hablado con Allende por teléfono: tiene la certeza de que luchará hasta que pueda. Su deber es estar junto al

Presidente. Y he aquí que, inesperadamente, Camú logra comunicación con uno de los teléfonos del Palacio, que atiende Coco Paredes.

-Comandante Agustín -dice Paredes, utilizando la chapa del jefe militar socialista-, La Moneda sigue resistiendo, pero la situación es muy difícil. ¿Cuándo van a venir a sacar al Presidente?

Camú acepta la propuesta. Sabe que contraría la instrucción de Altamirano y que rompe con la línea del partido. Su prioridad es estar junto a Allende.

El jefe militar socialista pregunta a Miguel Enríquez cuánto podrá aportar su movimiento a este intento desesperado. La respuesta es poco alentadora: la fuerza central del MIR, integrada por unos 50 hombres bien entrenados, podría constituirse, quizás, alrededor de las 16 horas. Por ahora se encuentra dispersa.

Aun así, Camú dibuja un mapa sobre un papel e improvisa un plan: la Fuerza GEO del PS y el GAP avanzarían por Santa Rosa; la fuerza central del MIR, por San Diego o Arturo Prat. Caerían sobre La Moneda directamente por el acceso de Morandé 80, con la protección de los tiradores de Obras Públicas.

Enríquez admira la asertividad de Camú y su precisión para impartir órdenes. Parece que la desesperación estuviese fuera de su repertorio de emociones.

Piensa que, de todos modos, con Camú al frente de un PS militarizado, será muy fácil para el MIR desarrollar una alianza estratégica. El soñado “polo revolucionario” se puede estar originando en este mismo instante, dejando por fin atrás toda esa politiquería de salones y de instituciones burguesas en que ha vivido la UP (8).

Pero por ahora debe cumplir otra tarea: consultar a su Comisión Política sobre el rescate de Allende. Enríquez vive un desgarramiento semejante al de sus amigos socialistas: debería alegrarse de que la “vía institucional” de la UP fracasase de una vez, avanzando hacia la agudización de las contradicciones que tanto han deseado; pero la imagen de Allende combatiendo a solas en el Palacio lo incita a ayudarlo y dar la pelea con él.

Están en esa deliberación cuando un obrero se asoma a la pequeña oficina que les ha cedido el interventor Sócrates Ponce:

-¡Estamos rodeados! -grita.

Camú sale a organizar la defensa. Por las calles Nueva Macul, Santa Ana y Rivas se despliegan unos cien carabineros, que han llegado en cuatro buses. Los oficiales buscan techos para apostarse en las viviendas cercanas y comienzan a disparar hacia el galpón principal. Los obreros responden el fuego.

Una pregunta queda sin respuesta: ¿Cómo llegó la policía hasta un lugar tan escondido, en calles tan pequeñas? ¿Cómo supo de la importancia de Indumet? El misterio durará 30 años.

Y la respuesta está en el vecindario: un comerciante ha ido en la mañana a dar aviso a la 12ª Comisaría de que en la industria hay un gran contingente armado. El hombre encarna el intenso rencor de miles de pequeños comerciantes con un gobierno que los ha sometido al escrutinio, a veces vejatorio, de las Juntas de Abastecimiento y Precios (JAP): Y los carabineros, que lo saben, han mandado una simple patrulla, que ha sido recibida por los obreros con imprecaciones y con un disparo accidental al aire. Ahora han llegado los refuerzos. El comerciante tendrá que bajar las cortinas del negocio, tenderse en el piso y soportar la balacera que se desata a

su alrededor. Se acompañará con una botella de pisco.

Pascal propone a los jefes del MIR salir por detrás de la industria y volver a la casa de Gran Avenida

donde se acuartela la Comisión Política. Cuando inician la retirada, Manuel Ojeda es alcanzado por las balas de la policía; es el primer caído del MIR.

Mientras la refriega de Indumet se prolonga, la jefatura del MIR rechaza la propuesta de Enríquez. El bombardeo de La Moneda, argumentan, ha demostrado que los militares siguen una estrategia de aniquilamiento. Intentar un golpe de audacia sería suicida. El MIR debe concentrarse en su red clandestina e iniciar la construcción del “poder popular” a largo plazo.

Al menos para el MIR, el bombardeo de La Moneda ha funcionado exactamente como esperaban los militares: como una señal tajante de su determinación.

13.00 horas La Moneda, ala nororient

Aunque contraría los íntimos deseos de Enríquez, la decisión del MIR es más razonable de lo que parece. La situación de La Moneda se ha deteriorado aceleradamente y no es posible que la ayuda alcance a asomarse.

En el sector de la Intendencia de Palacio, donde están las cocinas, el periodista Augusto “Perro” Olivares, que ha vivido estas horas con una angustia inaguantable, se sienta en el suelo, seguro de que no haya nadie cerca. Acomoda su metralleta UZI en la sien, cuidando de que quede en perfecta línea recta, y dispara. Sigue en esto las recomendaciones que le ha dado el doctor Bartulín, cuando Olivares le ha preguntado por la manera más segura de ultimarse (9). Un disparo en el mentón, ha dicho el médico, puede pasar entre los hemisferios cerebrales sin causar la muerte; un tremendo daño, sin eficacia. Lo más seguro es un tiro en la sien, siempre que sea completamente perpendicular...

Su amigo, el periodista Negro Jorquera, va a refrescarse a un lavatorio cercano cuando oye un ruido que sobrepasa al bullicio ambiental. Buscando su origen, es el primero en ver al “Perro” con el cráneo destrozado, respirando dificultosamente, caído hacia un costado. Corre en busca de ayuda. La voz se repite de cuarto en cuarto, hasta que llega al Presidente y los doctores Arturo Jirón y Oscar Soto. Todos se precipitan al lugar. El doctor Jirón levanta la cabeza del periodista y la pone en su regazo, con la esperanza de reavivarlo. Olivares muere en sus brazos. El semblante del Presidente se descompone. Los anonadados funcionarios presencian el llanto desgarrador del Negro:

-¡Se mató el Perrito! ¡Mi hermano! ¡Perrito! -el joven Puccio lo ve golpearse la cabeza contra un muro- ¡Hasta cuándo, mierda! ¡Perro, hermano!

Olivares había tenido una notable carrera como periodista político, especialidad en la que había sido reconocido como uno de los mejores del país. En una época en la que el compromiso partidista de los periodistas no sólo no era objetado, sino que a menudo parecía una necesidad, Olivares fue dejando el oficio para dedicarse cada vez más a las tareas de la UP.

Pese a ello, no pudo perder su lucidez de cronista. Y lo que ella le indicaba, cada nueva semana, cada nuevo mes, era que el gobierno estaba crecientemente amenazado. Sentía que la UP se hallaba en un callejón sin salida. En La Moneda se ha mostrado ansioso y pesimista.

Temprano en la mañana le propuso al Negro que cada uno guardase una última bala para acabar con el otro.

Olivares era un verdadero existencialista; su humor negro espantaría siempre la peste del optimismo. No había tenido hijos con la actriz Mirella Latorre -la más popular de aquellos días-, no había reunido riqueza y no le interesaban las glorias personales. Leonardo Cáceres

lo había oído definirse como “un hombre terminal”:

-Cuando yo muera, no va a quedar nada. No tengo hijos, no tengo propiedades, no tengo nada. Ni el perro de la casa esmío: es de la Mirella.

La noticia de su muerte inculca un ambiente siniestro entre los defensores de La Moneda, que hasta ese momento parecían imantados por una épica del destino colectivo. El más individual de los actos, el suicidio, introduce la primera duda en esa entereza. Todos los testigos recuerdan que el propio Allende cambia a partir del suicidio del “Perro”. Algo tan profundo se desmorona en su interior, que hasta Jorquera le pedirá disculpas por llorar tanto.

La muerte del “Perro”, según los presentes, tiene un efecto notorio: el Presidente comienza a considerar la rendición (10).

13.15 horas La Moneda, ala nororient

El ministro Flores, que ha estado en un nervioso y permanente trajín telefónico con el Ministerio de Defensa, llama al general Baeza para proponer que una comisión negociadora vaya hasta ese edificio a

fijar los términos de la rendición. El general consulta con Carvajal. Baeza es partidario de hacer el intento y Carvajal acepta: un vehículo militar irá a buscar a los negociadores.

Flores estima que debe acompañarlo el subsecretario del Interior, Daniel Vergara. El secretario Puccio, que se entera de la propuesta, cree que debe ir también un hombre de la confianza personal del Presidente; Flores no lo es. El doctor Soto opina que debe ser el mismo Puccio, quemeses antes ha sufrido un infarto.

Los tres funcionarios buscan a Allende. El doctor Jirón se les une justo cuando divisan al Presidente tendido junto a una ventana, disparando. Jirón se arrastra hasta él y lo toma de un tobillo.

-¡Déjame, conch'etumadre! -grita Allende, furioso, hasta que ve al médico-: Ah, eres tú, Jironcito...

Los dos reptan hasta el centro del cuarto. Debajo de una gran mesa, Flores, Vergara y Puccio plantean la propuesta de negociar. Allende vacila; es ostensible que la idea lo irrita. Pero al fin, como en un soliloquio, comienza a describir las condiciones: que cesen de inmediato los bombardeos sobre las poblaciones (es lo que se rumorea en Palacio: que hay ataques por doquier); que se constituya un gobierno militar sin civiles (11); y que se respeten las leyes y conquistas sociales.

Los tres emisarios regresan al teléfono para acordar con Baeza el momento de la salida. Puccio le anuncia al general que lo acompañará también su hijo, que es un estudiante. Baeza da una sola instrucción: deben salir con una bandera blanca.

Es claro que ni Baeza ni Carvajal han consultado con Pinochet. Este llama en esos momentos:

-Habla Augusto a Patricio, habla Augusto a Patricio. Oye, dime cómo va el ataque a La Moneda, porque me tiene muy preocupado.

-En La Moneda, han llamado por teléfono... eh -vacila Carvajal-. Flores, el ex ministro Flores... y Puccio, el secretario del Presidente, manifestando su intención de salir por la puerta de Morandé 80 para rendirse. Se les ha indicado que deben venir... deben salir enarbolando un trapo blanco para cesar el fuego. Esto se le ha comunicado al general Brady y al general Arellano. Eh...la idea es nada de parlamentar, sino que tomarlos presos.

-Conforme. Y otra cosa, Patricio. Es interesante que hay que tenerle listo el avión que dice Leigh. Esta gente llega ahí y ni una cosa: se toman, se suben arriba del avión y parten, viejo... Con gran cantidad de escolta.

-La idea sería tomarlos presos no más por el momento -tantea el almirante-. Después se verá si se les da avión u otra cosa, pero, por el momento, la idea es tomarlos presos.

-Pero es que si los juzgamos les damos tiempo, pues insiste Pinochet-. Y es conveniente... lo que creo... es motivo para que tengan una herramienta para alegar. Por último, se les pueden levantar hasta las pobladas para salvarlos. Creo que lo mejor... consúltalo con Leigh. La opinión mía es que estos caballeros se toman y se mandan... a dejar a cualquier parte. Por último, en el camino los van tirando abajo.

Las risas estallan en el puesto de radio de la Escuela Militar. Se escucha un comentario irrespetuoso: "Este sí que es facho, huevón" (12).

-Bien -dice Carvajal-, lo voy a consultar con Leigh.

En los minutos siguientes, Carvajal consultará a Leigh y Pinochet sobre quiénes podrán irse con Allende. El único autorizado será Puccio. Los demás, presos.

La evolución de las órdenes radiales es un hecho central en esta mañana, aunque pocos estén en condiciones de evaluarlo.

Así lo nota el historiador James Whelan, que advierte que el tono de Pinochet va "haciéndose cada vez más perentorio, y sus órdenes más indiscutibles", mientras que Leigh no cede terreno, sino que "más bien se adelanta a Pinochet". Nadie más brilla en el firmamento hertziano del golpe de Estado: sólo los jefes del Ejército y la Fach. El almirante Merino está demasiado lejos para terciar en este gallito. En muy poco rato más Pinochet comenzará a tomar decisiones organizativas que ya insinúan dónde se radicará el mando superior.

Desde entonces no habrá más consultas, ni a Leigh ni a Merino. ¿Y en el Ejército? Esa es otra historia.

13.30 horas Regimiento de Telecomunicaciones, Peñalolén

Pinochet vuelve a comunicarse con el almirante Carvajal. Sigue impaciente por la situación del Palacio de gobierno, que parece querer concluir de una vez. Pero ahora tiene un tema adicional:

-Aló, Patricio. ¿Me oyes, Patricio? Aló, Patricio, ¿me oyes?

-Sí, te escucho bien. Adelante.

-Lo siguiente: la embajada cubana está rodeada porque dispararon con una ametralladora. En

consecuencia, hay que avisarle al embajador, llamar por teléfono y decirle lo siguiente: dispararon sobre la tropa. En consecuencia, para evitar problemas internacionales, se servirá considerar que tienen de inmediato un avión a disposición para que se manden cambiar para su país. Y rompemos relaciones con Cuba. Punto.

¿Qué ha ocurrido? En la pequeña calle Los Estanques, a metros de Pocuro con Pedro de Valdivia, la embajada de Cuba se ha estado preparando desde temprano para un eventual ataque. El barrio le es hostil: numerosos dirigentes de derecha viven en el vecindario, y algunos grupos -que según presumen serían de Patria y Libertad- se han estado acercando en forma agresiva, incluso bloqueando los accesos.

En la mañana, han traspuesto esas barreras, en una camioneta del Ministerio de Vivienda, los dirigentes del MIR Andrés Pascal y Arturo Villavela, en busca de armas (13). Losmiristas saben que un sótano está abarrotado de AK-47. Pero el jefe político de la embajada, Ulises Estrada, que encabeza la representación del DOE, se ha negado a entregarlos: considera que la camioneta en que se movilizan no ofrece seguridad y puede poner en peligro la "neutralidad" formal del territorio diplomático. Pascal y Villavela se han ido frustrados.

Estrada tiene instrucciones precisas de Fidel: no deben hacer nada que vaya contra la política de Allende, aunque han de resistir en el recinto. Como en esos momentos Castro está de visita en Vietnam, la imagen que utiliza es local: Quang Tri, la ciudad que soportó uno de los mayores bombardeos norteamericanos en 1972 (14). En el patio de la embajada, los funcionarios se han pasado la mañana quemando documentos. Un solo chileno los acompaña: el ex GAP Max Marambio.

Después del bombardeo a La Moneda, una compañía de la Escuela Militar ha cercado la embajada. Algunos soldados se han asomado al estacionamiento: según versiones de vecinos, allí se ha refugiado Altamirano, que empieza a ser el hombre más buscado. Dos cubanos les han disparado, sólo para intimidarlos. La reacción ha sido una balacera informe, que al menos ha tenido la virtud de ahuyentar a los curiosos.

Y ahora, tras la instrucción de Pinochet, el almirante Carvajal llama al embajador y le advierte que la Junta no tolerará agresiones desde su residencia. El embajador responde en términos diplomáticos: el derecho internacional garantiza su inmunidad y derecho a defenderse.

Poco después llama el general Benavides, desde la Escuela Militar, para anunciar que los militares no han querido emplearse ante la legación, pero que tras la agresión van a empatar el nivel de fuego, con las consecuencias que el señor embajador podrá imaginar.

García Incháustegui instruye a sus 119 funcionarios para que preparen la defensa del lugar. Es una fuerza inusitada para una representación diplomática; y más, si se considera que a lo menos 43 pertenecen al DOE y están allí con funciones militares.

La intervención de Fidel Castro en la política chilena supera con largueza en números, aunque no en eficacia, a la de la embajada de Richard Nixon.

13.50 horas La Moneda, ala nororiental

El secretario del Presidente amarra el delantal de un médico a un trozo de madera. Abre lentamente la puerta de Morandé 80 y lo asoma; varios disparos lo perforan. Puccio regresa al teléfono para reclamar a Baeza que no se está cumpliendo la tregua.

La demora empeora las cosas. El fuego se extiende, el humo asfixia, las balas pululan. Al fin, un transporte semiorugas se estaciona ante Morandé 80.

Los tres políticos, el joven Osvaldo Puccio y el funcionario del Ministerio del Interior Francisco Javier Hurtado -que se suma intempestivamente al grupo, siguiendo a Vergara-, suben a la rampa descubierta del vehículo. Algunos funcionarios de Obras Públicas, que tras el bombardeo se han aventurado a subir desde el subterráneo al primer piso, contemplan la maniobra y se indignan. Creen que se están entregando. Puccio explica a gritos que van por orden del Presidente: -¡Sale p'allá, conch'etumadre! ¡Cómo se va rendir el Chicho! ¡Traidores de mierda!

El transporte gira por la peligrosa esquina de Moneda, infestada de francotiradores, y enfila hacia el Ministerio de Defensa. Flores, Vergara y Puccio son conducidos a la oficina de Carvajal, donde también los esperan los generales Baeza y Nuño. Osvaldo Puccio hijo y el funcionario Hurtado quedan en una sala de espera.

Nada se sabe en La Moneda de la gestión negociadora mientras prosigue el combate. Los techos se desploman y el incendio avanza. El fuego de las baterías ya remece los muros de las fachadas norte y

sur. Minutos después, el inspector Seoane atiende una llamada en el citófono de su oficina, que lo comunica con el Cuartel Central de Investigaciones. Es el prefecto René Carrasco, que ha quedado a cargo de la policía civil por instrucciones de la Junta. Quiere saber cómo están el Presidente y los detectives de La Moneda.

Seoane da un breve reporte y Carrasco le informa que los militares dominan el país, que quedan pocos bolsones de resistencia, prontos a caer, y que es iluso esperar cualquier asistencia. Le pide que haga al Presidente un ofrecimiento: él puede pedir una tregua a los militares para que los ocupantes del Palacio salgan, rendidos.

Seoane lleva la proposición a Allende; en el camino encuentra a Coco Paredes, y se la transmite. Paredes habla con el Presidente; Seoane contempla a cierta distancia su negativa tajante; pero también ve que, tras un controlado intercambio, el Presidente asiente.

Paredes recorre las habitaciones:

-¡Orden de rendirse! ¡El Presidente ordena rendirse!

Por otros sectores, Allende repite lo mismo.

-¡Ríndanse! ¡Esto es una masacre!

Los defensores se ordenan en dos filas: en el primer piso, la mayoría de los médicos; desde el segundo, los funcionarios y altos dirigentes. Allende anuncia que se pondrá al final y ordena que "Payita" vaya al comienzo.

En ese instante, Coco Paredes le entrega el Acta de la Independencia; la Payita se ha puesto la chaqueta del "Perro" Olivares, con la esperanza de entregársela a Mirella Latorre, y ahora guarda la pieza histórica enrollada en una manga.

Aparentemente, el mismo Paredes llama luego al general Baeza para pedir el cese del fuego, que ha vuelto a intensificarse. El Presidente, dice, se va a rendir, y requiere un vehículo para salir.

14.00 horas Ministerio de Defensa

Flores, Vergara y Puccio son conducidos a la oficina del almirante Carvajal, que los espera con los generales Díaz Estrada y Nuño. Este último tiene un gesto amistoso con Puccio:

-En cuanto esto termine mando a tu cabro a la casa...

Es el único que recibe cierta deferencia de los oficiales. Flores y Vergara son increpados por el almirante Carvajal y el general Díaz Estrada. Puccio interviene para hacer notar que vienen como parlamentarios, e insta a Flores para que explique las condiciones del Presidente. El almirante y los generales salen a consultar al Puesto Uno, y regresan con la respuesta: "Rendición incondicional. Avión para el Presidente, su familia, Puccio y los ministros Briones y Letelier. Los demás, presos". Puccio comienza a escribir estas reglas cuando entra el general Baeza.

-Ya no hay nada que hacer -dice el general-. El Presidente se rinde.

Flores, Vergara, Puccio y su hijo son conducidos al subterráneo en un ambiente extraño (15). Un oficial los hace levantar las manos, el general Nuño se las baja; un militar es amable con los prisioneros, otro tapa de burlas al subsecretario Vergara.

En el quinto piso, los altos jefes deliberan. El general Palacios debería alcanzar La Moneda para recibir la rendición de Allende. Pero la información que llega desde la calle es que el fuego de francotiradores es ahora más fuerte que nunca. Carvajal ordena que se informe de esto a través de la cadena radial.

-El señor Allende -lee el teniente coronel Guillardha dado a conocer su intención de rendirse y pide para ello cinco minutos de cese del fuego. Esta condición es imposible, porque no termina la acción de fuego de personas ubicadas en edificios colindantes a La Moneda. Habrá nuevas informaciones en breves minutos más.

Los hombres del GAP parapetados en Obras Públicas mantienen a raya a las fuerzas de la Escuela de Suboficiales que se acercan desde la Alameda, y a los soldados del Regimiento Buin que tratan de tomar Morandé. El general Palacios, siguiendo las operaciones desde la Intendencia, ordena que uno de los tanques del Blindados gire hacia Morandé y abra fuego de ametralladoras contra Obras Públicas. Esa acción obliga a los tiradores del GAP a modificar sus posiciones; la intensidad del combate disminuye. Desde la Academia de Guerra Aérea, Leigh se muestra impaciente. Ofrece poner un helicóptero en la Escuela Militar y desde allí llevar a Allende y su familia hasta Los Cerrillos, para embarcarlo en un DC-6 que está preparado. Y fija un límite: cuatro de la tarde. "¡Y ni un minuto más!".

-¿Me escuchas, Patricio? -interviene Pinochet-. ¿Se fue ya el señor Allende?

-Algunas personas están saliendo -dice Carvajal-. Yo mandé personal de Inteligencia a investigar los nombres de los más importantes que están saliendo de ahí.

-Escucha, Patricio, otra cosa. Creo que los tres comandantes en jefe y el general director de Carabineros deben reunirse para emitir una declaración conjunta. En ese caso, el señor Allende... ¡fuera!

-Estamos preparando la información para anunciar, tanto por el sistema militar de comunicaciones como por radio, que Allende se rindió, y que los otros se entreguen, que los más importantes se entreguen...

-Patricio, debe agregarse que Allende pidió dejar el país...

-Conforme. Gustavo Leighme dice que va a poner un helicóptero para llevar a la familia de Allende a Cerrillos, de manera que pueda tomar el avión y partir antes de las cuatro de la tarde.

-Conforme, conforme. Después de las cuatro, yo creo que alrededor de las cinco y media, es buena hora para la reunión de los comandantes en jefe y el general director de Carabineros.

-¿A qué hora quieres tener la reunión?

-Yo creo que deberíamos citarla para las cuatro... alrededor de las cinco o seis -Pinochet se ríe de su propia vacilación-: ¡Puf, amigo...!

-Bien -dice Carvajal, riendo también-. Tenemos una reunión de comandantes en jefe en el ministerio. ¿Comprendido?

-No -corrige Pinochet-. Tiene que ser acá arriba.

-¿Quiere decir que la reunión va a ser en Peñalolén?

-Sí, en el cuartel general...(16)

Por primera vez en el día, Pinochet marca la entera propiedad del movimiento. La reunión más importante del día, en su terreno. Más tarde se demostrará inviable que los jefes militares lleguen a Peñalolén, pero la reunión se realizará en la Escuela Militar.

14.20 horas La Moneda, ala nororiental

Casi al unísono, el general Palacios decide que es el momento de concluir la refriega con la toma del Palacio.

Un primer grupo de soldados es enviado a derribar la puerta de Morandé 80. No necesitan hacerlo: a la primera patada se abre, libre de pestillos interiores.

El Presidente se reúne con todo el personal que queda en La Moneda en un pasillo del segundo piso. La balacera continúa, pero se organiza la salida. Los doctores Soto y Bartulín, el Negro Jorquera, los GAP Pablo Zepeda y Juan José Montiglio y el detective Eduardo Ellis reposan en el rellano de la escala que da al primer piso, con las armas apoyadas en la pared.

Ellis se acerca con un delantal blanco hasta la puerta y se asoma. Mientras un soldado lo toma en el exterior, otra veintena irrumpe en el edificio, al mando de un oficial. Los cinco hombres son sacados hacia la calle y empujados al piso. El oficial levanta de un tirón al doctor Soto y le pregunta cuánta gente queda arriba. El médico da una respuesta confusa; el oficial le ordena regresar y advertir que hay diez minutos para salir (17).

Soto salta los escalones. Ve a Allende despidiéndose de sus acompañantes.

-¡Presidente! -grita-. ¡El primer piso está tomado por militares! ¡Dicen que deben bajar y rendirse!

-¡Bajen todos! -replica el Presidente, taxativo-. ¡Dejen las armas y bajen! Yo lo haré al último...

Y sigue saludando. En los hechos, va retrocediendo; pero la mayoría cree que ello simplemente se debe a su decisión de ir al final. Cuando se acerca al Salón Independencia, Enrique Huerta le oye -o cree oírlo- decir: "Allende no se rinde".

Desde el centro de la procesión se devuelve el doctor Guijón, que quiere llevar, como recuerdo para sus hijos, una máscara antigás (18). Ante el Salón Independencia oye un ruido seco. Con cierto automatismo, se asoma; alcanza a ver la contorsión hacia arriba del Presidente, que acaba de disparar el fusil-ametralladora desde el mentón hacia arriba. Con el instinto del médico, se acerca al cuerpo y toma el pulso. A su alrededor sólo hay ruidos: balazos, incendio, gritos.

El detective David Garrido ve la escena junto a Enrique Huerta, que no se contiene:

-¡El Presidente ha muerto! ¡Viva Chile, mierda, viva Allende! -y coge la metralleta que ha dejado de lado, dispuesto a seguir luchando.

Ricardo Pincheira se la quita. Delante suyo, Arsenio Poupin saca un revólver de su camisa y trata de ponerlo sobre su sien. Otros hombres se lo arrebatan.

Siguiendo la tradición de guerra del Ejército chileno, Palacios estima que un general debe situarse en la vanguardia. En los alrededores no hay otro que él mismo. A saltos, cruza Morandé con una metralleta en ristre, y entra al Palacio cuando los prisioneros ya se agolpan en la vereda poniente.

Palacios busca un objetivo principal: el Presidente. Pregunta por él en el primer piso, y trepa a toda

velocidad las escalas hacia el segundo. Entonces, un GAP rezagado asoma desde una sala y dispara una ráfaga. Un balazo rebota en un muro, pega en el casco del teniente Iván Herrera y rasga una mano del general Palacios. El teniente de Inteligencia Armando Fernández Larios, enviado a identificar a los defensores del Palacio, pasa su pañuelo al general para que lo use como venda (19).

El general avanza recorriendo las habitaciones, hasta que un subalterno le avisa que dos soldados han hallado un cuerpo en el Salón Independencia. Cuando entra, ve al doctor Guijón junto al cadáver del Presidente, al que reconoce por su macizo reloj Galga Coultre. Lo interroga brevemente, sin creerle mucho -llega a pensar que el propio doctor pudo dispararle-. Llama al oficial de radio y entrega su breve reporte al general Nuño:

-Misión cumplida. Moneda tomada, Presidente muerto (20).

A las 14.38, Carvajal informa a Pinochet y a Leigh.

Citas

- 1.- JORQUERA, CARLOS: El Chicho Allende. Santiago: Bat, 1990.
- 2.- LÓPEZ TOBAR, MARIO: El 11 en la mira de un Hawker Hunter. Las operaciones y blancos aéreos de septiembre de 1973. Santiago: Sudamericana, 1999, pp. 128-129.
- 3.- QUIROGA, PATRICIO: Compañeros. El GAP: la escolta de Allende. Santiago: Aguilar, 2001, pp. 155-161.
- 4.- WHELAN, JAMES R.: Desde las cenizas. Vida, muerte y transfiguración de la democracia en Chile, 1833-1988. Santiago: Zig Zag, 1989, pp. 472-474.
- 5.- Septiembre de 1973. Los cien combates de una batalla. Santiago: Gabriela Mistral, 1973. Este texto, sin firma, fue editado con el auspicio de las Fuerzas Armadas y Carabineros.
- 6.- La revelación original de esta identidad: GONZÁLEZ, MÓNICA: La conjura. Los mil y un días del golpe. Santiago: Ediciones B, 2000, pp. 362.
- 7.- Algunas versiones sitúan este encuentro en Indumet y sugieren que sólo hubo una reunión entre el PS, el PC y el MIR esa mañana. GONZÁLEZ, IGNACIO: El día en que murió Allende. Santiago: Cesoc, 1990 (ampliada), pp. 280-284. Sin embargo, sobrevivientes del MIR recuerdan nítidamente el desarrollo diferenciado de dos reuniones. Acerca de la posición del PC, un testimonio cercano y fresco en: Entrevista a Miguel Enríquez. Boletín Correo de la Resistencia, N° 3, septiembre-octubre de 1974.
- 8.- Una descripción elocuente de la relación de Enríquez con Camú: CASTILLO, CARMEN: Un día de octubre en Santiago. Santiago: LOM, 1999, p. 24-26. (Edición chilena de Un jour d'octobre à Santiago. París: Éditions Stock, 1980).
- 9.- MARTÍNEZ, ANTONIO: 1973: el último hombre de La Moneda. Santiago: Diario La Época, 1° de abril de 1990. Un testimonio más extenso de Danilo Bartulín se encuentra en una película filmada por cineastas de Alemania Oriental: HEYNOWSKI, WALTER; y SCHEUMANN, GERHARD: Im Feuer bestanden. Die letzten Stunden in der Moneda (Más fuerte que el fuego. Las últimas horas en La Moneda), 1977.
- 10.- Existen versiones que vinculan el suicidio de Olivares a la rendición inmediata: VERDUGO, PATRICIA: Interferencia secreta. 11 de septiembre de 1973. Santiago: Sudamericana, 1998, p. 150-52. Los testimonios vivenciales concuerdan en que la reacción no es tan lineal. SOTO, OSCAR: El último día de Salvador Allende. Santiago: Aguilar, 1998, pp. 88-91.
- 11.- Otras versiones han señalado lo contrario, que la exigencia consistía en integrar un civil a la Junta. La versión aceptada aquí es la de Osvaldo Puccio Huidobro, y resulta consistente con la idea de Allende de que los militares no debían entregarse a las manos de los partidos.

12.- VERDUGO, PATRICIA: Interferencia secreta. 11 de septiembre de 1973. Santiago: Sudamericana, 1998, p. 137-143.

13.- CASTILLO, CARMEN: Un día de octubre en Santiago. Santiago: LOM, 1999, p. 25.

14.- MARAMBIO, MAX: La batalla en la embajada cubana el día del golpe. Santiago: Diario La Tercera, Suplemento Reportajes, 17 de agosto de 2003.

15.- PUCCIO, OSVALDO: Un cuarto de siglo con Allende. Santiago: Emisión, 1985.

16.- WHELAN, JAMES R.: Desde las cenizas. Vida, muerte y transfiguración de la democracia en Chile, 1833-1988. Santiago: Zig Zag, 1989, pp. 482-483. Este diálogo no aparece en la grabación que acompaña al libro Interferencia secreta. Aunque atempera un poco el lenguaje, evidentemente Whelan tuvo acceso a una grabación más completa de las comunicaciones entre los jefes militares.

17.- SOTO, OSCAR: El último día de Salvador Allende. Santiago: Aguilar, 1998, pp. 92-94.

18.- Una descripción compleja y documentada acerca de la personalidad y el papel del doctor Guijón, en: WHELAN, JAMES: Allende: Death of a marxist dream. Westport: Arlington House, pp. 201-204.

19.- El general Palacios ha dicho reiteradamente, y a lo menos desde fines de los 80, que el GAP fue herido de gravedad por sus soldados, que tenía apellido mapuche (José Huenchullán en IGNACIO GONZÁLEZ, "un muchacho de rasgos araucanos" en MÓNICA GONZÁLEZ, Juan Llanculef Catrileo en entrevista con Ascanio Cavallo y Margarita Serrano), y que procedía de Colonia Boroa. Sin embargo, los únicos dos heridos en La Moneda fueron Antonio Aguirre y el mueblista Osvaldo Ramos Rivera, ambos en el segundo piso y por disparos procedentes de fuera del edificio. Por otra parte, los únicos dos GAP rezagados, que sí se mantuvieron en actitud de combate, fueron Renato González y Juan Osses, aunque este último ya no tenía munición. QUIROGA, PATRICIO: Compañeros. El GAP: la escolta de Allende. Santiago: Aguilar, 2001, pp. 183-185. Para los destinos de varias de estas personas: COMISIÓN NACIONAL DE VERDAD Y RECONCILIACIÓN: Informe final. Santiago: Secretaría de Comunicación y Cultura, 1991. Otros textos y fuentes hablan de varios GAP muertos en este combate. Por ejemplo, AHUMADA, EUGENIO; et al: Chile, la memoria prohibida. Santiago: Pehuén, 1989, menciona como muertos a "Manuel Mercado y Alejandro Morales, que cayeron junto al Presidente" (tomo I, p. 148). Tales personas no aparecen en ninguna nómina del GAP, no consta su actuación en La Moneda, ni tampoco han sido reconocidos como víctimas.

20.- La ambigüedad de este mensaje –que puede hacer pensar que "Presidente muerto" es parte de la "misión cumplida"- haría que en algunos círculos perdurase la versión de que Allende fue ultimado por los militares.

Los combates en Santiago

La tarde boca abajo

Mientras Pinochet comienza a imponerse dentro de las FF.AA., un grupo de miembros del GAP, del aparato militar del PS y la directiva del MIR se reúnen en la fábrica Indumet para decidir qué hacer. Sorprendidos por Carabineros, librarán un extenso y encarnizado enfrentamiento que hasta ahora había permanecido inédito. En el centro de Santiago, los principales colaboradores de Allende son detenidos.

Por Ascanio Cavallo y Margarita Serrano

14.30 horas La Moneda, calle Morandé

Los hombres de La Moneda son empujados y golpeados por los soldados en su caótica salida de Morandé 80. El detective Eduardo Ellis protesta contra el exceso mientras cae al suelo con las manos en la nuca. La Payita es ásperamente registrada y, a pesar de sus gritos, un conscripto rompe en pedazos el Acta de la Independencia que guardaba en la chaqueta del "Perro" Olivares. Juan Osses se desprende de las cartucheras que delatan que ha estado disparando un fusil SIG de Carabineros. El doctor Oscar

Soto siente que sobre sus cabezas caen trozos de los muros desprendidos con los disparos. De pronto les ordenan tenderse en la vereda, con las cabezas sobre la calzada. A unos metros, el tanque, circundado por conscriptos en cucullas, continúa disparando hacia el Ministerio de Obras Públicas, de donde salen tiros frecuentes.

El tanquista se impacienta y grita hacia las altas ventanas: si no paran de disparar, pasará el tanque por sobre las cabezas de los prisioneros. La oruga se mueve con un salto hacia delante, acercándose a Juan Osses, el primero de la fila. A pesar del ruido infernal, los tiradores del GAP entienden la amenaza y cesan el fuego.

Cuando el general Palacios sale de La Moneda, oye a un oficial entusiasmado con el susto que está dando a sus prisioneros:

-¡Permiso, mi general, para pasarles el tanque a estos huevones!

Palacios lo mira con enojo, como si oyera una demencia. La idea no se repite más.

Los soldados sacan desde el interior a la secretaria Marta Silva, a la que han encontrado oculta y llorando. Palacios le pide que se identifique y ordena liberarla. En el intertanto, el general ha pedido la concurrencia de ambulancias: deben retirar a los dos heridos del GAP.

Y he aquí que, de pronto, otro de los guardias, Renato González, se retuerce de dolor. Los militares autorizan al doctor Patricio Arroyo, nefrólogo, para que le haga un rápido examen callejero: peritonitis, dice el médico, y el general ordena que sea llevado por las ambulancias.

En el medio de la confusión aparece en uniforme de combate el dentista del Ejército Jaime Puccio, que busca a su primo, el secretario del Presidente. Cuando ve a la Payita, le recomienda en voz baja que simule estar enferma. Ella finge un vahído, y Palacios instruye que sea llevada al Hospital Militar.

Entran dos ambulancias por Morandé. Los camilleros cargan a los heridos. En el otro vehículo sube la Payita. Pero no van al Hospital Militar, sino a la Posta Central, donde recibirán asistencia de urgencia.

15.00 horas Población La Legua

Cuando la fuerza de carabineros reunida en torno a Indumet ya parece tan fuerte como para mantener el sitio de la fábrica por tiempo indefinido, Camú decide que los grupos de la Fuerza GEO y del GAP salgan del sector y se reagrupen en la industria Sumar, donde se han reunido unos mil obreros. No es una decisión de supervivencia: es que si siguen allí, no podrán cumplir con el objetivo de apoyar al Presidente en La Moneda.

En ese momento comienza su derrota. Al forzarse a una estampida informe y precipitada, se condenan, sin saberlo, a no alcanzar jamás el Palacio de Gobierno. De haber existido una oportunidad, la única era una marcha ordenada y decidida, a la que se fueran uniendo espontáneos y envalentonados, hasta formar una columna maciza. Pero así son los sueños, no las guerras.

El grupo sale por las instalaciones de Plansa y atraviesa corriendo San Joaquín, hacia el sur. Al otro lado de la avenida se enfrenta a un panorama pavoroso: el callejón Venecia, más de 300 metros de muros ciegos formados por los muros traseros de dos industrias. Entrar a ese pasadizo significa una muerte segura si algún enemigo se ubica en una de las bocas. Algunos de los hombres alcanzan a protestar. Pero el jefe es Camú, y éste, con su seguridad de siempre, decide que no tienen alternativa, y da la orden de correr por el callejón, turnando a dos hombres cada 20 metros para cubrir la retaguardia.

La aventura de estos militantes es un gesto de voluntad sin esperanzas. Lo moviliza, no la racionalidad militar ni la audacia revolucionaria, sino una desesperación ciega, casi incontrolable, íntima: saber que Allende lucha también sin esperanza en La Moneda.

La sangre que se derrame en adelante será la expresión material de ese agón moral.

Habiendo perdido sus vehículos en Indumet, enfrentan la perspectiva siniestra de desplazarse a pie por más de tres kilómetros antes de acercarse al centro de Santiago. Si pueden confiscar móviles durante el trayecto, tendrán que sortear o batir los controles que los militares instalan en todas las direcciones de aproximación. Y si, después de lograr todo eso, llegan finalmente a las cercanías de La Moneda, habrán de enfrentarse a casi dos mil efectivos del Ejército y Carabineros, dotados con un armamento que ni en sueños podrían empatar.

Antes de salir, han discutido la posibilidad de asaltar alguna unidad militar para obtener más armamento. Lo más cercano es el Grupo 10 de la Fach, en la Base Aérea El Bosque. Pero esta ilusión -la Fach tiene un acuartelamiento de hierro en el sector- se va desvaneciendo casi junto con la angustiada carrera.

Tras salir del callejón, el grupo se halla de lleno en la población La Legua Emergencia. Y el espectáculo

que contemplan termina de desorientarlos: mucha gente está en las calles, agrupada, expectante. Si tuvieran armas, les dicen, podrían constituir un gran foco de lucha. Algunas mujeres les ofrecen té, agua, refrescos. Y, por supuesto, los precarios refugios de sus hogares.

La acogida de los pobladores produce alguna dispersión en la caravana de Indumet. Los hombres se distribuyen en pelotones, que convergen hacia La Legua antigua cuando se corre la voz de que una camioneta con armas ha llegado hasta la esquina de las calles Los Copihues y Estrella Polar (hoy Alcalde Pedro Alarcón), sobre la Plaza Guacolda (hoy Salvador Allende) (1). Se trata de una camioneta rezagada de los GAP de Tomás Moro, que trae una treintena de armas largas. Con un problema: munición escasa, igual que las metralletas de Investigaciones.

En las mismas horas, los carabineros han optado por desalojar los retenes ubicados en las poblaciones más peligrosas. El de La Legua Emergencia ha sido abandonado y más tarde saqueado por pobladores del sector. El de la población El Pinar sigue el mismo destino.

Para apoyar el desalojo de este último la 22ª Comisaría de La Cisterna envía un bus y un auto, con 3 oficiales y 27 carabineros, bajo el mando del mayor Mario Salazar. Estos hombres se llevarán la parte del león en las luchas que seguirán. Pero ahora que aún no lo saben, se disponen a responder a un llamado de la 12ª Comisaría, que pide ayuda para controlar la industria Comandari. Desde esas instalaciones, un pequeño grupo de obreros armados ha estado disparando contra los carabineros que cercan Indumet, situada a unos 200 metros en diagonal.

El bus entra a La Legua desde el suroriente y se cruza con la camioneta del GAP, que le dispara de inmediato. El mayor Salazar ordena perseguirla por calle Toro y Zambrano; y antes de la esquina de Estrella Polar (donde se han distribuido las armas), recibe una descarga frontal de fusilería (2). Los carabineros bajan a parapetarse.

El mayor Salazar decide avanzar disparando hacia la esquina. Entonces nota que los disparos no proceden de un solo punto, sino de muchos, incluso de los techos. Han caído en una emboscada. Los atacan no sólo los socialistas, también numerosos jóvenes de la población, mayoritariamente comunistas, que se han hecho cargo de las armas recién llegadas.

El mayor es herido en una pierna. Delante suyo muere baleado el carabinero Martín Vega. Otro, Raúl Lucero, que trata de cubrir al mayor, es derribado fatalmente por una ráfaga. Los demás policías, aún en torno al bus, contemplan la escena con impotencia. Disparan hacia el frente, sin saber qué blancos buscan.

La balacera se prolonga por muchos minutos. Seis carabineros son heridos. Pero al fin, los policías logran reagruparse, rescatan al mayor Salazar y lo suben al bus. Cubre la retirada el cabo Pedro Muñoz, disparando la subametralladora con un brazo pegado al cuerpo, mientras lleva el otro perforado por una bala. El bus arranca hacia el Hospital Barros Luco.

Las radios de Carabineros hierven de llamados.

La batalla de La Legua acaba de comenzar. Mejor dicho: el agón de La Legua.

15.20 horas La Moneda, ala surponiente

Mientras el ala oriente de La Moneda es despejada por las fuerzas del general Palacios, al otro lado, en el poniente, el teniente Hernán Ramírez y su pelotón de la Escuela de Suboficiales hallan abierta la puerta de Teatinos. Se acercan con cautela, temiendo una celada. No hay tal: la han dejado así los carabineros que se escurrieron por allí tras las órdenes del general Yovane.

Los militares entran y corren hacia el sector sur, repartiéndose los tres pisos. No hay nada en las habitaciones: en esa zona, el Palacio parece desierto. Pero cuando se acercan al costado de Morandé, ven a un hombre alto, de barba, que conserva su elegancia pese al polvo en su ropa, y que con un cigarrillo en la mano les pide que no disparen. El teniente Ramírez lo reconoce de inmediato: es el ex ministro José Tohá. Lo saluda caballerosamente -lo llama "ministro"- y se deja conducir por él hasta la oficina donde están los demás.

En otra oficina, los soldados hallan a los detectives Quintín Romero y José Sotomayor, que permanecen con sus armas de servicio. Tras rendirlos, los llevan a donde ya son prisioneros los hermanos Tohá, los ministros Briones y Almeyda, el fotógrafo Silva y el funcionario Espinoza. Comparten con ellos unos cigarrillos.

La aparición de los militares ha sido casi un alivio. En los minutos previos se han asomado a los pasillos y han visto unas fugaces cabezas que emergen y se esconden entre las puertas; luego sabrán que han

sido los dos detectives aislados durante el bombardeo. La posibilidad de un tiroteo enloquecido ha sido alta y temible.

El teniente Ramírez conserva su amabilidad, aunque no olvida su tono marcial e imperativo. Mientras deja al grupo civil a cargo de tres soldados, avanza con sus hombres hacia el centro del Palacio.

La Moneda está finalmente dominada.

15.30 horas Cuerpo de Bomberos de Santiago

A las 15.30, el mayor Hernán Padilla llama al Cuerpo de Bomberos de Santiago. ¡Por fin! Los voluntarios están impacientes en las compañías cercanas al centro. Apenas pasadas las 10, el mando ha tomado contacto con el Ministerio de Defensa, que les ha dicho que no deben actuar hasta que se los autorice el enlace, el mayor Padilla. Y ahora están ya angustiados, viendo cómo se elevan las columnas de humo de La Moneda.

Así que en cuanto reciben autorización, tres compañías parten hacia el Palacio. Las informaciones sobre la magnitud del fuego, y el hecho de que también comienza un incendio en tres oficinas del tercer piso de la Intendencia, obligan a sumar de inmediato otras cuatro compañías, además de una unidad de escaleras. En el libro de incidentes del Cuerpo de Bomberos de Santiago quedará el siguiente registro: "El trabajo en el incendio del Palacio de La Moneda se organizó con el material movilizad (...) en forma de evitar que el fuego se propagara más allá de lo que tenía comprometido a la llegada del Cuerpo, y que era todo el amplio sector comprendido por el frente de la calle Moneda (excepto la primera oficina del lado oriente) y el de la calle Teatinos hasta más o menos 25 metros de distancia de la esquina de la Plaza de la Libertad, incluidas las edificaciones que existían dentro del Palacio circundando el patio cercano a la entrada por calle Moneda y el bloque que atravesaba de oriente a poniente, al ala norte del patio de Los Naranjos, excepto el Gran Comedor, denominado también Salón Toesca".

"Se logró detener el fuego (...) En consecuencia, no sufrió daño alguno la zona del edificio comprendida desde Morandé 80 hacia el sur y la que tiene frente a la Plaza de la Libertad, desde Morandé hasta Teatinos" (3).

A pesar de la devastación emocional y simbólica en que se encuentra el centro de la ciudad, los bomberos no tienen mucha demanda adicional esa mañana. De las compañías que van a La Moneda, dos se separan para acudir al incendio autoprovocado de la sede del PS de calle San Martín. El edificio se encuentra dominado por las llamas, ante lo cual los voluntarios se limitan a contener la propagación del fuego hacia otras propiedades.

15.30 horas Indumet, Cordón San Joaquín

También están impacientes los carabineros de la Escuela de Suboficiales, que oyen en las radios institucionales que desde Indumet se ha disparado contra carabineros de la Prefectura Pedro Aguirre Cerda. En algunos buses, estacionados en Alameda para servir como apoyo al cerco sobre la Universidad Técnica del Estado, los policías reclaman por la inactividad, cuando hay compañeros luchando en la zona sur.

Al fin, el mando ordena que varios de esos buses, además de una sección de tanquetas Mowag, partan a controlar la situación de Indumet. Para el momento en que llegan ya ha caído el primer policía, Manuel Cifuentes.

Una de las tanquetas se adelanta y empuja el portón hasta que lo derriba. Desde el galpón disparan contra el carro varios obreros atrincherados. Cuando el carabinero Ramón Gutiérrez trata de entrar, lo tumba una bala en la cabeza; otro, Fabriciano González, se acerca a ayudarlo y una ráfaga lo alcanza de lleno. González cae llamando a su esposa; morirá tres días después. Gutiérrez será rescatado y sobrevivirá (4).

Paradójicamente, el impacto de la caída de los carabineros es más fuerte entre los obreros que disparan que entre los uniformados.

Cuando una segunda tanqueta se asoma a las puertas de la industria, los obreros dejan de disparar. Hay un segundo de confusión, hasta que una voz ordena:

-¡Bótenlas todas!

Las armas vuelan hacia el fondo del galpón y muchos de los obreros corren hacia un gran foso en el cual se preparaba la instalación de una fundición. Allí buscan grasa y polvo para frotar las manos y borrar las huellas y el olor de la pólvora. Los operarios que están cerca del portón enarbolan un paño blanco y gritan a los carabineros que ninguno está disparando.

Los uniformados ordenan a los obreros salir y reunirse en el patio. La mayoría obedece. Pero las cosas no son tan simples. El grupo socialista que se ha ido a través de Plansa ha dejado tiradores en los techos de esta última, como un modo de retardar la ocupación de Indumet. Y ahora, cada vez que los carabineros intentan asomarse al patio, cumplen su tarea con implacable eficacia.

Los obreros quedan en el medio de dos fuegos durante casi 30 minutos.

La balacera cesa, finalmente, cerca de las 17 horas, cuando los tiradores de Plansa dejan sus posiciones.

Los carabineros ingresan al patio y al galpón de Indumet y comienzan la revisión de los obreros y la recolección de las armas abandonadas al fin de la refriega.

La Prefectura Pedro Aguirre Cerda envía más buses para hacerse cargo de un número de prisioneros que está fuera de todos sus cálculos.

15.25 horas Universidad Técnica del Estado

Una patrulla de la Infantería de Marina llega hasta la puerta del edificio de la rectoría de la UTE, donde flamea una bandera chilena a media asta. Saluda, evidentemente, al Presidente muerto, y los marinos no están dispuestos a tolerar ese tipo de manifestaciones.

-O la suben, o la bajan -instruyen.

En el campus de la UTE, formado por varios edificios y jardines discontinuos, permanecen unos mil estudiantes, profesores y funcionarios, además del rector comunista Enrique Kirberg. Han comenzado a reunirse desde las primeras horas, no tanto por las clases, sino porque este día debía ser especial: a las 11 hablaría allí el Presidente, en el marco de la "Semana contra el fascismo y la guerra civil". Kirberg y unos pocos dirigentes fueron informados de que el Presidente anunciaría el plebiscito (5).

Los estudiantes y profesores de la universidad más "roja" del momento han mostrado su voluntad de permanecer "en su puesto", siguiendo la consigna de Allende y del PC.

Sólo el núcleo socialista, dirigido por el profesor Ulises Pérez -que se encuentra sancionado por la directiva de Altamirano- ha decidido que no es prudente permanecer en el lugar, y se ha retirado en varios autos llevando los equipos de radio, para irse a las casas de seguridad y en unos días más iniciar la creación de un bolsón de resistencia en la población José María Caro. No lograrán salir de esas casas durante casi una semana.

Los estudiantes han presenciado el bombardeo de La Moneda desde los edificios de las facultades, y cerca de las 13 horas el dirigente de la Federación de Estudiantes, el comunista Ociel Núñez, ha llamado a la resistencia a una enfervorizada asamblea que no tiene los medios para intentarlo: ni armas, ni defensas, ni planes.

Y ahora, junto con la visita de los marinos, los estudiantes ven que los buses de carabineros están instalándose en las calles de acceso, mientras otras decenas de policías ocupan los techos de la vecina Villa Portales.

Un par de horas más tarde irá un mayor de Carabineros a advertir a los dirigentes estudiantiles que si no desalojan antes del toque de queda de las 18, tendrán que quedarse hasta el día siguiente.

-Tenemos orden de desalojar a las 12 de la mañana -dirá el oficial-. Si todavía están aquí, vamos a traer buses y los sacamos para que vuelvan a sus hogares...

La mayoría se quedará.

15.45 horas La Moneda, calle Morandé

En contraste con la impaciencia que han mostrado por salvar La Moneda de las llamas, algunos de los bomberos no parecen tan preocupados por la suerte de sus ocupantes. Los voluntarios del carro que se instala cerca de Morandé 80 arman sus mangueras por encima de los cuerpos de los prisioneros tendidos en la vereda, como si fuesen meros obstáculos.

Uno se ofrece al general Palacios para identificar a los que han disparado; el general lo mira con un gesto de desdén y lo hace retirarse. Más tarde, otro se acercará y le susurrará que el hombre alto del grupo de médicos ha sido ministro de Allende y se llama Jirón. Un tercero insultará al Negro Jorquera. Y todavía otros, arriba, en el segundo piso, se disputarán la puerta del Salón Independencia para ver el cadáver de Allende.

Afuera, el tiroteo comienza a declinar.

El general Palacios decide trasladar a los prisioneros a la vereda oriente, junto a los muros del Ministerio de Obras Públicas. Además de los bomberos, ha pedido que concurra al Palacio un equipo de peritos de Investigaciones, para examinar a Allende; y luego, recordando que necesitará testimonios gráficos, ordena que una patrulla vaya a buscar a un fotógrafo al diario El Mercurio, a tres cuadras de distancia.

15.45 horas Ministerio de Obras Públicas

Los tiradores del GAP ven moverse al helicóptero cerca de los pisos altos. Lo contemplan con cierta resignación: sería un blanco glorioso, y relativamente fácil desde las posiciones que tienen. Como las persianas han sido bajadas, los ocupantes del aparato difícilmente podrían ver desde dónde les llegaría el ataque. Estarían perforados antes de darse cuenta.

Pero el jefe ya ha dado la orden de cesar el fuego y replegarse. Ahora los ocho tiradores (6) se preocupan de "embarretinar" las armas en los ductos de ventilación elegidos previamente, y de frotarse las manos contra las murallas para borrar los rastros de pólvora.

Lo más complicado de esconder es la ametralladora .30 y el lanzacohetes RPG-7, con su mochila de tres cohetes. A la carrera, Manuel Cortés halla un baño deshabilitado donde hay unos lockers abiertos.

Deposita allí las armas, cierra las puertas y se reúne con el resto del grupo, que baja a toda prisa.

En el primer piso se agolpan los funcionarios, saliendo en masa de los subterráneos. El general Palacios ha ordenado evacuar el edificio, y los soldados están cortando las cadenas de la puerta.

Los hombres del GAP deciden que deben estar entre los primeros que salgan, para minimizar las sospechas de que pudiesen ser los francotiradores. En la puerta, los soldados comienzan a verificar las identidades y las credenciales de los que evacuan el edificio.

El grupo de la guardia presidencial se ha provisto de falsas credenciales de funcionarios, y eso les basta para ser liberados: los militares no están para chequeos más sofisticados. Por lo demás, están seguros de que hallarán a los francotiradores en los pisos de arriba, o huyendo por las azoteas, o tratando de pasar a otros edificios.

Jamás imaginarían que los adversarios más odiados de la jornada se van por la puerta principal. (El Servicio de Inteligencia Militar lo descubrirá días después, cuando cruce las nóminas de funcionarios con los nombres de las credenciales que han anotado los soldados. Entonces se iniciará la cacería).

16.15 horas La Moneda, calle Morandé

Hay algo de sus prisioneros que al general Palacios le cuesta entender: ¿por qué tantos médicos? Uno, Guijón, estaba junto al cuerpo de Allende; otro, Arroyo, ha diagnosticado a un GAP; otro, el cardiólogo José Quiroga, presta primeros auxilios a una mujer herida en Obras Públicas y hasta refuerza el vendaje en la mano del general. El doctor Arroyo le dice que hay más.

-Bueno, que se levanten -dice Palacios- para que nos ayuden a curar a nuestros heridos...

A los doctores que ya rodean al jefe militar se unen el cirujano Víctor Oñate, el cardiólogo Hernán Ruiz y el anestesista Alejandro Cuevas. Sólo hacen pequeñas curaciones. Arroyo insiste en que hay todavía más. Pero Palacios se irrita ante la evidente falta de colaboración:

-Ah, no, éstos se jodieron.

Poco después, Arroyo vuelve a la carga, y el general cede. Se paran los doctores Jirón, Soto y Bartulín. Podrían haberse integrado otros tres médicos: Coco Paredes, Jorge Klein y Enrique París e incluso, quizás, el egresado de Medicina Ricardo Pincheira.

La razón por la que no lo hacen es oscura: ¿imaginan que su desempeño político los pone en peligro si se identifican? ¿Se niegan a auxiliar a militares? ¿O, más simplemente, no oyen las instrucciones?

Tampoco los instan los otros médicos: ¿no los consideran parte del equipo asistencial? Estas dudas resultan todavía, 30 años después, escalofrantes. Sus protagonistas no lo saben, pero ellas marcan la frontera entre la vida y la muerte.

Es un hecho que el equipo médico parece exagerado. La explicación, que el general Palacios no conoce, se remonta a una mañana de junio del '70, antes de la elección presidencial, cuando Allende sufrió un agudo incidente coronario mientras caminaba con el senador radical Hugo Miranda.

Aquella tarde, su hija Beatriz convocó al cardiólogo Oscar Soto, de 31 años, que ya gozaba de una notable reputación y que ofrecía confianza política. Soto atendió a Allende durante una noche de angustia que se mantuvo en estricto secreto.

Ese día se supo que el candidato y luego Presidente cargaría con alto riesgo de infarto. Soto comenzó a acompañarlo en todas sus actividades, hasta que se hizo evidente que no daba abasto para cubrir la agenda del Jefe de Estado. Entonces se incorporó el nefrólogo Patricio Arroyo, luego el cirujano Arturo Jirón y más tarde el generalista Danilo Bartulín, que se haría cargo de todas las necesidades del personal de La Moneda e incluso de la casa de Tomás Moro.

A comienzos de 1973 se sumaron el cardiólogo Hernán Ruiz y el cirujano cardíaco Gastón Durán. Tras el tancazo se agregaron Guijón, Oñate, Cuevas y Quiroga, y la enfermera Carmen Prieto, como cuadro

médico permanente del Palacio.

En el implícito de sus contrataciones estaba la posibilidad de ataques armados a la sede de gobierno; la imagen del golpe de Estado flotaba también en estas decisiones. El policlínico de La Moneda fue mejor equipado y hasta se añadió una pequeña sala para cirugías de emergencia. Con toda la dignidad médica que pudiese envolverlo, este era otro dispositivo de guerra, un refuerzo que suponía hechos de sangre en el centro del poder político del país.

La segunda explicación para la aglomeración de médicos en La Moneda en esta mañana es operativa. Los doctores han desarrollado un sistema de alerta temprana, y ahora todos han sido notificados de la emergencia. Con ese singular sentido del deber profesional han llegado todos los que se enteraron, y a primera hora tuvieron su revisión de rigor: el quirófano, la clínica, los equipos. Saben que su preparación es precaria; ni siquiera conocen los proyectiles que pueden usarse en un combate en serio. Pero ahí han estado: al pie del cañón.

Palacios estima que, tratándose de profesionales, no merecen quedar prisioneros. Cuando un bombero le advierte quién es Jirón, lo separa del grupo y lo deja junto a Guijón. Se acerca a los demás, ordena retirarles sus cédulas de identidad y les ordena irse a sus casas. Contraría con ello al oficial Jaime Núñez, que ha reconocido al doctor Arroyo como antiguo médico del Ejército y lo increpa por estar en ese lugar.

-No se quiten sus batas de médicos, para que no los detengan -les dice Palacios. Los doctores advierten el peligro que corren, y le piden un vehículo-. Ah, no, ese es problema de ustedes.

Un oficial de Carabineros, al que se acercan pensando en un furgón policial, se encoge de hombros. Tres de los siete médicos llevan sus batas. Ellos irán al frente, cubriendo a sus compañeros, en la espectral caminata que emprenden hacia Alameda.

El coronel de Inteligencia de la Fach Rafael González Verdugo reconoce, entre los arrestados, al Negro Jorquera, que algún tiempo antes había conducido en televisión el programa político "A ocho columnas".

-¡Pero si este es Jorquera! -dice a los guardias-. Es el reportero Carlos Jorquera, no debe estar aquí.

Es una época en que los periodistas políticos forman parte de la galería de celebridades. Esa gloria de coyuntura salva la vida del periodista: el coronel lo lleva caminando, amistosamente, hasta el Ministerio de Defensa.

16.30 horas Ministerio de Defensa

El grupo de altos funcionarios apresado en el ala surponiente de La Moneda sale del edificio, escoltado por soldados, y es conducido a pie hasta el Ministerio de Defensa. No hay incidentes en el trayecto: la balacera parece haber cesado completamente.

En el edificio los recibe, en un cómodo living, el general Nuño, que les da el pésame por la muerte del Presidente. Caballeroso y cordial, Nuño les anuncia que los jefes militares han decidido que, por su seguridad, pasen esta noche en la Escuela Militar.

-Mañana podrán volver a sus casas.

Por ahora, se les hará un breve examen médico para garantizar su buen estado, para lo cual deben ir a otro piso. Allí las cosas cambian bruscamente; pero no por los soldados, sino por los médicos.

Un trato insultante y despectivo hace pensar a Jaime Tohá, por primera vez, que el golpe no es lo que ha proyectado el general Nuño. En los ascensores que los llevan al subterráneo, ya con clara condición de prisioneros, recibirán los primeros culatazos de soldados.

Desde la Academia de Guerra Aérea llama el general Leigh. Después de confirmar que retirará el helicóptero reservado para la familia de Allende, el jefe de la Fach entra en la tensión que suscita la muerte del Presidente y propone lo que el historiador James Whelan llamará "una orden espantosa", que Pinochet aprueba y que transmite uno de los operadores de radio:

-Por cada miembro de las Fuerzas Armadas que sufran, que sean víctimas de atentados, a cualquier hora o cualquier lugar, se fusilará a cinco de los prisioneros marxistas que se encuentran prisioneros. Cambio.

Pero luego, en un tono más político, el mismo Leigh subraya la necesidad de que el cadáver del Presidente sea examinado por los cuatro jefes de Sanidad de los cuerpos armados, además de un médico legista de Santiago, "con el objeto de evitar que más adelante se nos pueda imputar, por los políticos, a las Fuerzas Armadas de haber sido las que provocaron su fallecimiento".

Una preocupación parecida mostrará más tarde el general Bonilla, que sugerirá al Estado Mayor de la Defensa abrir un sumario militar para investigar las circunstancias de la muerte de Allende. Después de esa propuesta, Bonilla saldrá hacia la Escuela Militar para preparar el encuentro de los comandantes en jefe.

Entre tanto, el tema de los prisioneros inquieta más a Carvajal, que nota que el Ministerio no tiene capacidad para acumular a la gente que está siendo capturada. Tras anunciarle a Pinochet que pedirá a Brady que indique más unidades para llevar detenidos, le da la nómina de los funcionarios apresados en La Moneda.

-Gracias -dice Pinochet-. Después nos encontraremos en el lugar convenido.

-Conforme -dice Carvajal.

-Patricio, yo creo que a las 5.30 p.m. voy a partir al lugar de reunión. Me dicen también que hay un problema. Frente a la embajada de Cuba se está juntando gente. Sería conveniente mandar fuerzas allá. Voy a hablar con Brady. ¿Sabes algo tú?

-Comprendo. No, no sé nada, pero se le dio instrucciones a Carabineros para que se preocuparan de que no se formaran concentraciones. Voy a recomendarles especialmente que disuelvan esta concentración frente a la embajada de Cuba.

-Patricio, otra cosa. Aquí está Urbina conmigo, y algunos generales, para que tú sepas también...

-Comprendido. Ya llegaron Carabineros al área próxima a la embajada de Cuba.

-Manda un escuadrón con bombas lacrimógenas y esta gente se despeja. No acepten por ningún motivo que se formen grupos; estamos en estado de sitio.

-Conforme -dice Carvajal-. Lo vamos a enviar inmediatamente.

-Otra cosa, Patricio -se acelera Pinochet-. Es conveniente emitir una proclama radial recordando que hay estado de sitio y, en consecuencia, no se aceptan grupos. La gente debe permanecer en sus casas. Los que se arriesgan van a tener problemas y pueden caer heridos, y no hay sangre para salvarlos (7).

17.00 horas Regimiento de Telecomunicaciones, Peñalolén

¿"Patricio, aquí está Urbina conmigo..."? ¿Qué significa esa críptica frase, dicha al pasar, al margen del hilo de la conversación? ¿Y por qué "para que tú sepas también"? ¿De pronto el jefe del Ejército siente la necesidad de decir quién lo acompaña, algo que no ha hecho en ningún momento y que hasta los manuales de seguridad desaconsejan?

Nada de eso: Pinochet está avisando que se empieza a reconstituir su alto mando, mantenido en suspenso durante toda esta jornada. También está diciendo, a los que desconfiaban del jefe del Estado Mayor, que su segundo en la jerarquía quedará a cargo del puesto de mando cuando él parta hacia la Escuela Militar. Y una tercera cosa, más ambigua, más inasible, pero que se siente con una intensidad casi física en las oficinas de Peñalolén: Bonilla acaba de dejar de ser el sucesor automático. Hay otro general a quien consultar y obedecer.

El general Urbina ha conseguido un avión después de que Temuco ha quedado bajo total control militar, y tras llegar a Santiago se ha dirigido sin vacilación al Cuartel General del comandante en jefe.

La exactitud y rapidez de sus movimientos son una expresión profesional, no emocional. Un general astuto no puede ignorar lo que ha ocurrido. Le duelen el desplazamiento, la marginación, la desconfianza.

¿Imagina quiénes las han fraguado? Es seguro que sí. ¿Piensa que Pinochet ha cedido a esa presión sobrepasando la amistad de toda una vida? No hay duda.

Pero, aun si piensa en ello, pone la disciplina por encima. El Ejército se encuentra en una operación de gran escala, y su deber como jefe del Estado Mayor es contribuir al éxito y hacerse cargo de las consecuencias.

-¡Qué tal hermano! -le ha dicho a Pinochet, al entrar a su oficina-. ¿Cómo anda todo?

-Aquí estamos, hermano -ha respondido Pinochet, con humor y brillo en los ojos-, peleando, en plena guerra...

-¿Y dónde están los demás?

-Todavía en sus puestos, hermano. Merino debe estar por llegar de Valparaíso. Leigh y Carvajal ya deben estar en la Escuela Militar. Mendoza, no sé dónde está, pero llegará pronto a la Escuela.

-¿Y Bonilla, hermano?

-En la Escuela.

-¿Sabís una cosa? -ha preguntado Urbina, para contestarse, imperativo-: Ándate altiro a la Escuela, porque si no, te vas a quedar sin puesto y sin mando...(8)

Pinochet hace caso. Su auto se precipita calle abajo, en procura de la avenida Américo Vespucio. Está corriendo el último peligro: que alguno de los generales más impetuosos, como Bonilla o Arellano, se haga cargo ahora que las acciones principales están aseguradas.

Si la Junta se constituye sin él, con un representante, un delegado o un impostor, habrá perdido el combate. Un general sustituido es siempre un general caído.

17.30 horas Población La Legua

El bus N° 12 de la Prefectura Móvil de Carabineros, con personal procedente de diferentes unidades, se dirige a la zona donde ha sido emboscada la patrulla de la 22ª Comisaría de La Cisterna (9). Ya saben qué les espera. Por eso, en cuanto divisan a un grupo con armas, comienzan a disparar.

El laboratorista Francisco Cattani, militante del PS, recibe un impacto en plena cara mientras prepara un RPG-7; es el primer muerto del grupo socialista. Otro de ellos, al parecer estudiante de Historia, toma el lanzacohetes, apunta y dispara contra el bus policial: el proyectil atraviesa la calle con un zumbido ronco, entra por el parabrisas, elimina al chofer José Apablaza y cae sobre el piso del vehículo, sin estallar. Los carabineros corren a las puertas y se echan sobre las veredas. Una cortina de fusilería convierte al bus en chatarra dentro de los minutos siguientes.

Los carabineros quedan a merced de la unidad socialista de combate y de los jóvenes comunistas de la población, que ejecutan con agilidad la táctica del "cambio de posiciones" mientras mantienen a su adversario inmovilizado por el fuego cruzado. El carabinero de 25 años José Maldonado muere acribillado, boca abajo. Las balas agitan de tal modo su cuerpo inerte, que el carabinero José Pérez intenta rescatarlo, creyendo que aún vive; cuatro balazos lo inmovilizan. Un cabo lo arrastra hasta el umbral de una casa, donde Pérez oye un grito apagado y una frase final:

-¡Chuta! ¡Me jodieron!

Es el carabinero Juan Herrera, que se apoya arrodillado en su fusil y se desliza de bruces, muerto.

A poca distancia de allí, un tercer bus policial es atacado en emboscada. El cabo que lo conduce recibe un balazo en un brazo y cae al piso; otro carabinero toma su asiento, pero apenas tiene idea de conducir. Desde el piso, el cabo herido le da instrucciones para los pedales y los cambios. Los carabineros a bordo, tendidos bajo los asientos, no pretenden luchar. El fuego graneado procede de todas las direcciones. El solo intento de bajar del bus sería un suicidio.

A duras penas, el inexperto conductor se aferra al volante y hace avanzar al bus a saltos, en dirección a Gran Avenida. Se salvarán por milagro.

En el suroriente de La Legua se reagrupan otros pelotones de la Fuerza GEO, ahora para marchar hacia Sumar. En ese momento aparece Renato Moreau, el lugarteniente de Camú, con un carro de bomberos y un grupo numeroso de hombres armados. Es el recurso estratégico de la jornada: el camuflaje de los bomberos servirá para tener más movilidad, para enfrentarse a las patrullas militares y policiales e incluso para atravesar las filas enemigas. Ahora, el carro da vueltas por las calles de La Legua, anunciando la marcha hacia Sumar.

Una columna de combatientes avanza hacia el gigantesco terreno de esa industria textil. En la fábrica de algodón, los dirigentes sindicales han acordado desechar la resistencia y llamar a los trabajadores a regresar a sus casas; pero en la vecina, de poliéster, han recibido a dos de los vehículos del GAP y distribuido algunas armas.

A eso de las 15.30, ante el sobrevuelo de un helicóptero Puma del Comando de Aviación del Ejército, han emplazado una ametralladora .30 y buscado a la nave con su mira. Aunque la tripulación de siete hombres ha intentado responder el fuego, no ha podido mantener el control del vuelo. Ha huido desesperadamente hacia la base aérea El Bosque, donde aterrizará con 17 perforaciones de bala y el piloto herido en un pie.

La retaguardia que protege la evacuación socialista de La Legua ve ingresar a una ambulancia con carabineros por la calle Comandante Riesle; los hombres creen que se trata de un truco similar al de la bomba.

Pero es un vehículo del Hospital de Carabineros, que ya ha entrado más de una vez a recoger heridos. En cuanto se detiene en la Plaza Guacolda, recibe fuego desde Los Copihues y Toro y Zambrano. El enfermero René Catrilef consigue rescatar a un sargento herido en la cabeza antes de que el chofer Rafael Folle emprenda la salida. Entonces Folle ve estallar el parabrisas y siente un golpe feroz en el brazo derecho. El volante gira solo, suelto, y la ambulancia se estrella contra un árbol. El carabinero escolta Mamerto Rivas la defiende con su fusil; lo apoya, por un costado, el sargento practicante José Wetling. Cuando Folle logra reanimar el motor, una nueva ráfaga mata a Wetling, arrebatando su arma a Rivas y hiere en una pierna al enfermero Catrilef (10). La ambulancia sale con más de 32 balazos en la carrocería, y llega al Hospital con el motor a punto de fundirse. No volverá a ser utilizada.

En La Legua se celebra el triunfo con vítores. ¿Es una señal de victoria?

Nada de eso. Es otro sueño. O una pesadilla. De sangre.

Citas

1.- De acuerdo con un testimonio directo, el contingente se divide en tres partes: una, que se fragmenta en subgrupos dentro de La Legua; otra, que dentro de esa población dirige las emboscadas mayores contra Carabineros y luego trata de alcanzar la industria Mademsa; y una tercera, que se va a la industria Sumar-Nylon. SARKIS, ALFREDO: Roleta chilena. Rio de Janeiro: Record, 1981, pp.125-131. El autor reproduce una entrevista hecha por él mismo, bajo el seudónimo de Marcelo Díaz, a un sobreviviente uruguayo de estas escaramuzas, publicada en el diario Libération, en octubre de 1973.

2.- Dramáticos episodios vividos por Carabineros. Santiago: Diario El Mercurio, 13 de septiembre de 1973.

3.- El mismo documento agrega el impresionante detalle de que "la extinción total de los escombros sólo se logró el viernes 14 de septiembre", y explica que el miércoles 12 debieron acudir 7 compañías en distintas horas, y 5 más el viernes 14.

4.- Posteriormente, la Escuela de Suboficiales será bautizada con su nombre.

5.- GONZÁLEZ, MÓNICA: "Así fue como ocuparon la universidad". Santiago: Revista Análisis, 31 de marzo al 6 de abril de 1987.

6.- Según Isidro García, sólo seis de ellos dispararon. Dos, a los que no identifica, habrían sufrido una "crisis" al momento de iniciarse las acciones. Informe Especial: Cuando Chile cambió de golpe. Santiago: Televisión Nacional, 20 de agosto de 2003.

7.- Este segmento de las comunicaciones militares no aparece en Interferencia secreta. Su importancia debió ser sopesada por el almirante Carvajal, quien lo dio a conocer. CARVAJAL, PATRICIO: Téngase presente. Valparaíso: Arquén, 1993, pp. 110-112.

8.- Una primera versión de este diálogo: HARRINGTON, EDWIN; y GONZÁLEZ, MÓNICA: Bomba en una calle de Palermo. Santiago: Emisión, 1987, pp. 139. Ella ha sido ajustada con nuevos testimonios.

9.- GONZÁLEZ, IGNACIO: El día en que murió Allende. Santiago: Cesoc, 1990 (ampliada), pp. 284-285 y 330.

10.- Septiembre de 1973. Los cien combates de una batalla. Santiago: Gabriela Mistral, 1973, pp. 26.

El retiro del cadáver de Salvador Allende y el primer encuentro de la Junta Militar
Glorias y cenizas

17.30 horas Academia de Guerra Naval, Valparaíso

El almirante José Toribio Merino aborda un helicóptero naval, acompañado del contralmirante Sergio Huidobro, jefe de la Infantería de Marina. En un segundo aparato suben el médico y contralmirante Miguel Versin, director de Sanidad, y el abogado y contralmirante Rodolfo Vio, auditor general de la Armada. Las dos naves recorren el litoral hacia el norte, y enfilan a Santiago por la parte más baja de la Cordillera de la Costa. Ingresan a Santiago por el norponiente, y se desvían al sur para pasar sobre las instalaciones de la Armada en la Quinta Normal. Mientras avanzan, ven los edificios de la UTE, entre los cuales circulan, corriendo, numerosos estudiantes.

Merino pide al piloto de su helicóptero, el teniente Tomás Slack, que prosiga por la Alameda. Sobre La Moneda, ordena un vuelo en circunvoluciones. Contempla las columnas de humo que se elevan desde el Palacio y las ruinas que ha dejado el bombardeo. Lo incitan una cierta curiosidad profesional y la sensación de que se trata de una visión histórica.

Los helicópteros se dirigen luego al oriente, a la Escuela Militar. El doctor Versin tendrá que partir, en cuanto aterrice, en un auto del Ejército hacia el Hospital Militar. Por antigüedad, es el presidente del Comité de Directores de Sanidad de las Fuerzas Armadas, un organismo dedicado usualmente a analizar

estadísticas sobre prevalencias y a discutir, muy de vez en cuando, casos especiales. Jamás ha estado en su agenda el análisis de casos políticos.

Y menos la autopsia del Presidente de la República.

17.45 horas Centro de Santiago

Encañonado por la espalda, con las manos en la nuca y bajo custodia de un grupo de soldados nerviosos, el senador socialista Erich Schnake camina hacia el Ministerio de Defensa, preso. Schnake ha tenido una jornada intensísima. En la noche anterior fue a revisar la planta transmisora de Corporación, la radio del partido, ante el aviso de que una patrulla militar se había estado acercado a ella. Habló con Allende y con Altamirano, y este último aprobó que la radio transmitiera durante la noche "Mi Buenos Aires Querido", el alerta para los militantes.

A las 7.30 de este martes 11, lo recogió en su casa el diputado Alejandro Jiliberto y se instaló en las oficinas de la radio, situadas en el edificio del Banco del Estado, junto al de Obras Públicas, antes de las 8. Además de los movimientos de la Armada en Valparaíso, no había en la radio noticias nuevas. Sólo una: la de un auditor que había llamado para informar de una balacera en la Escuela de Suboficiales de Carabineros. (Este dato haría pensar a muchos, ese día y largo tiempo después, que hubo algún intento de resistir al golpe en esa unidad).

Habiendo sido bombardeada la antena principal, Corporación debió transmitir sólo por Frecuencia Modulada durante toda la mañana, usando toda la potencia de que disponía. Allende hizo su primer discurso por esas ondas, y luego instó al mismo Schnake a que llamara a los obreros a concentrarse en sus lugares de trabajo.

Después del bombardeo, que contempló desde esas oficinas, el senador buscó comunicarse con La Moneda por el mismo teléfono de magneto que había servido al Presidente. A través del auricular descolgado oyó voces y gritos militares: por esa vía supo, probablemente antes que nadie de la UP, que el Palacio había caído. A pesar de eso, las emisiones de la radio continuaron, convocando al pueblo a marchar sobre el centro, hasta las 15.47, cuando los tiradores apostados en el Ministerio de Defensa ubicaron la antena sobre el techo del banco y la destruyeron después de ingentes esfuerzos.

¿Por qué no fue sencillamente ocupada la oficina de la radio? ¿Otro vacío del "Plan Silencio"? La explicación de Schnake, años después, será más pedestre: el presidente del sindicato de la radio era un joven democratacristiano que ese día decidió quedarse por mera solidaridad; el capitán de Ejército al que se ordenó copar Corporación era el padre de ese joven, por lo que se limitó a cercarla y vigilarla. Sin capacidad de transmisión y con los militares entrando a los edificios céntricos, Schnake y su equipo decidieron quemar los documentos peligrosos, repartirse el dinero disponible y salir de a uno. El senador pensaba irse a su lugar asignado para el caso de golpe, un cuarto en los altos del Teatro San Martín, en la Alameda, desde donde haría funcionar una radioemisora clandestina.

Pero cuando le tocó el turno de salir, se vio de inmediato encañonado por un soldado que le exigió sumarse a una fila donde estaban siendo cacheados el personal del banco y algunos transeúntes. Allí lo reconoció un dirigente sindical del banco, de filiación DC, que advirtió a los militares que se trataba de un senador.

Y ahí va Schnake ahora, manos en la nuca, a encontrarse con los ministros Briones y Almeyda, los hermanos Tohá, Osvaldo Puccio y muchos otros socialistas que ya comienzan a sobrepoblar los subterráneos y el hall del Ministerio de Defensa.

Mala suerte: está entre los primeros prisioneros de la jornada. Y buena estrella: la clandestinidad podría haberle costado la vida.

17.45 horas Club de Carabineros, calle Dieciocho

El general José María Sepúlveda, depuesto en un golpe incruento e insonoro, cumple casi cuatro horas en el Club de Carabineros, desde su salida de La Moneda. Ha visto allí al coronel Manuel Yovane, hermano del general que organiza el golpe:

-Puchas, tu hermanito...-le ha dicho, sin contenerse-. La media huevada que ha hecho, ¿no?

Otros altos oficiales de la policía permanecen también en los señoriales salones. Por ejemplo, el general Urrutia. El general subdirector se ha ido a su oficina luego de evacuar la Intendencia de Santiago. Pero allí se ha sentido como un fantasma: con los subalternos pasando delante suyo como si no existiera; tratándolo con respeto, pero con un interés visiblemente débil. A las 14, ha ordenado a su chofer que lo llevase al club, y allí ha almorzado a solas, como si no hubiera en el mundo una expresión de lealtad que pudiese aplacar su humillación. Interrogado por los otros altos oficiales sobre el fenómeno del día, ha dicho, molesto:

-El Borgia Yovane nos liquidó a todos.

Y ahora, cuando se acerca el toque de queda decretado por la Junta, el club comienza a vaciarse en forma imperceptible. Uno a uno los oficiales parten a sus casas. Urrutia regresa al corazón de la asonada que acaba de terminar con su carrera profesional: el edificio Norambuena. Allí oirá una versión apaciguadora de los hechos: si Carabineros no se hubiese plegado al movimiento, habría sido intervenido por el Ejército, con riesgo para muchos de sus oficiales. Con esa historia se irá a dormir, oyendo los preparativos del general Mendoza para partir a la primera reunión de la Junta de Gobierno.

En el club, Sepúlveda piensa qué hacer. ¿Será más seguro volver a casa, o quedarse allí, o en algún otro lugar, mientras pasa este día peligroso?

Entonces recibe un llamado del general Yovane. El jefe de los Servicios está preocupado por la seguridad del ex superior, que aprecia precaria mientras permanezca en el centro de la ciudad. Quiere ofrecerle una tanqueta para que se traslade, al menos por esta noche, al Club de Campo de Carabineros, en las alturas de La Reina.

Sepúlveda vacila unos minutos, y acepta. Confía en Yovane, a pesar de todo. Minutos después, atravesará un Santiago rojizo, mal iluminado, rumbo a los faldeos precordilleranos.

18.00 horas Población La Victoria

Jorge Aravena, un estudiante de 23 años, dirigente de la Juventud Socialista, amigo de Coco Paredes y asesor de Investigaciones, intenta cubrir la retirada de los pobladores que se han reunido en torno a su auto ante la brusca irrupción de las tropas de la Fach en las calles principales de la población La Victoria, cuya fama de "roja" y combativa viene desde que fuese fundada a partir de una toma de terrenos, en octubre de 1957.

Aravena está junto al GAP Alejandro Cid, con quien ha recorrido Santiago desde la mañana, buscando la organización apropiada para sumarse al combate. Han pasado por el Cuartel General de Investigaciones, desde donde han sacado algunas metralletas -aun antes de que Joignant ordenase llevar un cargamento a Camú- y con ellas han llegado a La Victoria.

La población, cuyas calles son mayoritariamente de tierra y se organizan en líneas irregulares, con construcciones bajas y estrechas de frentis, vive un especial estado de agitación. La gente está en las calles, en grupos, a la espera de algo que no aparece.

Y cuando ese algo ha aparecido, sólo han sido Aravena y Cid: únicamente un auto y unas cuantas armas, pocas municiones y poca experticia. Las vecinas de más edad les han ofrecido fruta y mate, y los hombres han propuesto levantar barricadas y cavar trincheras en las vías de acceso.

Y he aquí que, en pleno debate acerca de las modalidades de defensa, han llegado los infantes de la Fach. Cubriendo el caótico desbande de los pobladores, Aravena dispara su metralleta durante unos minutos, hasta que una ráfaga lo mata.

El cuerpo queda tendido ante las miradas impotentes de los vecinos, que ven la escena tras sus ventanas. Los militares no se molestan en recogerlo. Cesado el fuego adversario, continúan su raid por el interior de la población, disparando aquí y allá, para espantar curiosos o responder a los balazos ocasionales de algún entusiasta.

El cuerpo de Aravena permanecerá más de una hora en la calle, hasta que los vecinos, ya seguros de que no hay militares a la vista, decidan salir a recogerlo.

Lo que se les ocurre colmaría las reglas de una pesadilla gótica: esconderlo en el refrigerador de una carnicería cercana. Dos días después lo llevarán, congelado, hasta el Hospital Barros Luco.

18.00 horas Ministerio de Defensa

El director de Contabilidad de la Fach, comisionado en servicio a la Dirección Nacional de Abastecimiento y Comercialización del gobierno, el general Alberto Bachelet, es puesto en libertad en su propia oficina.

Bachelet es el único general de todas las Fuerzas Armadas que ha sido arrestado durante este día. Algo excepcional y simbólico se expresa en esa condición única.

Lo han sometido a ese tratamiento sus amigos: el general Leigh, compañero de muchos años; "Jaimito", el general Orlando Gutiérrez, visitante asiduo de su casa; el general Nicanor Díaz Estrada, compinche de asados y fiestas familiares; y el general retirado Agustín Rodríguez Pulgar, vecino en el conjunto habitacional del alto mando situado cerca del Hospital de la Fach.

Bachelet es allendista y socialista sin ambages; sus simpatías políticas nunca han sido, hasta hoy, un motivo de ruptura con sus colegas del mando uniformado. Nadie ha dudado de su lealtad militar. Ni siquiera Leigh, a quien ha entregado el día anterior el plan de distribución de alimentos del gobierno, en forma privada. Nunca se ha objetado su entrega profesional. Eso cree.

Su testimonio es elocuente:

"El día 11 de septiembre de 1973, en la oficina del secretario general de la Fach (Eduardo Fonet), fui encañonado con un revólver por el general Orlando Gutiérrez, quien me conminó a entregarme arrestado por orden del señor comandante en jefe. El general Gutiérrez estaba acompañado por dos oficiales, los comandantes (Edgar) Ceballos y (Raúl) Vargas. El primero procedió a despojarme del arma de servicio y a registrarme para ver si tenía alguna otra arma.

"Luego fui trasladado a mi oficina, en la Dirección de Contabilidad, oficina del director, donde quedé arrestado e incomunicado, bajo custodia de los comandantes (Sergio) Lizasoain y Vargas. Cuando ingresaron a mi oficina, el comandante Ceballos procedió a arrancar los teléfonos.

"Desde mi oficina pude presenciar gran parte del movimiento militar, el bombardeo a La Moneda, el incendio de ésta y en general gran parte de lo que ocurrió en dicha mañana, con la limitación que da un par de ventanas.

"Aproximadamente a las 18 horas se me comunicó que estaba en libertad y que podía regresar a mi casa. En ese instante procedí a redactar mi renuncia a la institución, la que entregué personalmente al señor Eduardo Fonet, secretario general de la Fach, ya que no se encontraba en su oficina el señor comandante en jefe.

"Tuve la oportunidad de expresarle a este oficial, y al general Magliochetti, que se encontraba presente, mi profunda indignación por la vejación a que había sido sometido, la que ellos atribuyeron a la nerviosidad propia del momento. Conjuntamente con dicha renuncia, procedí a presentar las correspondientes a la vicepresidencia del Deportivo Aviación y a la presidencia del Club de Tiro al Vuelo de la Fach".

¡El Deportivo Aviación, el Club de Tiro al Vuelo!

El general Bachelet testimonia su enojo, suponiendo que la dignidad de un general, que es la dignidad de las instituciones, puede sobreponerse a la violencia ambiental.

No sabe que las instituciones están reducidas a cenizas. No sabe que 48 horas después, mientras su hija Michelle permanece en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, el general Gutiérrez, el antiguo y querido "Jaimito", irá a buscarlo a su casa, con una patrulla armada, para un viaje sin retorno.

18.10 horas La Moneda

Cuando el toque de queda se precipita sobre el país, el inspector Pedro Espinoza, de la Brigada de Homicidios de Investigaciones, y el inspector Julio Navarro dan por terminado el análisis de "sitio del suceso" del salón Independencia del Palacio de Gobierno. Concluye más de una hora y media de trabajo, en compañía de cinco peritos: dos balísticos, un planimetrista, un dactiloscopista y un fotógrafo.

Espinoza y Navarro han llegado después de pasar por un túnel de desinformación. En el Cuartel Central, el prefecto Julio Rada les dijo, al momento de darles la orden, que en La Moneda se había suicidado un

general. Cuando llegaron al Ministerio de Defensa para recibir las instrucciones finales, el general Brady les reveló que el muerto era Allende, y que lo había matado un GAP. Al fin, en La Moneda, el general Palacios les presentó al doctor Guijón, quien les describió lo que había visto.

Después de que el planimetrista tomase las medidas y distancias del salón, y que el fotógrafo registrase las primeras imágenes del cuerpo -agotando las 27 letras del alfabeto- los detectives han tendido el cadáver en la alfombra y lo han desnudado totalmente. En cada paso han tomado muestras de huellas, marcas y residuos, que luego serán analizados por el Laboratorio de Policía Técnica.

Pequeños detalles han llamado la atención a sus ojos de expertos. Por ejemplo, los gruesos anteojos característicos del Presidente, sucios y semiempañados; los dos calendarios de latón, de 1973, de marca Panamtur, engrapados en la pulsera del finísimo reloj Galga Coultre; los bolsillos totalmente vacíos de toda la vestimenta, con excepción de una llave y un papel en blanco, hallados en el bolsillo derecho del pantalón; el pañuelo de seda azul doblado en el bolsillo superior de la chaqueta; y el cuerpo libre de heridas, actuales o antiguas, en toda su superficie.

Los peritos han hallado restos de caja craneana esparcidos por el piso; también de materia encefálica; dos vainillas de balas, probablemente disparadas mucho antes, que entregarán al general Palacios para el peritaje militar.

Y sobre todo, los dos plomos de balas que, disparadas "presumiblemente de abajo hacia arriba, de delante hacia atrás, con entrada en la región mentoniana inmediatamente a la izquierda de la línea media, y salida de el o ellos, con estallido de la zona parietal izquierda", han atravesado el gobelino colgado tras el sofá y se han incrustado en el muro de concreto.

El informe final, terminado a las 19 horas en el Cuartel Central, establecerá, en la segunda y más importante de sus conclusiones:

"El hecho acaecido, por las condiciones de la herida de entrada, de la trayectoria interna, herida de salida y otros antecedentes obtenidos en el sitio del suceso (manchas en las manos, posición del cuerpo y el arma, etc.), tiene las características de un suicidio. En consecuencia, se descarta la posibilidad de homicidio".

Ahora, los detectives regresan al cuartel con la sola escolta de un oficial de Ejército. Permanecerán allí otros dos días de servicio continuo.

18.10 horas Poblaciones La Legua y El Pinar

En la industria Sumar permanecen unos 300 trabajadores de los mil que hubo en la mañana. Muchos de los que quedan intentaron regresar a sus casas, pero ante la falta de movilización han regresado a refugiarse del inminente toque de queda. El presidente del sindicato principal, el DC Manuel Bustos, ha decidido seguir junto a su gente.

De modo que los hombres del Aparato Militar del PS y del GAP que llegan desde La Legua no hallan una disposición combativa real. Sólo en la usina de poliéster hay un grado de organización para la lucha. Y aunque el interventor, Rigo Quezada, se esmera en animar a los obreros presentes, está claro que no es el lugar apropiado.

Los jefes del Aparato Militar deciden entonces marchar hacia Madeco, una industria situada en la calle El Pinar, entre la población del mismo nombre y La Legua. Una decena de vehículos son abordados por el contingente socialista, reforzado por unas decenas de obreros.

Rápidamente la marcha se hace penosa. Cuando aparece un avión de reconocimiento Twin Otter, inofensivo en términos militares, el grupo se desbanda: muchos corren a buscar refugio en las casas de La Legua, de las que no volverán a salir hasta días después.

Lo que queda de la columna principal se enfrenta luego a una patrulla de la Fuerza Aérea; durante el tiroteo, otros militantes socialistas abandonan el sector, convertido ya en un pesadillesco escenario de emboscadas y enfrentamientos sorpresivos.

El menguado grupo que llega hasta Madeco toma, por fin, la decisión de abandonar el plan de marchar

hacia La Moneda y opta por sumergirse a la espera de una reorganización integral de las fuerzas. Exequiel Ponce, jefe del Frente Interno del PS, ordena "embarretinar" el armamento; Renato Moreau y un pequeño grupo se lo lleva hasta una casa cercana a Gran Avenida, atravesando de nuevo La Legua; otros militantes se harán cargo de generar las redes de comunicación.

Por ahora, la orden es clara: todo el mundo a sus refugios.

Los que sigan luchando lo harán por desconocimiento y desconexión. Pero, ¿no es ese el síndrome que ha afectado todo este largo día a las tesis armadas del PS?.

18.30 horas La Moneda, calle Morandé

Terminado el trabajo de los peritos policiales, el general Palacios dispone que el cuerpo del Presidente sea trasladado al Hospital Militar. Soldados y enfermeros lo acomodan en una camilla, pero el general ordena que sea cubierto con algo. En la oficina del secretario Puccio hallan un chamanto, elaborado en La Ligua, que sirve con largueza para ese fin.

Los soldados piden ayuda a los bomberos para la trabajosa faena de bajarlo hasta la calle. Varios voluntarios de la 12ª Compañía prestan hombros y brazos en los costados de la camilla. El camión-ambulancia sale hacia Alameda para tomar rumbo al oriente.

La última salida del Presidente produce emociones turbulentas entre los prisioneros que permanecen tumbados en Morandé. Pero no hay mucho tiempo para eso. Dos microbuses grises, de la Armada, se ubican en la calle para que los prisioneros ("rehenes", en el lenguaje del plan de la Agrupación Centro) partan al Regimiento Tacna.

Los soldados los forman en dos filas y los hacen pasar por el primer "callejón oscuro" -el pasadizo de culatazos y patadas- de la jornada. Encabezan la primera fila tres miembros del GAP: Hugo García, Pablo Zepeda y Juan Osses. Debido a esa circunstancia, van hacia el fondo del bus, donde se arrodillarán sobre los asientos, mirando hacia atrás y con las manos sobre la nuca, como todo el resto de los ocupantes. Por subir primero, bajarán al último. No comprenderán hasta mucho después el significado mágico de ese hecho minúsculo.

Los alrededores de La Moneda quedan desiertos. Mientras la luz del día se extingue lentamente, con la parsimonia de la primavera, y la llovizna humedece las calles como si quisiera lavarlas, el silencio se va haciendo más pesado. De vez en cuando lo rompe algún disparo aislado, que instantáneamente es seguido por una balacera infernal, con un eco amplificado por el cajón de edificios altos que rodean al Palacio. Será así toda la noche.

18.45 horas Indumet, Cordón San Joaquín

Después de tenerlos por casi 90 minutos tendidos en los patios, boca abajo, los carabineros sacan a los trabajadores de Indumet por los accesos de las calles Nueva Macul y Rivas. Los sientan, manos en la nuca, a lo largo de la calle Santa Ana. Hay pateaduras, culatazos, insultos. El rito ancestral de los rendidos: los vencedores generosos son siempre muy escasos. Pero además, en este caso, los carabineros sospechan que algunos de estos trabajadores han estado disparando en su contra. A veces se tientan con alguna acción mayor: hacen pararse a un par de obreros y les ordenan que corran. Todos saben lo que esto significa: "Ley de fuga", balazo por la espalda. Desde el segundo piso de la esquina grita un comerciante, y desde las ventanas, los vecinos: "No, ese es conocido", "Ese es trabajador", "Ese no es de la UP".

Los vecinos son gente piadosa, pero que ignora la verdad: la mayoría de los obreros ha estado combatiendo. Los vecinos prefieren imaginarlos como rehenes de los "extraños". Y de los "extremistas", y de los "extranjeros", que son las fórmulas perfectas para deshacerse de las culpas. Gracias a esa fantasía, ningún obrero es fusilado en esa calle; en virtud de la misma, el interventor ecuatoriano es el imán para todos los castigos.

Los carabineros disponen de un camión -ofrecido por un vecino solícito- y comienzan a formar a los prisioneros para llevárselos. Como el camión no alcanza, llegan dos buses policiales. En la fila, comienzan a quitar los relojes. Ya no hay disparos, el ambiente se ha relajado y el humor negro comparte espacio con el escalofrío:

-Mi cabo, el reloj es un regalo... -protesta un obrero.

-¿Y pa' qué lo querís, huevón, si en un rato vai a estar muerto?

El camión y los buses los llevan hasta la 12ª Comisaría, donde los echan de bruces, apelotonados, en un patio. Después de un rato, un mayor pregunta por los que están heridos, para llevarlos al Hospital Barros Luco. Los trabajadores vacilan: el instructor militar les ha dicho que, en guerra, los soldados buscan sangre para sus propios heridos, y que la obtienen de los heridos del enemigo si es necesario. Aun así, unos ocho obreros heridos se levantan; el mayor ordena trasladarlos al hospital. Un enfermero los ve esa noche, acurrucados y espantados por el ajetreo de la sala de urgencia.

-Y a ustedes, ¿qué les pasó? -pregunta, con sincera curiosidad.

-Chis -responde uno, sangrando de la cabeza-, ¿y todavía preguntai que nos pasó?

(Más tarde, el enfermero los sacará, vestidos de paramédicos, hasta una barraca de Quinta Normal. Días después llegarán, con las mismas batas blancas, como prisioneros al Estadio Nacional).

Entre los muchos instructores que han pasado por Indumet, todos recuerdan a un brasileño que estuvo en la guerrilla en su país y que se preciaba de su experiencia. Según él, en estas situaciones los prisioneros son asesinados y arrojados al mar. Los obreros se muestran escépticos ante semejante barbarie. Pero...

Cuando les anuncian que serán llevados a otro centro de detención, recuerdan los cuentos del brasileño. De la dirección que tomen los buses parece depender su destino. Si van hacia el sur o el norte, ningún problema. Pero si van hacia el oeste...

Los buses parten hacia el norte. Al Regimiento Tacna, donde los espera otro "callejón oscuro". ¿El tercero, el cuarto de la tarde?

19.00 horas Ministerio de Defensa

Alfredo Joignant, director de Investigaciones hasta el mediodía, y por lo tanto uno de los personajes con riesgo vital, llega detenido al Ministerio de Defensa, acompañado por un coronel de Carabineros. En la guardia lo esposan y le quitan la corbata, el cinturón y los cordones de los zapatos. Ese procedimiento lo convierte, en cierto modo, en un preso común, con la carga de humillación y deterioro que ello supone. Los militares lo llevan hasta el quinto piso, donde lo recibe el general Nuño.

Joignant culmina una de las peripecias más alucinantes de este martes. Tras salir de Investigaciones, ha pasado por su casa a ver a su esposa, en la zona de la Plaza Pedro de Valdivia, y luego se ha ido a una casa segura en La Reina. Pero allí lo ha ubicado su esposa por teléfono, diciéndole que el general (R) Prats lo busca. Joignant ha llamado al teléfono de la casa del general Eraldo Rodríguez, donde se refugia Prats, y ha recibido de sopetón una pregunta que no olvidará:

-Alfredo, ¿qué sabe del jefe?

-No tengo idea, general. No sé lo que ha pasado.

-¿Y qué va a hacer usted, Alfredo?

-La idea que tengo es juntarme con mis compañeros, por ahora...

-Qué va a andar arrancando, Alfredo, si el levantamiento es total. Yo que usted me presentaría. Voluntariamente.

-¿Usted piensa eso, general?

-Sí. Yo lo conozco bien: usted no es para la clandestinidad.

Lo que ninguno de los interlocutores ha sabido es que el teléfono desde el cual ha hablado el general Prats está intervenido. Aunque los oficiales de enlace que tiene con el Ejército deben protegerlo, es evidente que los superiores lo han estimado demasiado peligroso para dejarlo completamente libre. Minutos después de la conversación, Joignant ha visto que hay patrullas militares en los alrededores de la casa. La dueña ha llamado a un coronel de Carabineros.

-Yo lo saco de aquí, Alfredo -ha dicho el coronel-, pero no lo puedo dejar libre, porque eso me puede costar la vida. Me comprometo a dejarlo en el Ministerio de Defensa.

Joignant se ha mostrado de acuerdo y ha salido en el piso del jeep del coronel. Traspuesta la barrera

militar, lo ha invitado a tomar un café en la Prefectura Oriente. Y después de departir un rato con los oficiales, el coronel ha dicho:

-Bueno, ahora vamos al ministerio. Y por favor no trate de arrancarse, porque este es un golpe de Estado y su gobierno ya no existe...

Después lo ha entregado. Y ahora Nuño, que no abandona su caballerosidad con los prisioneros, lo envía a los subterráneos.

19.15 horas Regimiento Tacna, calle Tupper

Los dos buses con prisioneros de La Moneda llegan hasta el Regimiento Tacna, donde los bajan a empujones y los hacen ponerse de rodillas, en cuatro filas. Dos hombres vestidos de civil recogen las cédulas de identidad y las echan en una caja. Mientras permanecen hincados, con las manos en la nuca, llega hasta el patio el comandante del regimiento, el coronel Joaquín Ramírez Pineda:

-¡A estos los vamos a fusilar a todos! -grita, y ordena emplazar ametralladoras y desocupar las oficinas que están a sus espaldas. Los prisioneros oyen con pavor las carreras de los soldados y el movimiento de armas pesadas; si es una bravata, tiene un realismo escalofriante. Un par de oficiales se acerca al coronel, dialogan en voz baja y los preparativos se cancelan.

En cambio, los trasladan hasta unas viejas caballerizas situadas en la esquina norponiente, donde deben tenderse, boca abajo, sobre los adoquines. Al menos quedan a cubierto de la fina llovizna que comienza a caer sobre Santiago. La excepción son los tres GAP que subieron primero a los buses; ahora son los últimos, y el espacio techado no alcanza para ellos. Horas más tarde, cuando estén ya empapados, un sargento los sacará de ese lugar y los ubicará junto con otros prisioneros.

Esa casualidad salvará sus vidas: García, Zepeda y Osses sobrevivirán sólo por el gesto del sargento... o por la estrechez de la caballeriza. Al resto le espera un destino feroz. Salvo a los hombres de Investigaciones, que serán retirados al día siguiente por el inspector Santiago Cirio; esos hombres, ha explicado, estaban allí cumpliendo una función profesional.

Y al subsiguiente llegarán camiones militares con oficiales que traen una lista precisa: todos los que estuvieron en La Moneda; los subirán a empujones y marcharán rumbo a Peldehue, donde serán ejecutados a sangre fría, al borde de una fosa cavada por ellos mismos. Años más tarde sus restos serán removidos y diseminados en diversos puntos -incluido el Patio 29 del Cementerio General-, en un esfuerzo por ocultar esa decisión incomprensible. Las autoridades militares dirán unos días después que Coco Paredes cayó en un enfrentamiento, a sabiendas de que estaba en esa fosa; y el Servicio de Inteligencia Militar buscará por semanas a "Máximo", el jefe de contrainteligencia del PS, sin saber aún que Ricardo Pincheira también yacía en ella.

24 hombres morirán de ese modo. Otros 11 que debieron estar junto a ellos y que fueron detenidos en la Intendencia -incluyendo al hijo de la Payita- serán acribillados en otra noche brava, la del 19 de septiembre, sobre el Puente Bulnes. Sus cadáveres, arrojados al río Mapocho, se convertirán en una de las visiones pavorosas de la población de Santiago acerca del post golpe.

19.10 horas Escuela Militar

A esta hora ingresan a la oficina del director de la Escuela Militar, contigua al gran hall central, los cuatro jefes máximos de las fuerzas que han actuado en el día. El general Leigh ha propuesto reunirse en esa Escuela, un par de horas antes, en vista de que el descenso de la nubosidad, y la llovizna asociada, harían difícil maniobrar helicópteros en la zona del Comando de Telecomunicaciones de Peñalolén. El general Pinochet ha llegado primero, a instancias del general Urbina, para evitar cualquier tentación de otros generales. Algunos oficiales preferirían ver en la Junta al general Bonilla, e incluso al general Arellano. Peor aún: ambos lo saben.

Pinochet dispone que el armamento capturado sea desplegado en uno de los patios interiores, para

comenzar a mostrarlo a los eventuales visitantes y a la televisión. Luego se instala en el puesto de radio, junto al general Benavides, para recibir los últimos reportes. El movimiento ha sido un éxito absoluto en el Ejército: no se han registrado incidentes mayores en ninguna unidad; sólo retrasos, en algunas; ya vendrá el momento de investigar esas situaciones.

El almirante Merino llega con sus dos helicópteros. Los infantes que viajan a bordo bajan con sus armas para crear el cerco de seguridad. El almirante Carvajal, que ya está en la Escuela, lo acompaña hacia el gran hall.

El general Leigh arriba en vehículos terrestres, con una fuerte escolta armada. El general Mendoza, el único que debe atravesar parte del centro de la ciudad, viene con tres autos, además de una tanqueta al frente y otra detrás.

Ahora, los cuatro hombres se saludan con abrazos apretados. Carvajal cumple la tarea de hacer las presentaciones entre Merino y Mendoza, que no se han visto nunca antes. La conversación es liviana y breve; no hay un plan de trabajo, sino sólo unas apreciaciones generales sobre el grado de control del país, la necesidad de mantener el estado de sitio y la probabilidad de romper relaciones con el bloque soviético, además de Cuba. Lo que toma más tiempo es la disyuntiva de cómo informar de la muerte de Allende; el acuerdo final es emitir un comunicado (que saldrá recién el jueves 13) y mantener en reserva el lugar de su sepultación.

Como se sabe, en las Fuerzas Armadas chilenas la antigüedad constituye grado. Si se trata de antigüedad en el título personal, Leigh aventaja por tres días a Pinochet; Merino y Mendoza acaban de asumir. Pero, al nivel del mando superior, el Ejército ha hecho prevalecer la tesis de que lo que vale es la antigüedad de las instituciones, caso en el cual la prelación es: Ejército, Armada, Fuerza Aérea y Carabineros.

Esta cuestión incordiante no llega a discutirse esta noche, pero flota en el ambiente cuando Leigh propone que la Junta tenga una presidencia rotativa. Naturalmente, dice él mismo, el primero debe ser el general Pinochet; lo seguiría el almirante Merino, y luego Leigh y Mendoza. Los cuatro aprueban la idea. No hay acta sobre ello; es un "acuerdo de caballeros", según la expresión que Pinochet usará un poco más tarde, ante corresponsales alemanes de la revista Stern y ante la periodista chilena Florencia Varas.

Concluida la reunión, los cuatro altos oficiales son conducidos por Carvajal al patio donde se exhiben las armas capturadas. Allí los aborda un hombre de civil y sin brazalete, un pájaro extraño en esta noche de emergencia. Es el embajador de Brasil, Antonio Castro da Cámara Canto, que viene a anticiparles una decisión ya adoptada por su gobierno, encabezado por el general Emilio Garrastazu Médici: Brasil reconocería de inmediato a la Junta como el gobierno legítimo de Chile. (Cámara Canto, que logró relacionarse con la Armada y con el círculo de los generales que conspiraban en el Ejército, encubriendo sus actividades con la equitación, será un importante asesor de la Cancillería chilena en los meses siguientes).

20.00 horas Embajada de Cuba, calle Los Estanques

Hace poco más de una hora, Luis Fernández Oña, miembro del DOE cubano, encargado de las relaciones con los partidos de la UP y esposo de Beatriz Allende, ha recibido un llamado del Ministerio de Defensa. Los militares deseaban ubicar a la hija del Presidente para que ella y su familia pudiesen asistir a la sepultación de Allende.

Fernández Oña ha respondido que los ayudaría si le permiten asistir al sepelio y le aseguran que las hijas podrán asilarse en la Embajada de Cuba. Los militares han aceptado y avisado que un vehículo irá a recogerlo pronto. Pero no han vuelto a comunicarse.

La explicación es simple. En el ministerio han logrado hallar a un sobrino de Allende, Eduardo Grove. El almirante Carvajal lo ha llamado y le ha dicho que, buscando a la persona más apropiada para hacerse cargo del cuerpo, han dado con él; la condición es que el funeral debe realizarse sólo con su familia más cercana, en el Cementerio Santa Inés de Viña del Mar, en el mausoleo de la familia Grove. El sobrino ha aceptado.

En la casa de una compañera de trabajo de Isabel Allende, en calle Seminario, donde se han refugiado junto con Frida Modak y Nancy Jullien, Beatriz ha recibido un llamado de Fernández Oña, anunciándole que pronto iría a buscarla. En las mismas horas, las hermanas se han comunicado con su madre, que les ha dicho que recibió la notificación de ir a sepultar a su padre. Las dos se han hecho la ilusión de reunirse con su madre y con los restos de su padre al final de un día siniestro.

Fernández Oña, extrañado por la demora de los militares, se acerca al portón de acceso de la Embajada. Lo acompaña el embajador Mario García Incháustegui. Apenas entreabren la hoja metálica, se desata una balacera furiosa en contra de la legación. Fernández Oña alcanza a cerrar y tirarse al suelo; García Incháustegui sufre el roce de un proyectil en una mano, que sangra con alguna profusión. Lo que no saben es que los militares que rodean la casa tienen una sola orden tajante: nadie puede salir ni entrar. Y lo que esos militares ignoran es que el personal de la embajada tiene una sola orden: repeler cualquier ataque. Unas 120 armas, cortas y largas, contestan el fuego masivamente. Otras tantas replican desde el exterior. En los departamentos de calle Antonio Varas, las señoras de muchos oficiales de Ejército que ese día están de servicio deben tenderse en el piso ante el infierno de balas en que se convierte ese pequeño barrio de Providencia.

Según Max Marambio, el único chileno que está en la embajada, el tiroteo dura "apenas siete minutos". Cesa cuando, sencillamente, nadie más dispara. No hay bajas. Pero los nervios del sector quedan destrozados. Fernández Oña informa a su esposa que es inviable que pueda ir a buscarla. El embajador de Suecia, Harald Edelstam, atraviesa la zona de peligro y se pone frente a la Embajada de Cuba, voceando que los intereses de Cuba están ahora en manos de Suecia. Nadie se atreve a encararlo. Edelstam -que ya en la tarde había advertido a los soldados del cerco que una representación diplomática no puede ser violentada- encabezará las negociaciones para que los cubanos salgan del país al día siguiente, llevando también a Beatriz Allende. Sus hermanas Isabel y Carmen Paz, y su madre, Hortensia Bussi, se irán tres días más tarde, bajo la protección de México, cuyo Presidente, Luis Echeverría, las recibirá con luto en el aeropuerto.

El paso a la clandestinidad y el comienzo del régimen
La eternidad de la penumbra

La autopsia del cadáver de Salvador Allende; las dramáticas divisiones en la DC; el salto a la clandestinidad de Carlos Altamirano, Luis Corvalán y los jefes de la UP; el comienzo de la represión; la consolidación del poder de Pinochet y la división de tareas dentro de la Junta de Gobierno.

21.00 horas Hospital Militar

Hay pocas cosas tan desequilibrantes como presenciar una autopsia. Los tanatólogos saben que se trata de una experiencia límite. Está, desde luego, ese doble proceso de recomponer los trozos destruidos de un cuerpo, y seccionar en cambio los trozos intactos: una especie de juego de mecano, pero rodeado de los colores, los sonidos y sobre todo los olores de la carne real.

Parece comprensible que el doctor José Rodríguez Véliz, general director de Sanidad del Ejército, prefiera esperar el procedimiento afuera de la sala de cirugía del Departamento de Otorrinolaringología del Hospital Militar. Fue compañero de Allende en la Escuela de Medicina, y esta autopsia que comienza a desmenuzarse ese cuerpo de su misma edad no es adecuada para su debilitado corazón.

El doctor Mario Bórquez, jefe de Sanidad de la Fach, resiste a duras penas. También conoció al Presidente años antes, y recibió de él sus presillas de general pocos días después de haberse instalado en La Moneda.

Los doctores Luis Veloso, de Carabineros, y Miguel Versin, de la Armada, siguen los pasos de la cirugía con atención más profesional. Versin sabe ya que mañana ha de acompañar los restos del Presidente a Viña del Mar, y por tanto ha previsto dormir en el hospital. Mientras observa, se fija en el buen estado físico de Allende: los órganos vitales están sanos y, si existió algún problema en el corazón, sólo podría haberse detectado en un examen en vida. Tampoco hay rastros de alcohol.

El doctor Tomás Tobar, del Instituto Médico Legal, el médico asistente José Luis Vásquez y el auxiliar

Mario Cornejo trabajan por más de cuatro horas en el cuerpo. Cuando concluyan, cenarán con los jefes de Sanidad en el mismo hospital, con pocas ganas de conversar.

Ninguna autopsia es agradable. Pero aquí están frente a la peor de todas: la de una figura que, por las circunstancias que lo rodearon, está entrando a la historia. En las siguientes tres décadas, Allende vagará, como un fantasma insepulto, por entre las filas de sus seguidores y de sus vencedores, con parecida intensidad. Ha sido derrotado sintiéndose un vencedor de largo plazo, como lo ha sugerido su último discurso. Ha encabezado la que, desde el punto de vista de la lealtad y la coherencia, ha sido la peor coalición política de toda la historia de Chile, pero se ha ganado la veneración perpetua de esos mismos partidos.

Y si esto pudiese ser una mera ilusión final, lo es de una manera extraña, que perturba en forma especial a quienes lo han derrocado. Además de producir un entierro secreto, los militares demorarán dos años en inscribir su defunción en el Registro Civil. Su conducta privada será denostada con invenciones morales -disipación, alcohol, pornografía, lujo-, como si el depuesto fuese un sátrapa y no un político. Hasta sus pertenencias personales serán objeto de un largo escamoteo; la Fach se llevará sus cuadros, el Ejército sus autos y la Armada sus dos caballos; pasarán 17 años hasta que la viuda pueda recuperar la billetera de Allende, y 23 hasta que le devuelvan parte del dinero de su casa.

La demonización de Allende parece una reacción directa a la dificultad de vencer la imagen con que ha entregado su vida. Los generales del golpe tardarán años en reconocer que el gesto de no entregarse les parece, finalmente, "honorable".

Por algún extraño mecanismo, que sólo pueden explicar las necesidades épicas de Fidel Castro, el suicidio de Allende se convertirá en un tabú para parte importante de la izquierda mundial, que producirá libros y películas basadas en la fábula de un Presidente masacrado, "muerto en combate", como si la muerte de Allende por sus propias manos no hubiese sido también el producto de un combate.

La semilla la sembrará Castro, que durante días buscará testimonios para sujetar su propia idea. Los hallará en el miembro del GAP Renato González, el mismo que al salir del Palacio ha fingido un ataque de peritonitis y que más tarde, esta noche, será ayudado por enfermeros para refugiarse en una casa. González pasará luego a la Embajada de México, desde donde fabulará un relato en el cual Allende es asesinado por "un grupo de fascistas al mando de un capitán mayor" .

Fidel Castro oficializará esta versión en un célebre discurso en la Plaza de la Revolución, el 28 de septiembre, y meses después, en marzo de 1974, Gabriel García Márquez la adornará con realismo mágico en su grado inferior ("jarrones chinos... mangas de camisa... casco de minero... ropas teñidas de sangre").

La seriedad de la muerte de Allende no debía merecer este tratamiento tropical de parte de quienes se decían sus admiradores. Sin embargo, por indescifrables razones de escepticismo personal y cálculo político, incluso la familia y los cercanos ampararían por años las dudas sobre el final del Presidente, a pesar de contar con un testigo tan insospechable como el doctor Guijón.

Al cabo del tiempo, Allende se mostrará impermeable incluso a esas mistificaciones.

22.00 horas Escuela Militar

Las cámaras de Canal 13, instaladas en el hall de la Escuela Militar, emiten las primeras imágenes en directo de la Junta que acaba de asumir el poder. Cada uno de sus miembros improvisa un breve mensaje. El tono general es apaciguador, patriótico, moderado. Sólo el general Leigh presenta una arista dura cuando alude al "cáncer marxista"; el general Mendoza parece contradecirlo cuando afirma que "no se trata de aplastar corrientes o tendencias ideológicas", sino de restablecer la legalidad.

Pero esta no es hora de filigranas. El coronel de justicia de la Fach, Enrique Montero Marx, lee el decreto ley N° 1, por el cual se implanta el estado de sitio, y luego toma juramento como presidente de la Junta al general Pinochet. En seguida, el general toma los juramentos de sus colegas.

A juzgar por lo que ocurrirá en los meses siguientes, el más sincero del momento es el general Leigh. Las Fuerzas Armadas han llegado a considerar al marxismo, no como una ideología o un método de análisis sociopolítico, sino como una enfermedad mortífera, con una capacidad de irradiación incontrolable.

La metáfora no es vaga. Uno de los principales amigos y asesores de Leigh reconocerá más tarde que la elaboración doctrinaria del golpe -que se ha traducido este día en el bando N° 5, con todos los considerandos sobre el desorden público, la ilegitimidad del gobierno y el riesgo de guerra civil- comenzó

inmediatamente después de las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, cuando la oposición de centroderecha no consiguió la mayoría y, por el contrario, vio incrementarse la votación de la UP. Era el cáncer, ramificándose sin control.

Es decir, ya no era una cuestión de votos más o menos, sino de una enfermedad social. Más tarde, el decano de Derecho de la Universidad Católica, Jaime del Valle, buscará restar validez a los resultados de marzo, mostrando indicios de adulteración en el padrón electoral; pero el escaso interés de los militares en tales pruebas quedará en evidencia con la quema de los registros electorales a pocos días de asumir el poder. ¿A quién le interesa saber si el cáncer es pequeño o grande?

Como conjunto, la oposición ha perdido la confianza en la democracia; tampoco la ha tenido la izquierda -incluso desde antes-, que ha considerado que sus propios avances son demasiado lentos y que la vía electoral debe ser superada por algo más contundente. Nunca se sabrá si el golpe de Estado tiene el apoyo de la mayoría relativa o de la minoría relativa. Unos puntos porcentuales no cambiarían lo esencial: el país está partido en dos mitades, que se han vuelto crecientemente inconciliables.

Sin embargo, para los militares la cuestión es más profunda. La conducta de la UP amenaza la convivencia nacional, sí; pero los amenaza sobre todo a ellos. ¿Cómo han llegado a semejante convicción? Muchísimos factores entrarían en este análisis. Pero en la última línea figuraría siempre el proyecto leninista que por entonces encarnaba el PS: sustituir a las Fuerzas Armadas profesionales y "burguesas" por un aparato militar indocinado para cumplir con el sueño revolucionario. Promover el programa socialista equivalía a auspiciar la demolición de las Fuerzas Armadas tal como ellas eran concebidas hasta entonces. Aunque el de Allende no fuese exactamente el mismo, la ambigüedad de sus relaciones con su partido terminaba por involucrarlo también en la amenaza.

Pese a que el "tancazo" del 29 de junio fue sofocado por el general Prats y no por el "poder popular", los dirigentes de los otros partidos de la UP tendieron a sumarse, en distintos momentos, a la idea de construir un "Ejército del Pueblo" sobre las ruinas del otro, o a la de enfrentar a las tropas rasas en contra de sus oficiales.

"O nos destruían, o los destruíamos", titularía dramáticamente La Tercera unos días después, citando al general Bonilla. La frase expresa con claridad la naturaleza de la disyuntiva sentida por los militares: no entre la oposición y el oficialismo, no entre la Code y la UP, sino entre las Fuerzas Armadas y el proyecto revolucionario.

Y como ese proyecto se ha desarrollado en las arenas políticas -en el gobierno, el Congreso, los municipios-, en convivencia con centristas y derechistas, los militares desconfían de todos los políticos y de quienes han tenido contacto con ellos, sean abogados, sacerdotes, diplomáticos o profesionales. La política como tal se convierte en el demonio de la jornada.

El notable historiador y cientista Alan Angell supondrá que el rencor de los militares con la clase política se relaciona con la continua postergación que sufrieron por parte de ésta. Con la gran dosis de verdad que ha de contener este análisis, su alcance parece corto para explicar lo que ocurrirá a partir del "11"; un movimiento puramente reivindicacionista no explicaría la bravura de los acontecimientos; para ello se requiere incorporar un sentimiento de amenaza vivida en carne propia.

22.00 horas Cerro Ramaditas, Valparaíso

El diputado comunista Luis Guastavino y "Santiago", su guardaespaldas, llegan a la casa de la señora Carmen, la madre de este último, en las cercanías de un bosque que circunda la cima del cerro Ramaditas. Vienen exhaustos y se aferran a sus Smith & Wesson como si sólo ellas pudiesen darles tranquilidad.

Vienen de una jornada escalofriante. Guastavino es la gran figura comunista en el Puerto, el orador carismático que encarna al espíritu rojo en los cerros. En aquél donde vive, el Rocuant, una población ha sido bautizada "Luis Salvador" para rendirle homenaje a él y a Allende.

A primera hora ha recibido por teléfono el aviso del prefecto de Investigaciones de Valparaíso, Luis Bustos, sobre la movilización de la Armada, y ha alcanzado a despachar a sus tres hijos a casa de unos

familiares en Recreo. En vista de que su teléfono no funcionaba, ha cruzado con su esposa, la empleada Agustina y "Santiago" a la casa de los vecinos, a ver si ellos tendrían comunicación. Los vecinos son demócratacristianos, pero mantienen una relación amistosa con los Guastavino.

Ha sido un intento inútil, y también providencial: en esos minutos ha llegado un camión de infantes de Marina para detenerlo. Decenas de curiosos han contemplado el allanamiento; la casa de Guastavino es bien conocida en el sector. Durante casi una hora han permanecido con el alma en vilo, espiando los movimientos de los marinos.

Seguro de que el allanamiento se extendería, Guastavino llegó a prepararse para morir. Envío a su esposa y a sus vecinos hacia el fondo de la casa, y se paró en el living a esperar el destino. Desde la puerta lo contempló largamente un afiche de la última campaña de Eduardo Frei, con un slogan que le llegó a parecer sarcástico: "Vendrán días mejores".

Increíblemente, los marinos se han ido sin allanar la casa. Y al anochecer, ya avanzado el toque de queda, mientras el eco de disparos aislados retumbaba entre los cerros, ha decidido salir con "Santiago" a buscar otro refugio. En la hora siguiente, ambos han corrido hacia las alturas, escondiéndose en zanjas y matorrales, pasando por refugios posibles y descartándolos, hasta llegar a la casa de la señora Carmen.

Es una pobre choza de un solo ambiente, con piso de tierra, sin agua ni luz eléctrica. La señora Carmen improvisa un lecho para el diputado y le acerca un brasero.

-Le voy a encender dos velitas a la Virgen del Carmen -anuncia-. Yo sé que usted no es creyente, pero ella lo va a ayudar.

Guastavino asiente. Está desconcertado. No imagina cómo está ocurriendo todo esto.

El PC, segundo partido de la UP, primero en disciplina, allendista a toda prueba, soviético de corazón, realista en sus percepciones de las posibilidades de cambio, consciente de los inmensos peligros de la violencia contrarrevolucionaria, ha perdido el control de la política. Está metido en un berenjenal que no calza con su vocación obrera. Sus términos de referencia son más culturales que militares. Se cree preparado para la clandestinidad -seriamente, no es así-, pero sabe que no lo está para la guerra.

El PC ha contemplado con cierta perplejidad la deslealtad del resto de la coalición con Allende. Ha apoyado todas las iniciativas de moderación, para encontrarse una y otra vez con el rechazo del PS, del Mapu y de la Izquierda Cristiana. Es como si el partido más auténticamente marxista fuese la derecha de la coalición. A veces los comunistas también son guapos -lo permite la brillante combinación de lenguajes docto y popular de su secretario general, Luis Corvalán-, pero no están por acelerar el proceso.

Años después, a sugerencia del pétreo Leonid Brezhnev, Corvalán pensará que entre sus fallas estuvo el "vacío histórico" de carecer de una política militar, idea que suscitará el segundo de los grandes errores del PC en el siglo XX, la creación de un aparato armado justo cuando el viento sople en la dirección contraria. Pero para esto habrá de pasar mucho tiempo.

Por ahora, en esta noche eterna, Corvalán está refugiado en la casa de una modesta pareja santiaguina, esperando que en cualquier momento lleguen los militares.

22.30 horas Comuna de Providencia

El ex Presidente Eduardo Frei pernocta por segunda noche consecutiva en la casa de su hija. Está abatido, como cansado de la reclusión y las noticias. Al enterarse de la muerte de Allende, pasadas las 15 horas, se ha encerrado en la pieza de su yerno, Eugenio Ortega. Es un hombre demasiado atento a los ecos de la historia como para no saber el significado de lo que acaba de ocurrir.

En la tarde, la directiva del partido ha preparado en el departamento de Ricardo Isla, en calle Hernando de Aguirre, una declaración pública que expresa su respaldo a la acción militar y la esperanza de que el país pueda retornar pronto a la normalidad. La encabeza el presidente del PDC, Patricio Aylwin.

A eso de las 14, el vicepresidente Osvaldo Olgún ha recibido un llamado del general Baeza, que le ha informado del suicidio del Presidente; ello, ante la petición formal que ha hecho el partido de que se respete la vida de Allende. El diputado Mariano Ruiz-Esquide ha tenido la idea de proponer que él mismo, Olgún y Julio Montt, todos médicos, puedan asistir a la autopsia del Presidente. Baeza la ha acogido y ha dicho que buscaría la forma de llevarlos al Hospital Militar. Pero no ha vuelto a llamar.

A la misma hora en que se reunía la directiva, otro grupo DC convergía en la casa del ex Vicepresidente Bernardo Leighton. Era el sector del partido más proclive a un entendimiento con la UP, que debía liderar el ex candidato presidencial Radomiro Tomic. Pero Tomic se ha retirado de la cita unos minutos después de llegar, porque uno de los asistentes -no dijo cuál- no le inspiraba confianza. Los 13 restantes han debatido acerca de la necesidad de que el partido rechace el golpe de Estado. Poco después, Leighton llamaba a un ministro de la Corte de Apelaciones para interponer un recurso de amparo telefónico en favor de Carlos Briones, Clodomiro Almeyda y José Tohá.

El PDC es ya un partido emocionalmente quebrado por el levantamiento militar. Discrepa en su significado y sus consecuencias; difiere en la forma de reaccionar; no coincide en las interpretaciones. Cuando todos sus dirigentes se reúnan, dos días después, no lograrán un enfoque único. Pasarán unos tres años antes de que ello ocurra.

El principal socio político del PDC en ese momento, el Partido Nacional, no vive nada parecido; no hay en sus filas una sola duda acerca de la rectitud del golpe de Estado. Pero en los corazones de sus políticos más tradicionales asoma, a lo largo de este día, una cierta tristeza. ¿Es por la violencia que se despliega o porque intuyen que una época, de la que ellos mismos han sido parte, se está extinguiendo? Colaborarán a ciegas con el nuevo régimen, sin pestañear; pero sentirán su desconfianza bajo la versallesca fórmula de destinarlos a embajadas y misiones lejanas, fuera del centro del poder.

El senador Francisco Bulnes ha recibido en la tarde, en su casa de calle Darío Urzúa, la inesperada visita del dirigente gremialista Jaime Guzmán, quien ha querido comentar con el "tío" -como lo llama- la evolución de los acontecimientos.

Ya tarde en la noche, cuando Guzmán se prepara para transgredir el toque de queda por unos metros, para pasar a la casa vecina, la del también dirigente nacional Sergio Gutiérrez Olivos, donde alojará, Bulnes le formula una última reflexión:

-Vamos a tener que ayudar a los militares. Yo soy dirigente de un partido de derecha; creo que no sería conveniente que aparezca a su lado en estos momentos. Tú sí que debes ir a ofrecerte...

22.30 horas San Miguel

En la casa de un poblador de San Miguel, a la que ha llegado de prisa después de que los helicópteros sobrevolasen la de José Pedro Astaburuaga, el secretario general del PS, Carlos Altamirano, inicia lo que parafraseando a Hernán Cortés llamaría "la noche más trágica y triste de mi vida". Altamirano no se engaña: ha visto el odio y ha sentido el clima de violencia aguda en la sociedad. Sabe que el odio y la violencia están en Chile. No necesitan ayuda externa.

Tal como a los opositores a la UP les resulta servicial la idea de un ejército de extranjeros, soviéticos y cubanos, actuando tras el proyecto allendista, a la izquierda le acomoda la de una intervención continua de Estados Unidos. Una y otra cosa son ciertas: la CIA entregó dinero en Chile, los cubanos internaron unas decenas de armas y los soviéticos pensaron en créditos (que sin embargo no entregaron); unos y otros hubiesen aumentado sus aportes respectivos, de haber podido.

Todo es puro consuelo. Altamirano, como Fidel Castro con su embajada, había instado a imaginar que la lucha del socialismo chileno podía ser como la de Vietnam. Pero, en verdad, esta no era más que otra de sus hipérboles. De haber llegado al punto terminal, la de Chile habría sido una guerra como la de España, con pobladores matándose en los barrios, pandillas asesinando curas o artistas, y brigadistas internacionalistas saboreando el gusto de la aventura testimonial; o como la de Chile en 1891, con Fuerzas Armadas quebradas, poniendo por delante a civiles fanatizados o a simples enganchados a la fuerza. Ni Dien Bien Phu ni Quang Tri, ni émulos de Ho Chi Minh, ni milicias de Vietcong. Más que políticas, esas imágenes eran publicitarias: un anticipo de los excesos del marketing para excitar el consumo masivo.

Sin embargo, esta clase de "consumo" -de frases e imágenes explosivas- no resultó tan inocuo como para considerarlo un mero accidente, propio de la época. Si el lenguaje tiene alguna conexión con el cerebro, no es lícito suponer que esa retórica inflamatoria recibió una especie de "interpretación excesiva"

por parte de la oposición y de los militares. ¿Por qué se ha entregado Altamirano, un hombre sofisticado e inteligente -como lo probará en la lenta reconstrucción del PS en los años posteriores- a esa infatuación verbal que, careciendo de respaldo, podía sin embargo empujar a sus seguidores a aventuras mortales? ¿Por satisfacer a las galerías? ¿Por crear espíritu de lucha?

Nada de eso parece tener sentido ahora, en esta fría noche en que la vida del secretario general depende de la solidaridad de un humilde poblador de San Miguel. El secretario general siente ahora auténtica angustia. Piensa en Allende.

Tiempo después, dirá que en verdad cumplió "una especie de rol mediador entre el partido y Salvador". Para entender de ese modo su actuación habría que agregar por lo menos que se ha tratado de una mediación fuertemente desequilibrada en contra del Presidente: el PS rechazó sistemáticamente todas las iniciativas moderadoras de Allende a lo largo de 1973, hasta la final -la del plebiscito-, que aunque se la estimase claudicante, era el último cortafuegos antes del incendio. Y, del otro lado, dio un consistente apoyo a la formación de los "cordones industriales", que eran clara expresión de un descontento de ultraizquierda contra la política económica, laboral y social de Allende.

Altamirano podría decir -como lo insinuará- que fue rehén de una directiva radicalizada y militarizada. En ese caso, ha sido un mal político; en el otro, un mal militar. O las dos cosas.

De otro modo no se explica que esté ahora en esta pobre casa, oyendo los balazos en las calles, imaginando caídos por decenas y esperando una muerte que, sardónicamente, lo circundará sin tocarlo.

22.30 horas Quinta Normal

El almirante Merino y el contralmirante Huidobro atraviesan el desolado y tenso centro de Santiago con una escolta de patrullas militares que apuntan a todos los edificios. No tienen casa en la capital; la unidad de infantes del centro radial de la Quinta Normal ha ubicado una casa prefabricada que está vacía, y la ha equipado con catres de campaña y teléfonos.

Allí dormirá el principal promotor de la insurrección, el hombre que le ha puesto fecha y decisión.

La precariedad de la casa en que aloja esta noche no refleja el grado de preparación del almirante para este momento, y su importancia en el alejamiento de los políticos tradicionales, incluyendo a los de derecha, del nacimiento del nuevo régimen. Merino tiene el foco puesto en la economía; por intermedio del ex marino Roberto Kelly ha conseguido que un selecto grupo de economistas de la Sofofa, del PDC y del PN prepare un estudio sobre las medidas urgentes que se deben adoptar en caso de cambiar el gobierno. Kelly es también su enlace con El Mercurio, que prestará un apoyo decisivo a su propósito de introducir cambios drásticos en el panorama económico.

Gracias a Merino, el régimen nace con un respaldo civil que tiene menos importancia en lo político que en lo técnico. Cuando la Junta se reparta funciones de gobierno, el almirante pedirá para sí la economía, sabiendo que dispone de equipos competentes.

No es todo. También ha proporcionado gran parte de la plataforma jurídica para llegar al golpe y sustentarlo luego en normas ad hoc. Después de las elecciones de marzo, su auditor, el contralmirante Rodolfo Vio, encabezó el grupo de juristas que preparó el primer borrador de lo que hoy se ha conocido como el bando N° 5, la justificación del movimiento militar. Lo acompañaron profesionales de la Universidad Católica, la Universidad de Chile y el Colegio de Abogados. El texto reformulado después del "tancazo" será preparado por el mismo Vio, con el coronel de la Fach Julio Tapia Falk y el abogado Rubén Díaz Neira.

En julio, el abogado Ricardo Claro ha entregado a la Armada otro documento clave: un informe acerca de la legitimidad de la deliberación política en los cuerpos armados en situación de emergencia nacional. Merino es el jefe castrense dotado con el mayor y mejor contingente de civiles para la guerra de la recuperación que ahora comienza. A su admiración por los economistas profesionales -ligeramente disonante con su nacional-catolicismo en otras materias- ha de atribuirse buena parte del fracaso de la tesis de Joan Garcés, según la cual la destrucción violenta de las instituciones "debía conducir a la burguesía a la aporía de intentar levantar un estado fascista (...) o de reconstruir alguna variante del Estado tradicional". De ellos surgirá algo que Garcés no prevé: la refundación capitalista.

22.30 horas La Legua

La Legua nació en 1947, después de una tortuosa negociación entre pobladores, el Partido Comunista y el gobierno de Gabriel González Videla. En su origen, fue el PC el que organizó a numerosos obreros que vivían diseminados en cités y conventillos de Santiago, para ejercer presión en demanda de terrenos para vivir. Aquel año, al fin, el gobierno decidió entregarles una porción del Fundo La Lata, de propiedad del Seguro Obrero, situada a exactamente 36 cuadras de la Plaza de Armas de Santiago: es decir, a una legua.

Durante 30 años, la población se fue incrementando con nuevas familias; mientras los pobladores originales mejoraban sus casas mediante la autoconstrucción, nuevas viviendas precarias se iban levantando en sus alrededores. Para comienzos de los '70, ya se distinguían tres zonas: La Legua antigua, histórica y fuertemente ligada al PC; Nueva La Legua, también con predominio comunista; y La Legua Emergencia, con filiación genéricamente izquierdista, pero también con más componentes de marginalidad y lumpen.

Como conjunto, La Legua fue leal y apasionadamente allendista. Su dirección comunista era también obediente con el PC. Pero, formada en una tradición de lucha, no podría aceptar pasivamente que su gobierno fuese derrocado sin más. Por eso, cuando los socialistas han llevado su camioneta con armas hasta la Plaza Guacolda, los jóvenes leguinos no han dudado en tomarlas. Muchos han subido a las techumbres para emboscar a las fuerzas adversarias. Los mayores ha hecho lo suyo: abrir las puertas para dar refugio y tránsito a los combatientes, que se movieron de calle a calle a través de las viviendas. Es probable que, a esa hora del día, ninguno de ellos hubiese oído nada acerca del "retroceso ordenado" decidido por el PC.

Y ahora que ha caído la noche, los pobladores atienden a los heridos, alimentan a los refugiados y dan reposo a los exhaustos. Por los pasajes sin pavimentar se puede circular sin restricción. Los delincuentes -que los hay- hallan apetitosos botines en los vehículos que han quedado abandonados. El toque de queda no rige en La Legua.

Para la mayoría de los hombres del Aparato Militar del PS, la batalla de La Legua ha concluido, y comienza la hora de organizar la clandestinidad. Para unos pocos que permanecen en la población, las escaramuzas armadas irán declinando unos días después. Pero para los pobladores de La Legua, la guerra recién comienza.

Cinco días más tarde, tanques y camiones del Ejército cercarán a la población para iniciar un rastreo casa por casa, mientras la Fach lo hará en la vecina población El Pinar.

En ninguna parte se ha defendido al gobierno de Allende como en La Legua. Como quiera que se la juzgue, la conducta de sus habitantes es la única, en todo el país, que se parece a un esfuerzo de resistencia activa. Han muerto seis carabineros, hay muchos pobladores heridos y numerosas casas están perforadas por balazos. Previsiblemente, la represión será durísima en los días venideros.

Si hay alguna plaza en Chile que merezca llevar el nombre de Salvador Allende, en mérito a su lealtad desesperada y suicida con el Presidente, esa es la de La Legua.

23.00 horas Regimiento Tacna

El diputado del Mapu Vicente Sota soporta mal las molestias de su espalda. Con una pierna enyesada, no es fácil permanecer sentado en este banco incómodo del patio del regimiento.

Pero quizás a Sota lo perturban, realmente, otros dolores, menos óseos. Algunas llagas de la condición humana, que han transformado este día en una pesadilla.

A las 14.35 ha oído el bando militar N° 10, con la primera nómina de personas conminadas a presentarse en el Ministerio de Defensa. En el primer lugar figuraba su esposa, Carmen Gloria Aguayo, secretaria de Desarrollo Social del gobierno. El no aparecía. Esta injusticia lo ha enfurecido, pero con su hijo mayor han decidido que ella busque refugio; y la han llevado al Monasterio de los Padres Trapenses, en Lo Barnechea, donde el superior, fray Ricardo, la ayudó a cortarse el pelo y le puso una sotana de monje. Al regresar ha visto que sus vecinos de Lo Curro han formado barricadas en las calles para impedir la

salida o entrada de izquierdistas. Su amigo, el ex ministro Jacques Chonchol, ha huido del sector para refugiarse en una población de la zona sur, con ayuda del DC Andrés Aylwin; otro compañero, el ex ministro Julio Silva Solar, ha soportado insultos desde las casas que lo circundan.

De modo que Sota ha decidido migrar, apresuradamente, a la casa del presidente de la junta de vecinos, el doctor Miranda, médico de Pablo Neruda y comunista. Mal ojo: los vecinos lo han visto y llamado a Carabineros, que han llegado a detenerlo poco después. Al Regimiento Tacna lo han escoltado algunos de esos civiles.

Sota constata el nivel del odio: literalmente, está preso por obra de su vecindario.

Con la amargura que le puede producir, su situación es apenas un destello de lo que está comenzando esta noche en todo el país. Las listas de acusados comenzarán a llegar, en pocas horas, a todos los cuarteles, en persona o por escrito. En Talca, el propio coronel a cargo de la ciudad, Efraín Jaña, será víctima de estas denuncias, y el general Arellano les prestará oídos. El mismo general tendrá apreciaciones similares sobre el coronel Cantuarias -el anfitrión de la familia Pinochet-, que se suicidará de pura desesperación en la Escuela Militar, a comienzos de octubre.

Lo peor no ocurrirá con dirigentes ni con oficiales, sino con dirigentes sindicales y agrarios, con obreros y campesinos, cuyos destinos encarnan la intensidad del odio suscitado, en fases sucesivas, por las ocupaciones de fábricas y las expropiaciones de la reforma agraria.

Numerosos militares pasarán, en los años futuros, por los tribunales de justicia, en un desgarrado esfuerzo social por encontrar el nido de la serpiente, la raíz de donde salieron actos abominables, ejecutados por profesionales que debieran haber sabido controlar la violencia, la suya y la ajena. Pero, ¿qué decir de los civiles que desde esta noche se preparan para buscar y liquidar a 23 campesinos de tres asentamientos en Paine? ¿Y de los que en Linares perseguirán con piquetes policiales a funcionarios de la Cora, para darles fin? ¿Y de los "colaboradores voluntarios" que guiarán a los carabineros en la ejecución de dirigentes campesinos en Santa Bárbara y trabajadores sin militancia en Quilaco? ¿Y de la patrulla montada que ayudará a fusilar a 18 obreros agrícolas de tres fundos de Mulchén? ¿Y de los civiles que confeccionarán las listas de campesinos condenados en Liquiñe, y de los que serán liquidados en un puente colgante sobre el Pitrufulquén?

En la penumbra de esta noche se desemboza un Chile vengativo, feroz, dispuesto a aleccionar por la sangre, "con mano ajena". Y listo para ocultarse de nuevo, por conveniencia o vergüenza, cuando llegue la hora de hacerse cargo. ¿Hubiese sido parecido en un golpe de fuerza dado por la izquierda? Probablemente. La fiera del odio no tiene ideología. Pero la historia es lo que es, no lo que pudo ser. Visto así, el envenenado Lo Curro de Vicente Sota es una parábola minúscula.

23.30 horas Universidad Técnica del Estado

La UTE permanece rodeada desde la tarde. El millar de estudiantes que hubo en la mañana ha mermado, pero aún quedan varios cientos. En la Escuela de Artes y Oficios están las únicas dos armas de importancia de todo el recinto: dos subametralladoras con sus respectivos cargadores. Hay tantos disparos esporádicos en la zona, que sería imposible establecer quién inicia la balacera que se desata media hora antes de la medianoche, y que obliga a los ocupantes de la universidad a tenderse en los pisos. Las fugaces luces de las balas trazadoras hacen presumir que se produce fuego cruzado: de los marinos de la Quinta Normal, desde el norponiente; de tropas militares, desde el surponiente; de fuerzas de Carabineros, desde el suroriente; y desde la Escuela de Artes y Oficios.

El hecho es que en la 11ª Comisaría, ubicada frente a la escuela, el carabinero de 23 años Pedro Cariaga, que hace guardia en el recinto, cae con un balazo mortal en la cabeza. El tiroteo se prolonga por interminables minutos, hasta que en la escuela cae, también herido de muerte, con una bala en la espina dorsal, el fotógrafo Hugo Araya, militante socialista.

Cuando el rector Enrique Kirberg es informado de que hay un herido grave en el edificio de Artes y Oficios, pide auxilio al teléfono que le han dejado los carabineros por la tarde. Una ambulancia intenta ingresar al sector poco después, pero los balazos cruzados frenan el intento. Araya morirá esa

madrugada por falta de atención médica.

La situación de la UTE prefigura lo que vendrá en las horas siguientes, que se replica en algunas industrias de la ciudad: cientos de personas atrapadas en un solo recinto, sospechosas todas de resistencia al régimen, comenzando sin saberlo un estado de prisión colectiva. Al día siguiente, los estudiantes y profesores de la UTE harán debutar al Estadio Chile como centro de detención masiva; lo seguirá el Estadio Nacional; y luego Pisagua, Chacabuco, Ritoque, Dawson. La UTE anticipa los campos de concentración, los primeros en Chile desde comienzos de los años '50.

24.00 horas Arica a Magallanes

Según un reporte posterior de los peritos militares, en el asalto a La Moneda se han disparado más de 50 mil proyectiles. En contraste con esa voluminosa cifra, las únicas dos bajas fatales del Palacio, el Presidente Allende y el periodista Olivares, han caído por su propia mano. Otros dos heridos, los miembros del GAP Antonio Aguirre y Osvaldo Ramos, han salido vivos hacia la Posta Central. Podrían recuperarse, pero unos días después serán secuestrados por patrullas militares, sin que se sepa más de su destino.

Las bajas militares en el centro llegan a cinco: dos sargentos, un cabo y un soldado del Ejército, y un carabinero del tránsito. Civiles, uno: un fotógrafo de Editorial Quimantú.

En la segunda gran refriega de Santiago, en la zona sur, cabe distinguir dos fases: en Indumet muere un carabinero y otros dos quedan gravemente heridos, para fallecer tres días después; también muere un militante del MIR. En la segunda fase, en la población La Legua, mueren seis carabineros y un militante del PS; una mujer, herida fatalmente en las cercanías de Sumar, fallecerá dos días más tarde. Total: nueve muertos hasta las 24 horas de hoy; doce si se incluyen los heridos que fallecerán después.

En los alrededores de la UTE mueren un carabinero y un fotógrafo del PS.

En el resto de Santiago caen cinco trabajadores y una dueña de casa.

En regiones, la cuenta es aún más tónica. En Vallenar muere un trabajador minero. Tres hombres del PS caen en la cordillera de Talca, asociados al intento de fuga del intendente Germán Castro; de este mismo episodio cuenta la muerte de un carabinero. Por último, un mayor y un capitán de la policía son asesinados en Antofagasta por un subordinado. Bajas en el país, exceptuado Santiago: siete.

Total de personas muertas por efectos irreversibles de las acciones del "11" (lo que incluye a los carabineros Manuel Cifuentes y Fabriciano González, pero excluye a los GAP Aguirre y Ramos): 33. Es un número modesto para el poder de fuego desplegado en el día, tanto por las Fuerzas Armadas como por sus oponentes. En este fin de la jornada, está claro que los militares han conseguido el control del país, sin amenazas serias que puedan desafiar su autoridad ni bajas voluminosas que puedan afectar la moral interna.

Sin embargo, para el 31 de diciembre de 1973 -111 días después-, los muertos llegarán a 1.823, mucho más de la mitad del total de víctimas reconocidas por el Estado hasta 1990. Para alcanzar esa cifra se requerirá que haya 16 muertos por día, 119 por semana. Esta escalada de muertes carece de una visible explicación militar o política, especialmente si se observan las calificaciones asignadas por los organismos especializados: 1.522 de esas víctimas sufrieron el atropello final de sus derechos humanos, mientras que 301 fueron ultimadas por el ambiente inespecífico de violencia política.

24.00 horas Comando de Telecomunicaciones, Peñalolén

La noche del general Pinochet no es tranquila. No podría serlo. Se ha puesto a la cabeza de un movimiento que por poco tiempo, quizás horas o días, pudo haberle pasado por encima. El Ejército ha estado al borde de quebrarse desde abajo; pero no desde la soldadesca, como desinformadamente han supuesto los académicos de la revolución, sino desde el cuerpo de altos oficiales, que es donde se radica el liderazgo del descontento anti allendista.

¿Qué han demostrado los hechos del día? Primero: que el mando superior tiene un poder mecánico impresionante, aun tratándose de una institución vertical. Segundo: que ese poder mecánico debe tener cierto alineamiento ideológico para resultar integral, es decir, que se requiere de un acuerdo implícito sobre la dirección de las acciones. Un general que hubiese querido movilizar a grandes unidades en defensa del gobierno habría necesitado una convicción que evidentemente los militares no tenían.

En tales condiciones, era posible descabezar al Ejército, como lo fue en la Armada y en Carabineros. Era posible aislar y cercenar al mando superior de su ascendiente sobre las unidades y las tropas, aun al costo de arriesgar el enfrentamiento con fuerzas aisladas que fuesen leales a uno o más jefes. Los generales empeñados en el golpe a cualquier costo -entre los cuales no figuraba Pinochet- estaban ya decididos, para el 11, a pagar el precio de una división de las fuerzas; por supuesto, evitarlo era parte de su diseño ideal.

Pero si por alguna venturosa razón el general Pinochet, o los cuatro generales que lo seguían, hubiesen optado por permanecer leales a Allende, los complotados confiaban en su capacidad para cortar sus vínculos con el aparato orgánico del Ejército. Esa confianza nacía de la abrumadora antipatía que los oficiales y comandantes de unidades sentían hacia el gobierno de la Unidad Popular.

En algún punto, probablemente tardío, Pinochet debió compartir esa percepción. Sus dudas se inclinaron en la única dirección posible: encabezar las demandas de sus generales, en lugar de contrariarlas. Pero eso tampoco podría significar su entrega definitiva.

A partir de esta medianoche queda pendiente un problema muy delicado, sobre el cual Pinochet guardará estricto silencio. Un grupo de generales ha estado complotando a sus espaldas, durante meses, provocando la caída de un comandante en jefe y pensando incluso en una segunda ruptura de la jerarquía, aún más definitiva. ¿Quién puede asegurar que esos generales no vuelvan a intentarlo? Parece evidente que tales generales, que se sienten "dueños" del golpe, querrán tener más opinión sobre la marcha del país que la que es propia de un subordinado. ¿En cada paso que dé para gobernar tendrá que consultar a los "dueños"? Las ambiciones de algunos de ellos pueden ser invisibles para los ingenuos, pero no para un espíritu alerta y con sentido estratégico. En especial, las de Bonilla, que ensaya, con un perfil ligeramente populista, unas dotes de gobierno que no se le conocían, y que ha sido uno de los principales responsables de la salida de Prats; y las de Arellano, que dice ser "amigo íntimo" de Pinochet, que se siente en posición de interpretar el proceso y que manteniendo el control de la Agrupación Centro parece querer confirmar su fama de implacable.

Hay mucha evidencia acerca del poco espacio que Pinochet sentirá a su alrededor en los primeros días. Al general Prats le dirá que tendrá que emitir una declaración por televisión, porque de otro modo su alto mando no permitirá que lo deje salir del país; a Moy de Tohá le explicará que no está tan libre como para sacar del cautiverio a su marido. Muchos años más tarde, Federico Willoughby recordará que por entonces, "en medio de mucha tensión, cada jefe andaba con sus guardaespaldas".

Bonilla será designado ministro del Interior en el primer gabinete, el 12 de septiembre. Será el último tributo de Pinochet a los "duros". Silenciosamente, sin hacer ostentación de fuerza, prepara paso a paso su escenario. En tres años los sacará a todos del Ejército, excepto al general Washington Carrasco, pero sólo porque éste tendrá la buena idea de asegurarse, en forma frontal y explícita, que está a su disposición.

Será un proceso largo. Esta noche está recién comenzando. Afuera cae la llovizna. Santiago duerme crispado.

Trabajo desarrollado en el Taller de Productos Periodísticos

Escuela de Periodismo - Universidad Adolfo Ibáñez, 2003.

Profesores: Margarita Serrano y Ascanio Cavallo.

Coordinadoras: Karin Niklander y Paula Susacasa.

Alumnos: Loreto Gatica, Maureen Halpern, Paula Palacios, Roberto Pérez y Gonzalo Ramírez.